

SERVICIO TERRESTRE



D-99

Andreu

H.B. FYFE



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



H.B. Fyfe

D-99

Título original: *D-99*
H.B. Fyfe, 1962
Traducción: Francisco Cazorla Olmo

I

En el piso noventa y cinco, Westervelt dejó el ascensor público para tomar uno privado automático, que le llevó cuatro pisos más arriba. Cuando salió se dirigió a la entrada de una oficina cuya doble puerta transparente, exhibía la discreta leyenda de «Departamento 99».

Cruzó el hall y entró. Saludando con la mano a una rubita que se hallaba en el asiento del cuadro de distribución de comunicaciones, a la derecha del umbral y continuó hacia la oficina del interior. Dos secretarias levantaron la vista para observarle y Westervelt siguió recto hacia un tercer asiento sin ocupar, de aquella oficina interior. Tras los asientos, enormes ventanas encristaladas, filtraban la luz del crepúsculo con un tinte suave.

—¿Todo ha ido bien, Willie? —le preguntó la secretaria morena que tenía a su izquierda—. El señor Smith quiere verte inmediatamente. Te esperaba más temprano.

—Mí vuelo desde Londres se retrasó bastante, hice lo posible por llegar pronto después del aterrizaje —repuso Westervelt—. Me llevó el día entero conseguir el encargo.

Westervelt se dirigió hacia, un pequeño compartimiento formado por el extremo de la oficina y el cuadro de distribución, se despojó del abrigo y se sacó un paquete oblongo y un sobre largo de uno de los bolsillos interiores, dejando el abrigo sobre e1 pupitre, cerca del ropero empotrado en la pared.

La puerta de la oficina, que se hallaba al otro extremo, más allá de la secretaria morena, se abrió y desde la próxima habitación emergió un hombre que parecía más delgado todavía que Westervelt, porque le llevaba dos pulgadas más de estatura, sobre los seis pies. Su amplia frente aparecía arrugada con un aire de concentración que le hacía aproximar sus pesadas cejas casi a su nariz afilada. Su barbilla parecía más larga por su constante movimiento masticatorio sobre el labio inferior. Se hallaba en mangas de camisa y se apreciaba a las claras que necesitaba un buen corte de pelo.

—Voy al departamento de comunicaciones, señorita Diorio —dijo a la morena—. Tenemos otro informe extraordinario que recibir.

Y se desvaneció en el hall con un ruido de rápidos pasos.

Su secretaria miró a Westervelt, con una significativa sonrisa de sus labios carnosos y bien formados. Dejó escapar las manos al aire, con un gesto característico.

—Ya te dije que te dieras prisa.

—Oh, vamos, Simonetta, ¿Qué habría ocurrido si me hubiera encontrado en el umbral, al llegar?

Westervelt, miró a su alrededor, mientras ella se levantaba. Beryl Austin, pensó, le dejaría fuera de combate sin remedio, con que sólo se mostrase un poco menos fría con él. Con tacones, era apenas una pulgada menos alta que él. Tenía una cara redonda; pero con una delicada estructura que le prestaba una singular belleza, por llevar el cabello demasiado corto y precisamente demasiado arreglado. Y demasiado decolorado, además.

Se decía de ella, que antes de haber llegado al Departamento, había ganado dos o tres concursos de belleza. Aquello podía explicar el meticuloso maquillaje y el elegante traje azul que tan pimpantemente contorneaba las graciosas curvas de su tipo. Westervelt, por lo que había oído decir a Simonetta, creía también que era suficiente calificación para tener derecho al título de secretaria aún en una institución tan peculiar como era el Departamento 99. Por supuesto, a lo mejor, Smith tenía la idea de convertirla cualquier día, en un agente de campo también.

Westervelt sostuvo el paquete en la palma de la mano.

—Dijeron en el laboratorio de Londres, que es una luz de destellos especiales, y que puede pasar por una corriente.

—Oh, será para el caso de Antares —exclamó Beryl—. Simonetta me dijo cómo podrán enviarse los planes para este asunto. ¿Te mostraron como funciona?

—Deja escapar un rayo opaco, hasta que se toca un resorte especial —contestó Westervelt—. Después, deja emitir una serie de brillantes destellos que hieren la vista.

—¿Y para qué, en la Tierra querrán eso? —preguntó Beryl.

—Para qué la querrán en otro mundo, querrás decir. En alguno de esos planetas, la vida corriente está tan gastada a causa de estar iluminada por un sol rojo, que un destello luminoso semejante, en sus órganos de visión, puede dejar inconscientes a sus criaturas.

—Este lugar, está lleno de trucos sucios como ése —dijo la rubia—, ¿Por qué no pueden liberar a esas gentes por otros procedimientos?

Westervelt y Simonetta se miraron el uno al otro. Beryl llevaba en el Departamento sólo pocas semanas y parecía no haber captado bien el significado de aquellas palabras.

«O lo ha comprendido», pensó Westervelt. «Puede que parezca la mitad de lo inteligente que es».

—Algunos de ellos están ahora en apuros —estaba diciendo

Simonetta—. Las leyes de los pueblos extraños y lejanos que encontramos alrededor de la Galaxia no tienen que tener necesariamente sentido para los terrestres.

—Pero ¿por qué no se marchan de tan misteriosos y extraños lugares?

—¿Qué harías tú —preguntó Westervelt— si encontrándote en una espacionave que discurriese cerca de un sistema planetario extraño y tuvieras necesariamente que tomar tierra por una emergencia en el planeta que te pareciera el más hermoso y te encontraras con que los nativos te impiden salir, porque sus leyes impiden a nadie que pase a través de sus sistemas sin un permiso especial?

—Pero ¿cómo pueden hacer una ley así? —preguntó Beryl.

—¿Quién dice que no lo pueden hacer? Sostenían una guerra con seres procedentes de una estrella próxima a ellos y han tenido sospechas de cualquier clase de espacionave que haya cruzado a su alcance. Ahora nos encontramos con un caso así.

—Han estado trabajando dos meses en ello —confirmó Simonetta —. Aquellos pobres hombres fueron encarcelados cerca de un mes antes de que cualquiera les hubiera escuchado.

Beryl se encogió de hombros y se volvió hacia su mesa. Westervelt la observó mientras andaba, pensando en la magnífica elevación rítmica de su parte trasera, hasta que comprobó que Simonetta se estaba dando cuenta. La rubia a su vez se dirigió hacia su mesa de trabajo.

—Bien, el trabajo es interesante —admitió Beryl—. Pero lo que no veo es por qué no puede ser hecho por el Departamento de Relaciones Interestelares. El D. R. I. ha entrenado a diplomáticos especializados que conocen la forma de tratar con los habitantes de otros planetas extraños.

—¡Vamos, querida! —dijo Simonetta—. ¿De dónde crees que procede tu paga? Públicamente, al D. R. I. no le gusta admitir que nosotros existimos. Esconder toda conexión con nosotros y esperar que nadie se dé cuenta tampoco, ésa es su táctica.

—Ya me imaginaba yo, que iría a parar a un lugar calamitoso —exclamó Beryl—. Ello depende —intervino Westervelt—. Supongamos que cualquier astronave terrestre ha ido a parar con todos sus tripulantes a la prisión, en cualquier lugar de un mundo lejano; por algo que para nada constituye un crimen dentro del sistema solar. El D. R. I. protesta y los nativos, responden simplemente que no los tienen en su poder. ¿Para qué tiene que intervenir la diplomacia? Tenemos que rescatarlos utilizando cualquier otro camino.

Y exhibió en la mano la «luz en destellos».

—Ahora, hay que enviar comunicaciones rápidas interestelares a todos nuestros agentes de campo que se encuentren en las inmediaciones de Antares. Y después, enviar una espacionave rápida que pueda ir a recogerlos cuanto antes.

—Y hablando del encargo ese —sugirió Simonetta—. ¿Por qué no lo llevas al señor Smith? Tiene que estar esperándolo, en la sala de comunicaciones.

Westervelt estuvo de acuerdo. Tomó el paquete y el sobre marcado con letras azules y se dirigió al hall. Se volvió hacia la derecha a lo largo de la base del gran corredor en forma de herradura y después hacia la izquierda pasando frente a la puerta de escape de incendios, hasta llegar al rincón interior y a la entrada de la oficina privada de Smith, que se hallaba en la parte opuesta. Los muros estaban cubiertos por un plástico gris que resultaba suavemente monótono a la luz indirecta del techo. El suelo, casi negro, era una esponjosa combinación que absorbía toda clase de ruidos.

A lo largo del flanco del corredor, pasó también la biblioteca y el archivo del Departamento y la sala de conferencias a su derecha, y una puerta marcada con la palabra «Dispositivos» a su izquierda. Más allá, continuaba un trozo de pared en blanco, donde Westervelt sabía que existían las instalaciones que suministraban la energía de los instrumentos propios del Departamento, para sus comunicaciones. El lugar constituía por sí solo, una unidad independiente y completa de comunicaciones. Tenía su propio sistema de Televisión y radio subespacial para tomar contacto con las espacionaves exteriores, aunque los viajes de rutina eran conectados por medio de enlaces desde los planetas exteriores del Sistema Solar.

Algunas líneas de comunicación, eran débiles en relación con los agentes destacados por los sistemas exteriores; pero todos los mensajes les llegaban normalmente. Si los canales fallaban, podía enviarse a alguien a establecer una conexión apropiada.

Mientras pasaba Westervelt frente a los archivos iba pensando, cuántos de los que estaban en el Departamento 99, podrían comparecer frente a los Tribunales si aquellos archivos se hiciesen públicos. Junto a la sala de comunicaciones, que podía ser alcanzada desde la otra parte del corredor, existía un laboratorio privado y confidencial. Por el momento, estaba dedicado a coleccionar muestras, investigaciones y objetos diversos propios de la Organización del Departamento 99. A Westervelt no le gustaba entrar por allí, por temor a tropezar con algo raro. Era prácticamente el dominio de un

solo hombre del Departamento a quien conocía, por haber sido arrestado en un planeta lejano.

Robert Lydman era un ex pionero del espacio, que se había unido al grupo después de haber sido rescatado de un encarcelamiento, y que era un experto en explosiones. A Westervelt le habían dicho que su larga permanencia en el espacio cósmico había dejado en Lydman una extraña costumbre de burlarse de todo, lo que sería la causa de por qué no se le empleaba más como agente de campo. Llegó al final del corredor y a la última puerta a la derecha, que correspondía a la sala de comunicaciones. La abrió y entró en ella.

La habitación estaba mucho más oscura que el corredor. Los operadores que corrientemente tenían que luchar con imágenes muy debilitadas procedentes de remotísimos espacios cósmicos, en sus pantallas receptoras, preferían tenerla en aquellas condiciones. Tenían las ventanas herméticamente cerradas, para conseguir una total oscuridad como la de la noche, en el interior. Aquí y allí, las luces de los instrumentos funcionaban incesantemente, con débiles resplandores intermitentes, mientras que funcionaban simultáneamente aparatos especiales de grabación magnetofónica y radio receptores, mezclado todo ello con especiales ruidos estáticos, que se mezclaban con zumbidos y silbidos de todo aquel Instrumental electrónico complicadísimo.

En aquel momento, el operador de guardia, era Charlie Colborn, un tranquilo pelirrojo que vigilaba todo un panel de artefactos electrónicos. Smith estaba sentado cerca de una silla de respaldo rígido, vigilando las pantallas junto a Colborn.

Estaba interpretando un mensaje procedente de Plutón, de la emisora enlace de aquel planeta, el último del sistema solar y Westervelt reconoció la imagen del distante operador que hablaba en lenguaje rápido y breve a Colborn antes de emitir su mensaje. El próximo rostro de la pantalla, medio velada por el distante mensaje, era extraño para Westervelt.

—¡Aquí es Johnson! hablando desde Tridente —decía el locutor—. Capella IV me informa de que comunicó a ustedes lo sucedido a Harris. ¿Está en orden?

Smith se aproximó algo más a la pantalla de forma que las lentes emisoras de la televisión cósmica pudieran captar su imagen. Westervelt tentó por sus inmediaciones y tomó un taburete para sentarse.

—Tenemos el esquema general —-dijo Smith—. ¿Dice usted que la espacionave ha sido detenida por los nativos y que no le dejan a usted

comunicarse con él? ¿Ha informado usted al Departamento de Relaciones Interestelares?

La distancia y los enlaces requerían algunos segundos para la transmisión y recepción del mensaje, pese al ultramoderno sistema de comunicación.

—Yo soy el D.R.I. aquí —repuso el hombre de la pantalla después de una pausa— La represento, aparte de otros cometidos comerciales y oficiales. Estamos muy pocos terrestres en este puesto ¿sabe usted? Los nativos se niegan a admitir que nos pongamos en contacto con él.

—Entonces ¿cómo puede usted saber que esos nativos lo tienen en su poder? ¿Y por qué no puede usted conseguirlo de alguna forma?

—Lo sabemos porque consiguió emitir un mensaje, según creemos —dijo Johnson con incertidumbre—. Es decir, si como hemos supuesto, él es… bien, un mensajero. Hemos hecho pesquisas entre los nativos; pero resulta casi imposible obtener ninguna investigación que valga la pena; porque su civilización es subacuática.

Smith se dio cuenta de la presencia de Westervelt.

—Willie —murmuró precipitadamente—. Ve al teléfono y llama a una de las chicas para que vaya en seguida a la biblioteca y que me traiga un volumen del Atlas Galáctico, que contenga el planeta Tridente.

Westervelt dejó el paquete sobre una mesa y tocó en el número de Beryl en el teléfono más próximo. Mientras tanto, con las pausas obligadas, la conversación interestelar continuaba.

El terrestre perdido, de nombre Harris, había insistido, contra advertencia, en establecer una avanzada en una de las pocas islas del planeta inmerso en las aguas de sus mares, realizando exploraciones submarinas en su papel inverso de explorador del espacio. Como el noventa y cinco por ciento de la superficie de Tridente estaba cubierta por los mares, Johnson tenía apenas idea de dónde podría localizar a Harris. El asunto, era que el explorador se había alejado demasiado de todo contacto. Los nativos, unos seres marítimos de evolución crustácea, que se hallaban principalmente en el fondo de los mares del planeta y que disponían, por otra parte de una considerable cultura con ciudades permanentes y vehículos marinos de propulsión por reactores, admitían haber oído hablar de Harris; pero negaban todo conocimiento de dónde podía hallarse.

—Por tanto, hemos informado al Cuartel General del sector de la D. R. I. —concluyó Johnson—. Van a enviar a un experto para intentar aproximarse a los tridentianos, visitándoles para una conferencia; pero nada sabemos hasta el momento. Después hemos llamado a uno de sus

agentes de campo y él nos ha dado la referencia de ustedes.

Beryl entró en la habitación sin hacer ruido, llevando un gran libro en la mano. Westervelt alargó la mano para tomarlo; pero ella no pareció verlo hasta que él se levantó del taburete. Cuando volvió nuevamente su atención hacia la pantalla, Smith estaba intentando averiguar y comprobar los datos que Johnson acababa de suministrarle.

—Pero si lo niegan todo ¿cómo sabremos que Harris no está muerto en lugar de detenido en una de las ciudades de esa gente? ¿Por qué supone usted que está haciendo una especie de exhibición personal?

Johnson, pareció vacilar un poco y añadió finalmente:

—Además de su formación crustácea y de que casi tienen el tamaño de un hombre y de ser «civilizados» existe otra forma de criaturas inteligentes, o al menos semiinteligentes en el planeta Tridente. Una especie de habitantes de gran tamaño, en forma de peces, en los mares del planeta, que han sido detectados más de una vez, entregando mensajes a los miembros de exploración de los puestos avanzados. Ha podido comprobarse que tienen un contacto lejano, unos con otros, entre esas formas vivientes de la misma especie.

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó intrigado Smith—. ¿Telepatía? ¿Un pez telepático? ¡Oh, no! No nos diga usted... Bien, lo que quiero decir es... bueno, ¿cómo sabe usted que eso es digno de confianza?

Continuó la charla a través de las pantallas visoras entre Smith y Johnson a través de los espacios cósmicos. Westervelt dejó de prestar atención, cuando comprendió que Smith se había convencido de ello, queriéndolo o no.

Cosas muy extrañas estaban ocurriendo en la inmensidad del ámbito cono- sido de la Galaxia. Y Smith adoptó la actitud de creer firmemente que todo aquello era una maniobra de cualquier clase, contra el Departamento 99.

Westervelt hojeó en el libro que Beryl había traído del archivo y miró en las páginas que se referían al planeta Tridente. Buscó las coordenadas correspondientes y el breve informe relacionado con aquel mundo lejano, en cuyo centro y como estrella del sistema, existía un sol rojo. El sucinto informe era más bien lacónico:

«Aquí está —se dijo a sí mismo—. Unas especies vivientes parecidas a las de la Tierra en su configuración general, de cerca de veinte pies de longitud y de las que sospecha que tienen un sentido

indeterminado individual de percepciones sensoriales que pueden detectarse unas a otras a grandes distancias». Bien, por el tiempo en que esto se imprimió, seguramente estaría fuera de actualidad.

Alguien encendió una brillante luz en la habitación y comprobó que la conversación interestelar, había terminado. Smith miró a su alrededor. Se dirigió hacia el Atlas Galáctico, dando por cierto que alguien habría ya localizado lo correspondiente al planeta Tridente.

—No veo de qué forma podremos alcanzar esto —gruñó preocupado, mientras ponía el atlas sobre la mesa para estudiar detenidamente la información correspondiente. Colborn estaba dedicado a terminar el ensamblaje de un pequeño aparato electrónico, solamente Beryl se mostraba impresionada, los demás sabían que Smith siempre decía aquello c algo parecido en cada nuevo caso.

—Avisen al señor Lydman y al señor Parrish que deseo reunirme con ellos para una conferencia —ordenó el jefe del Departamento—. Usaremos la habitación que tenemos al lado.

Beryl y Westervelt dejaron a Colborn examinando sus dispositivos y se volvieron hacia el corredor. En la puerta de la oficina principal, la rubia le dejó, presumiblemente para dirigirse a la oficina de Parrish, de la que ella era la secretaria. Westervelt continuó a lo largo del corredor en forma de herradura.

Pasó dos puertas más a su izquierda, que eran otra sala de conferencias y una vieja oficina usada solamente como archivo. Las otras puertas a su derecha eran las correspondientes a los lavabos. La última puerta a la izquierda, que correspondía a la sala de comunicaciones, conducía a la oficina de Lydman.

Westervelt, llamó a la puerta, esperó la autorización para entrar y entró en la oficina. Por un momento, no vio a nadie y entonces dio media vuelta a la derecha y recordó que Lydman tenía su despacho privado en la pared interior, alrededor del pequeño rincón tras la puerta.

De pronto se encontró frente a un hombretón cuya faz quemada por el sol y el cabello decolorado, hablaba del tiempo pasado fuera de la oficina. Tenía unos ojos de una extraña fascinación de un gris azul oscuro, que le miraron fijamente, hasta casi llegar el momento en que Westervelt hubiera deseado salir corriendo de allí. Pero en su lugar, se aclaró la garganta y le dio el mensaje de Smith. Lydman siempre le producía el mismo efecto extraño durante los primeros instantes en que se lo echaba a la cara, aunque parecía apreciar más a Westervelt que a ninguna otra persona del Departamento, hasta el punto de haberlo invitado a su propio hogar en los fines de semana.

«Siempre me produce el efecto de que su mirada me atraviesa de parte a parte y vuelve después a su punto de partida —pensó Westervelt—. Pero yo soy incapaz de penetrar en él ni una pulgada».

II

Castor P. Smith, se sentó en el puesto de honor de la mesa de acero y plástico en la sala de conferencias, silbando pensativamente, mientras esperaba a los asistentes a la misma, que acababa de convocar urgentemente. Simonetta Diorio entró llevando un equipo magnetofónico y Smith le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—No se olvidará de ponerlo en marcha cuando empiece, señor Smith —le sugirió la chica.

—No te preocupes. Sí, tendré cuidado de hacerlo. Gracias.

Quedándose solo de nuevo, se dijo a sí mismo que tendría que hacer algo acerca de la reputación que estaba adquiriendo —sin verdadero fundamento, según creía él mismo—, y trató de no tener la mente ausente y concentrarse en su cometido. Después de todo, le resultaba difícil registrar el resultado de aquella conferencia, teniendo como tenía sus propias ideas. Lo cierto es que no tenía otro remedio que registrar todo aquello en el equipo magnetofónico, ya que incluso una excelente taquígrafa como lo era Simonetta se vería apurada para registrar todas las sugerencias e ideas de tres elementos que hablaban simultáneamente.

Se quedó mirando fijamente con cierta indolencia el volumen del Atlas Galáctico que se había traído desde la sala de comunicaciones. A veces, en aquellos menesteres, llegaba a perderse el verdadero sentido de las direcciones y orientaciones cósmicas de la Galaxia. Muchas llamadas, llegaban allí, procedentes de estrellas que ni siquiera tenía la menor idea de dónde estaban localizadas.

«Si pudiéramos obtener alguna ayuda mayor de la D.R.I. —pensó Smith—. Este es un problema verdaderamente difícil, especialmente desde que el viejo Murphy se encerró en el laboratorio. Quizá Willie nos proporcione algún progreso en este problema. Esto nos llevará años, seguramente. Hemos debido tener alguna escuela especial de entrenamiento».

En opinión de Smith. debería tener a su disposición una fuerza mucho más importante de agentes de campo de servicio; pero reconoció las dificultades inherentes a la inmensidad del espacio influido ya por la Tierra. Incluso un reclutamiento especial constante, ya era difícil. Había realizado muchos convenios con exploradores espaciales independientes, y algunos habían llevado muy bien sus trabajos. Casi una docena de casos de rutina, se llevaban permanentemente en marcha en el espacio exterior, por un abigarrado

grupo de sus propios hombres, que intervenían incluso en ayuda de los casos de piratería, espacial. Por añadidura, existían tres casos más importantes, que no podían dejarse de la mano, y que precisaban la supervisión especial del Cuartel General del Departamento 99.

Miró al entrar a Pete Parrish. Su apuesto ayudante se dirigió dando la vuelta al otro extremo de la mesa de conferencias y tomó asiento junto a una ventana. Parrish era un hombre de unos treinta y seis años de edad, dentro del tipo medio de estatura corriente, esbelto y ágil. Tenía unos cabellos muy oscuros peinados cuidadosamente y solía sonreír con frecuencia, o al menos así solía mostrarse, aunque por lo demás, la disciplina y el concepto de sus deberes, le hacían mantener una especie de máscara de impasibilidad constante. Era un hombre de valía. Había sido primero un publicista, después agente de ventas, tanto en la Tierra como en el espacio. Actualmente, era un hombre de verdadera confianza. No lo había sido realmente, sino hasta que el Departamento lo captó, que Parrish tuvo la verdadera oportunidad de demostrar su talento y sus capacidades múltiples. Era un experto en calificar la psicología de las criaturas vivientes de otros mundos, y construir las pertinentes conclusiones para llegar a su rápida comprensión.

Smith se dio cuenta medio inconscientemente, de que se había quedado mirando fijamente a Parrish durante unos cuantos segundos. Se pasó una mano por el cuello recordándose a sí mismo que le resultaba ya indispensable un corte de pelo. No podía comprender por qué siempre se le olvidaba tan interesante atención personal; pero siempre se le venía a la imaginación, cada vez que miraba a Parrish. Y decidió también, que se pondría, al día siguiente, un traje nuevo, recién planchado.

Lydman entró igualmente, mirando a un lado y a otro por la sala de conferencias y se sentó cerca de la puerta, de forma que pudiera observar sin gran esfuerzo a sus dos colegas del Departamento. Miró a Parrish brevemente y levantó una mano, para palparse la corbata de última moda que llevaba al cuello.

Smith pensó durante unos segundos, que cuanto mejor sería haberse casado con alguna chica guapa y haber dejado el departamento. Parrish había tenido para aquello una gran habilidad, se había divorciado dos veces y por lo visto había dejado de poner especial interés en las mujeres, desde el punto de vista del matrimonio. Era un tipo inteligente acerca de la psicología de las mujeres, sin duda, como lo era para la de los seres ultraterrenos.

—Bien, supongo que tendrán ustedes ya noticias del último

informe que nos ha llegado —dijo, rompiendo el silencio—. No veo ahora la forma de llegar hasta ese lugar, A ese condenado estúpido se le ha ocurrido ir a refugiarse al fondo de un océano,

Y procedió a delimitar claramente los hechos de que había sido recientemente informado. Parrish lo escuchó todo impasiblemente, Lydman empezó a poner mal ceño. El veterano del espacio, tenía sus propias ideas contra los seres extraños que atentaban contra la seguridad de los terrestres.

—Primero, veamos en qué lugar nos hallamos, antes de enfocar la situación convenientemente —sugirió Smith—, Ya les he explicado lo suficiente acerca de Harris, para que se hayan formado una idea y piensen en el particular, mientras repasamos los otros casos.

A veces solía encargar de un caso concreto a uno de ellos, pero habitualmente solían intercambiarse una amplia información de todo lo que sucedía en el Departamento,

—El asunto de los dos exploradores del espacio que fueron encerrados por entrar sin autorización en el sistema syssokano, parece estar maduro —les recordó—. Ya recordarán ustedes, me refiero a Taranto y a Meyers.

—Ah, sí —dijo Lydman en un tono evasivo—, E1 porrazo.

—Sí, eso es. No hubo muchas dificultades en conseguir información acerca de ellos y para comprender el razonamiento idiota que mantiene una ley, que hace un crimen de un aterrizaje forzado en aquel planeta. Afortunadamente, conseguimos de la D.R.I., que nos enviase un memorándum antes de que fuera publicado, y ese ha sido el resultado. Deben estar ahora en libertad, por el momento, seguramente.

—Veamos —cavilo Parrish—. Bob le ha dado la fórmula para algo que puede suspender la animación y el movimiento de cualquiera ¿no es cierto.

—Sí —intervino Lydman—. Hay que figurarse a esos bastardos acarreando los cuerpos de esos hombres y tirándolos en cualquier parte. Un racimo de exploradores del espacio están vigilando para recogerlos.

—No hay razón por la que no pudiera producirse eso así —dijo Smith—, ¿Y qué hay del caso de Greenhaven, Pete?

Parrish vaciló un momento antes de responder Golpeo con sus afilados dedos en el borde de la mesa, mientras consideraba su respuesta.

—María Ringstad —dijo pensativamente—. Esos reporteros deberían tener más cuidado y tener algún conocimiento de las culturas

y las costumbres que van explorando. Greenhaven es apenas una colonia que empieza a civilizarse. Supongo que ella no pudo nunca suponerse que tuvieran que molestar a una mujer nueva y diferente de sus formas de vida.

—¿Tienes información de que es lo que le ha ocurrido después en Greenhaven?

—Nada, sólo de pasada —repuso Parrish—. Ella, viajaba en una espacionave en ruta hacia Altair VII para reunir material para un libro que pensaba escribir. Se detuvieron en Greenhaven para entregar un equipo de instrumentos de laboratorio.

—¡Esos tipos verdosos...! —dijo Lydman— despreciativamente—, son unos locos. ¡Qué forma de vivir!

—Han sido descritos como la colonia más genuinamente derivada de la Tierra —explicó Smith—. Me imagino la vida que Pete podría llevar allí.

Parrish se puso a reír divertido.

—-El error de la señorita Ringstad, fue sencillamente el que hubiera cometido la más tonta de las personas —dijo—. Ellos tienen los precios oficiales de las cosas expuestos en todos sus comercios, que se visitan para adquirir recuerdos de la visita a la colonia. Cuando le dijeron que no tenían el objeto de fantasía que ella les pidió, tuvo el mal gusto de ofrecerles como pago un sobreprecio. En Greenhaven esto es considerado como una inmoralidad, como un soborno y una subversión de tipo económico, y por consiguiente como un verdadero delito.

Smith suspiró.

—¿Por qué tendrán que ir esas chicas jóvenes olfateando por tales lugares del espacio...?

—No creo que quiera usted referirse exactamente a una chica —le interrumpió Parrish.

—Bien, a esa señora, pues.

—Yo no afirmaría ni una cosa ni la otra.

Smith se encogió de hombros y apretó los labios.

—Usted es seguramente en esto mejor juez que yo —admitió sinceramente—. Tengo que rendirme ante superiores calificaciones.

Lydman hizo un gesto. Parrish mantuvo su máscara impenetrable.

—Supongo que esto puede poner las cosas más peligrosas para ella —continuó Smith—. Olvidé lo que usted dijo de la opinión que le merecía; pero supongamos que empieza a volverse más lista en la cárcel. ¿Querría algún terrestre pasar por allá?

—¡Por nada del mundo! —dijo Parrish enfáticamente—. No espero

que ellos la quemen amarrada a una estaca en esta época; pero sí que hablarán de ello, al estilo antiguo. Afortunadamente, lo que digan y escriban los terrestres hará la cosa más fácil. Los terrestres son unos negros pecadores; pero hay muchos de ellos alrededor de los aeropuertos espaciales. Allí solemos tener diversos agentes nuestros y uno de ellos se ocupará del truco de liberarla.

—Yo les dejaría más bien caer una bomba —dijo Lydman, casi para sí mismo.

Smith se sorprendía muchas veces al observar cómo aquel veterano hablaba así con la mayor naturalidad en la voz. A veces, Lydman se expresaba de una forma tan monótona que apenas se hacía audible.

—Esperamos quede destruida toda evidencia —añadió Parrish—. En caso contrario, el asunto nos llevará al empleo de las usuales notas diplomáticas y la D. R. I. nos dirá que nunca estuvimos autorizados para hacer ninguna cosa semejante.

—Sí —dijo Smith, moviendo la cabeza con gesto cansado—. Actualmente no podemos decir que tengamos nuestros deberes específicos escritos en ninguna parte; pero no hay nada tampoco que nos prohíba ninguna cosa. Bien, ninguno cíe nosotros veremos el día en que la D. R. I., reconozca públicamente nuestra misión. Ya han estado chillándome, sin embargo, acerca de las reclamaciones del caso Gerson.

Lydman había permanecido con los ojos fijamente clavados en un lápiz que sostenía entre sus enormes manos. Entonces, levantó la cabeza para intervenir nuevamente en la conversación.

—¿Cómo pueden quejarse los yolenitas? Ellos pretenden no haber tenido nunca nada que ver con Gerson…

—¡Es fácil! —repuso Smith—. Tenemos una embajada y un aeropuerto espacial allá, recuerde, con el que usted mismo ha estado en contacto. Usted mismo les ha hecho varias preguntas ¿no es cierto?

—Tenía que confirmar el informe de cualquier forma. Todo lo que hemos sabido es el relato del rapto del capitán de tal espacionave de cargo. Puede ser incierto.

—Ya pensé en eso —dijo Smith.

—No habría sido la primera vez que una espacio- nave sale dejando tras si alguna marrullería o por negarse a pagar sus derechos obligatorios.

—Seguro —convino Parrish—. Es seguro que en ese caso, podría decirse eso, con toda seguridad.

Lydman se volvió para mirarle, tan repentinamente que se produjo un silencio entre ellos. Parrish advirtió la mirada de Lydman,

incómodamente y se buscó en el bolsillo de la chaqueta un paquete de cigarrillos. Se dio prisa a encender uno de ellos, con el encendedor químico que existía en el fondo del paquete.

—De ningún modo —dijo Smith— ellos tomaron la actitud de preguntar, como si fuera un insulto el incidente ocurrido. Eso sería el colmo del descaro.

—¿Qué es lo que conocen acerca de Yolen? —preguntó Lydman, terminando su escrutinio visual sobre Parrish.

—Casi nada, probablemente. Eso suena ahora, como un temor de rutina. Eso me recuerda… a propósito voy a consultar con Emil Starke acerca del particular.

Se echó hacia atrás en su asiento y operó con un interruptor de sonido e imagen al propio tiempo.

—Paulina, póngame con Emil Starke, en la D.R.I., por favor. Extensión -1963.

—Sí, señor Smith —repuso Paulina, desapareciendo de la pantalla visora.

Momentos después, Smith se hallaba saludando a un personaje de unos cincuenta años, con mechones de cabellos grises en las sienes, que le daban un aspecto distinguido.

—Escuche, Emilio —dijo, yendo al asunto, tras haber cruzado con él algunas frases de cortesía y de referirse a la familia y los niños—. Tengo un caso entre manos, concerniente a un planeta llamado Yolen…

El personaje de la pantalla, ya estaba haciendo un gesto con la cabeza.

—Sí, he oído hablar de eso esta mañana —dijo sonriendo—. Confié en que usted conservaría, como siempre, una suficiente dosis de sangre fría.

—¿Y puede saberse qué hay en la mente de esas gentes?

—Oh… parece que la Fuerza Espacial se encuentra algo nerviosa acerca de los yolenitas. Se muestran incapaces de evaluar su cultura convenientemente. Para cubrirse a sí mismos, supongo, han enviado el mensaje con esa advertencia de unas potenciales relaciones hostiles.

—¿Y no hay nada concreto sobre ello?

—No, ciertamente.

—Entonces, ¿puedo seguir adelante, con mis propias iniciativas? —preguntó Smith—. Quiero decir, que no deseo mentir abiertamente a mi propio jefe.

—Dele usted unos pocos días para examinar la cuestión detenidamente —le aseguró Starke— y ya recibirá usted instrucciones

más concretas.

Smith le dio las gracias por el aviso, apagó el aparato y volvió a su postura en la mesa de conferencias. Los gestos de cabeza de sus compañeros, le indicaron que habían oído toda la conversación.

—Tengo un presentimiento acerca de esos yolenitas —farfulló Lydman.

Smith esperó que aclarase su sugerencia; pero el hombretón, había caído en una especie de contemplación. Los otros dos le miraban y después el uno al otro. Parrish acabó encogiéndose de hombros ligeramente. Smith se apretó el labio inferior.

—Bien, mejor será que siga usted adelante con lo que ha planeado —dijo a Lydman.

—¡Ah, seguro! —respondió el explorador del espacio—. No puedo ayudar en este asunto de otro modo. Ya he enviado algo útil.

Los otros sonrieron. «Algo útil» era en el lenguaje de Lydman, la expresión de algún inteligente instrumento. Smith, esperó que en este caso, no fuera una bomba.

—Hemos extraído un pequeño reptil mecánico de los archivos —continuó Lydman—. Los yolenitas, parecen haber construido sus ciudades, como una especie de colmenas intrincadas y apenas con calles abiertas. Habría seguramente unos cien caminos diferentes para llegar hasta Gerson, aún en el caso de que supiésemos exactamente, dónde se encuentra. Este dispositivo está construido de tal forma, que puede registrar la temperatura de un cuerpo a cierta distancia. Y Gerson será el único hombre viviente allí, en noventa y ocho–punto-seis.

—Exactamente. Por supuesto, la cosa tiene una dirección general y lleva en sí, un diseño micromagnetofónico en su interior. Es lo mejor que podría usarse, ya que los muchachos, apenas si tienen idea de dónde pueden encontrar la celda en que está encerrado: el dispositivo irá automáticamente en su busca.

—Pero eso parece demasiado fácil de interceptar —objetó Parrish.

—Sí, y me preocupa un poco —admitió Lydman—. Sería mucho peor volar hasta allí y resulta imposible enviar personalmente a alguno, porque saben que no lo conseguirían. El dispositivo está hecho para tener una gran afinidad con los rincones obscuros, al menos.

—Y ¿cómo conseguirá liberarlo? —preguntó nuevamente Parrish.

—Lleva un tocadiscos minúsculo con cintas micromagnetofónicas que se podrán tocar durante un par de horas. No podrá tenerse por seguro que Gerson lo haga, a menos que puedan localizarlo. Cuando se abre la tapa posterior del dispositivo, surgen unas notas musicales

en primer término y tiene un soplete en miniatura, con fuerza suficiente para quemar cualquier cerradura que se interponga entre él y el exterior.

—¿Habrá alguno que esté vigilando, supongo? —preguntó Smith.

—Seguramente. Una vez que se encuentre fuera del lugar del encierro, los yolenitas, difícilmente podrán reclamar, lo que ellos mismos han confesado que no tuvieron nunca. Y el resto es sencillo: a la próxima embajada y al primer navío espacial. Y espero que pueda matar a alguno de esos bastardos que se encuentre al paso. ¡No les quedarán arrestos para una reclamación oficial!

Los otros, evitaron su mirada por un momento. Parrish, parecía incómodo.

—Así lo espero. Esos yolenitas me dan un sentimiento de profundo desagrado al igual que a usted, Bob. La experiencia me dice que esas culturas que viven en forma de colmenas, tienen sus peculiares líneas de conducta. No me sorprende que a las Fuerzas del Espacio les resulte difícil comprenderlas. Recomiendo que abramos un expediente especial para ellos.

—Creo que es lo mejor —convino Smith—. Estoy seguro que nos seguirán planteando más problemas en el futuro.

Echó hacia atrás su silla y se levantó.

—Echemos un vistazo por si han llegado nuevos informes. Y entonces, ya tendremos en qué trabajar en este nuevo problema.

III

Louis Taranto se encontraba agachado sobre sus talones, observando cómo caía el sudor del rostro de su compañero, encerrados ambos en aquella celda de paredes desnudas y arcillosas. Aunque privadamente, consideraba un elemento poco valioso a Harley Meyers, procuraba en cuanto podía, no herir a, su compañero. Se encontraban ambos metidos en el mismo asunto, y necesitaban el concurso unido de cualquier esfuerzo para salir de allí, es decir, si existía medio de conseguirlo.

Meyers se hallaba sentado en un simple banco, que sus carceleros le habían suministrado y miraba sombríamente la rústica mesa sobre la cual tenía apoyados los codos. Se encontraba tranquilo, cosa extraordinaria en él, como si aquel horrible calor, hubiera extraído de su organismo, toda ansiedad.

«¡Chapucero individuo! —pensó Taranto—. ¡Si al menos se hubiera peinado el cabello!».

Se les había permitido tener ocasionalmente acceso a sus objetos de aseo, que los syssokanos habían obtenido de uno de los terrestres, con residencia en el planeta. Taranto se había afeitado el día anterior; pero el otro no se había molestado desde hacía una semana. Meyers, era quizá una pulgada más bajo de estatura sobre los seis pies y debía pesar, doscientas libras terrestres. Tenía una amplia boca de labios colgantes entre dos mejillas regordetes. Sus pequeños ojos azules parecían estar siempre suplicando, excepto en aquella ocasión, en que se sentía preocupado por sí mismo. Había sido médico en el mismo navío espacial, en el cual Taranto había desempeñado el cargo de mecánico de ventilación.

—Me alegro de no haber estado nunca enfermo —murmuró para sí Taranto.

—¿Cómo?

—Digo que me alegro de no haber estado nunca enfermo —repitió Taranto deliberadamente.

—Este calor, ya es suficiente para poner enfermo a cualquiera —se quejó amargamente Meyers. ¿Por qué nos habrán encerrado en lo alto de la torre, en cualquier caso?

—¿Esperaba usted una suite de lujo en el sótano? ¿Qué clase de cárcel ha probado usted en que se encontraran bien los reclusos?

—¿Quién dice que yo estuviera antes en alguna cárcel? —dijo Meyers defensivamente.

Taranto hizo un gesto malhumorado, pero no respondió. Tras un momento, el otro volvió a sumirse en la contemplación de la mesa. Respiraba tan pesadamente, que sus hombros se subían y bajaban, como si se hallara en plena carrera por el campo. Para evitar aquello, Taranto, dejó vagar sus ojos por milésima vez alrededor de las paredes de la celda rectangular.

Los enormes bloques de arcilla cocida, se iban volviendo de un color grisáceo a la luz del crepúsculo, que iba filtrándose por uno de los ventanucos de la prisión. Sobré sus cabezas, se extendía la curva de un gran arco combado que formaba el techo de la torre. Además de la mesa y el banco, la celda contenía una jarra de agua y un lavabo de arcilla de una yarda de altura, y una pila de paja, sobre la cual debían descansar los dos hombres del espacio. En el centro de la habitación, había una trampa de madera, a la cual Taranto no dejaba de mirar especulativamente.

Se recordó a sí mismo, la probabilidad que tenía de aplastar la primera cabeza de syssokano que apareciese por aquella abertura.

—Ya se va acercando la hora —dijo unos minutos.

Meyers miraba los trozos de cielo que se entreveían a través de las ventanas. Cada vez se percibía más la claridad diurna de Syssoka. Hacía un rato había distinguido algo parecido a una o dos nubecillas; pero ya se habían desvanecido en el gris profundo del cielo de aquel planeta.

—¡Escuche en la puerta! —dijo repentinamente Taranto, impaciente, al tener que recordárselo al otro.

Se levantó y se limpió el sudor del rostro con ambas manos, que después se limpió en los pantalones grises y sucios que llevaba. Era algunas pulgadas más bajo de estatura que Meyers y con veinte libras menos de peso; pero sus anchos hombros se revelaban potentes y musculosos. Se movió con un pesado andar, cauteloso al propio tiempo como un gran carnívoro cuya gracia de movimientos sólo se observa actuando en rápidos pasos.

Meyers lo observaba con resentimiento.

«¿Por qué no habría utilizado alguno de los reactores de emergencia? —se preguntó a sí mismo— ¡Imaginar a un puñado de salvajes locos como estos que suponen que es un crimen el solo hecho de aterrizar en este condenado planeta!».

Meyers se imaginó que el haber venido a caer en una ciudad de regular tamaño como aquella en que se encontraban ahora, había sido debido a que Taranto habría oído hablar de los Syssokans como salvajes. Lo peor que podía ocurrirle con respecto a su compañero, era

que Taranto era demasiado rudo en el aspecto físico, lo que deshacía los proyectos del médico para poder entenderse convenientemente con él. Lo ideal habría sido que el aterrizaje lo hubiera efectuado algún oficial que hubiese conocido lo relativo a aquel planeta. Podrían haber intentado una órbita en aquel sistema solar y haber lanzado una llamada de socorro a la base terrestre más próxima. Pero tal y como habían sucedido las cosas, podían considerarse perdidos. El curso del viaje efectuado antes de la explosión de la astronave, parecía haber despistado a sus posibles salvadores al haber sobrepasado aquel sistema por un amplio margen.

Según recordaba, Taranto se consideró afortunado con haber tomado tierra en aquel planeta con la última fuerza de la espacionave, y se consideraba un buen piloto, por el simple hecho de haber permanecido en los viajes espaciales unos pocos años. Pero no lo había demostrado tan bien, al llevar a la espacionave averiada sobre aquellas montañas rocosas sobre el desierto donde fueron capturados por los Syssokans. A los nativos no les costó mucho dar con ellos, e incluso se mostraron capaces de hablar el lenguaje terrestre bastante aceptablemente. Les dijeron entonces, que no permitían la llegada de ningún extraño al planeta sin permiso oficial. Habían tenido una reciente guerra con el sistema solar próximo y las leyes entonces, determinaban la prohibición de permanecer en Syssokan a cualquier extranjero, excepto por visitas cortas y en espacionaves con permiso especial.

—¿Y qué ocurre con nuestro gobierno? —murmuró Meyers.

—¿Qué? —preguntó Taranto volviéndose desde una de las ventanas.

—Digo que qué ocurrirá con nuestro gobierno terrestre. ¿Por qué no dejan caer aquí un par de bombas y muestran a estos brutos con escamas quién es el que da las órdenes en la Galaxia? ¿Quiénes son aquéllos para llamarnos extranjeros?

Taranto se volvió nuevamente hacia la ventana en la que estaba asomado, al igual que las otras tres de la habitación, se hallaba a la altura de sus hombros.

—Están poniendo centinelas en las murallas de la ciudad para la noche —dijo a Meyers—. La «cosa» vendrá volando aquí, en cualquier momento ya...

—Si es que viene —comentó Meyers desmoralizado—. Algo tiene que ir mal en ese asunto también.

El otro escupió fuera de la ventana que daba a la parte principal de la ciudad syssokana, y después atravesó la estancia despacio, hacia el

lugar opuesto. Extrañas formaciones de brillantes estrellas aparecían ya en el cielo, sobre el desierto del planeta. El aire soplaba contra su cara sudada, era ya más fresco.

Meyers había dejado al banco para agacharse sobre la puerta que en forma de trampa existía en el suelo. No había razón para esperar a sus carceleros; aunque los syssokanos tenían la costumbre de irrumpir allí en el momento más inesperado. La comida de la noche se les solía traer después de estar obscurecido, de todos modos.

—¿Cree que vendrán ahora por aquí? —preguntó Meyers—. ¿Qué pasará si se dan cuenta?

Taranto dejó escapar un gruñido de mal humor. Estaba observando algo que creyó ser uno de los insectos voladores que pululaban en el crepúsculo de Syssoka. Segundos más tarde, se apartó de la ventana mientras entraba a través de ella un objeto parecido a un lápiz volante con un par de alas. Rumoreó alrededor del interior de la obscura celda. Meyers hizo aspavientos con ambas manos por encima de su cabeza. La tercera vez, el insecto pasó dentro del alcance de Taranto, quien lo abatió de un golpe certero con su mano izquierda, cayendo contra la base de la pared, donde se estuvo retorciendo durante unos instantes. Meyers se aproximó a verlo, examinando su extraña configuración.

—Es usted rápido, desde luego. En la astronave, se decía que había sido usted un buen boxeador. ¿Qué le hizo dedicarse a los viajes espaciales?

—Es una historia corta de explicar. Me vi convertido en un luchador sin porvenir en el boxeo.

Meyers se aproximó repentinamente a la trampa del suelo. Una mueca de preocupación se dibujó en sus facciones.

—Vienen por la escalera —murmuró—, ¿No los oye usted?

Se volvió hacia su banco. Taranto permaneció en la ventana. Aquel sitio era lógico para permanecer, decidió, tras un momento de reflexión.

Unos segundos más tarde, la trampa del suelo crujió, dejando pasar una luz amarillenta dentro de la celda. Provenía de una linterna eléctrica que llevaba en la mano un syssokano, que saltó rápidamente al interior. Le siguieron otros dos, armados de sendas pistolas, que se hubieran considerado como armas temibles, dos siglos antes en la Tierra.

El individuo que portaba la linterna, era un espécimen típico de su raza y era un tipo alto y cadavéricamente humanoide, con la piel de color gris verdoso, recubierta de finas escamas. Tenía las orejas

insertadas a un nivel muy bajo en un cráneo alargado y puntiagudo y ocasionalmente podían moverse con movimientos independiente, como otro órgano más.

Los syssokanos aparecían vestidos con vestiduras semejantes a pijamas sin mangas, con cinturones de cuero en donde llevaban sujetas las armas. El traje del jefe del grupo era rojo, mientras que los otros dos vestían de color pardo obscuro.

—¿Todo va satisfactoriamente? —preguntó el jefe de la pequeña patrulla, mirando fijamente alrededor de la celda con sus grandes y obscuros ojos.

—Todo va bien —repuso Taranto, con indiferencia.

Nunca pudo suponer que un syssokano podía tener aquella extraordinaria facilidad lingüística, ya que habitualmente lo hacían en tres o cuatro lenguas diferentes. El syssokano comprobó el nivel del agua que les quedaba a los detenidos en la jarra. Se fijó en el insecto muerto en el suelo, que recogió y se guardó en un bolsillo del cinturón. El syssokano dio por terminada su inspección ocular.

—Ya han sido advertidos de que obedezcan todas las órdenes que reciban aquí —dijo mirando a ambos terrestres.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Meyers, cuando parecía evidente que Taranto no estaba dispuesto a abrir la boca—. Le dijimos a usted que hubo protestas de nuestro gobierno. Todo lo que hicimos fue aterrizar en un caso de extrema emergencia en su planeta. Y todo lo que deseamos, también, es salir de aquí. Ustedes no tienen derecho a tenemos aquí encerrados en estas condiciones.

—Ha sido una violación de nuestra Ley —repuso el syssokano imperturbable—. Ustedes tenían que venir automáticamente a la cárcel. Nosotros sólo permitimos a un miembro de cada raza del cielo, vivir aquí. ¿Quién sabrá de sus reclamaciones?

—¡Escuche, mejor harían con tener cuidado con los terrestres! —explotó Meyers—. Nosotros tenemos medios para...

—¡Cállese! —intervino Taranto, sin alzar el tono de la voz.

Taranto se había despegado de la ventana e intentaba dirigirse hacia adelante; pero se detuvo cuando los dos guardianes se fijaron en él. El syssokano de la linterna, también se volvió hacia él. Taranto miraba sobre el hombro del syssokano más próximo. La ventana estaba ya obscura, el crepúsculo de Syssoka era muy breve. Meyers se había mordido los labios para interrumpir su discurso, ante la conminatoria orden dada por Taranto.

—Quizá hayan bebido ustedes demasiada agua —sugirió el syssokano—. Si han hecho algo, es mejor que me lo digan.

Taranto devolvió la fija mirada del syssokano. Se hizo el cálculo al observar ahora a su guardián, que todos los syssokanos que había visto, aunque no eran muy fuertes de estructura, tenían el pecho muy amplio. Ahora les miraba como si con un par de ganchos bien dirigidos al cuerpo, les resultasen individuos fáciles de abatir. No era difícil que los syssokanos pudieran leer las reacciones de un ser extraño en su planeta. Si lo hicieron o no: lo cierto es que recularon de la proximidad de Taranto. El terrestre había agudizado el oído para captar un ruido fuera de lo normal fuera de la ventana, durante la pausa transcurrida. Pero entonces no pudo oír otra cosa que el zumbar constante de los insectos voladores del exterior.

El carcelero paseó una vez alrededor de la celda y Taranto, dejó soltar un voto interiormente por la sospecha que había surgido en su mente. Quizá, sólo se trataría de una ilusión producida por su deseo.

Pero ¿qué podría hacer, de todos modos? —se dijo a sí mismo. No podía permitir que Meyers dejara escapar sus pensamientos.

Finalmente, cuando Taranto sólo respondía con monosílabos y Meyers, intimidado, se encerró en una completa, reserva, el syssokano se retiró con sus dos acompañantes. La más absoluta obscuridad se cerró sobre los terrestres, al marcharse de la celda sus carceleros y cerrar la puerta de la trampa existente en el suelo.

—Les daremos tiempo a que se alejen —advirtió Taranto, oyendo que Meyers se dirigía a la salida por donde habían marchado los syssokanos.

Esperaron en el más completo silencio y en la obscuridad, hasta que Meyers advirtió:

—Ya no volverán.

—Bien, más vale que estemos seguros —dijo Taranto brevemente —. ¡Pegue el oído contra la trampa!

Y Taranto se dirigió nuevamente hacia la ventana que daba a la ciudad syssokana. Después del intenso calor diurno, el aire soplaba casi frío y la camisa que vestía, le resultaba casi insuficiente. Miró hacia el exterior, aguzando la vista de forma que pudiera recoger la visión de las bajas colinas del desierto, que rompían la línea del horizonte. La luz de las estrellas, parpadeaba iluminando tenue- mente diversas franjas de la arena del desierto. Se dispuso a esperar, con los brazos apoyados en el marco de la ventana.

Casi media hora más tarde, Taranto estuvo seguro de oír algo distinto de un insecto volador del planeta, aproximarse a la ventana. Se volvió y llamó la atención de Meyers.

—¿Viene ya?

—Creo que sí.

Un suave zumbido se aproximó al marco de la ventana. Por la abertura, con suavidad, se cernía un pequeño objeto flotante en el espacio, como una sombra.

—De acuerdo —dijo Taranto en voz baja, aun sabiendo que existía en el interior de la celda un detector de rayos infrarrojos.

Aquella forma brillaba muy tenuemente con una luz propia, Una parte de aquella luz se reflejaba en las paredes interiores, revelando un mecanismo volante en miniatura, del tamaño de la mano de un hombre y que había aterrizado en el borde de la ventana .Taranto la tomó, oyendo que Meyers se le aproximaba por la espalda.

—¡Escuche en la trampa, maldita sea! —gritó calladamente Taranto—. Todo lo que necesitamos, está aquí ya, y estaremos hasta que salga el sol mañana.

—«¡Taranto! —surgió una voz de la pequeña máquina—. ¿Está usted dispuesto, Taranto?».

—¡Adelante!

—«Ahora saldrán dos píldoras de esta máquina». —La voz que surgía del pequeño aparato era suficiente para ser oída en la quietud de la noche de Syssoka.

De un costado de la pequeña máquina voladora, se abrió una compuerta y dos píldoras rodaron fuera. Taranto las recogió con la mano.

—Tomarán una cada uno, con agua —instruyó la voz de la máquina—. Será mejor que esperen un poco antes del amanecer. Dijeron ustedes que les traían la comida una hora más tarde.

—Sí. así es —murmuró Taranto.

—Eso dará a este producto tiempo para actuar. Por lo que ellos puedan decir, estarán ustedes más muertos que un trozo quemado de meteorito.

—¿Y entonces, qué?

—Entonces, los syssokanos seguirán sus costumbres normales con los muertos, esto es. llevarlos al desierto para momificarlos. Esta máquina permanecerá sobre el lugar para su perfecta localización. Hemos sabido que a los muertos extraños no los llevan a sus propios cementerios.

—Está bien, nos encontraremos en el desierto —comentó Taranto —. ¿Cómo se las arreglará esa espacionave para recogernos, entonces?

—Ya se ha dispuesto la forma de donde tienen que venir a recoger a ustedes. Esta máquina puede hablar fuerte por radio, en la misma forma que lo hace ahora con ustedes. Entonces recogerán sus cuerpos

y los llevarán al espacio lejos de aquí. Vendrán en el crepúsculo, cuando no puedan ser vistos desde la ciudad.

—¿Y quiénes son?

—Un grupo de hombres especializados para este trabajo, del Departamento 99. Sus movimientos son secretos y nadie sabe de dónde vienen ni a dónde van.

—No tengo nada que oponer, con tal que nos saquen de aquí —dijo Taranto.

Esperó hasta que la pequeña compuerta volvió a cerrarse y la tenue luz se apagó. Los pequeños rotores de la máquina se pusieron en marcha y dos minutos más tarde, se encontraron solos de nuevo.

—Venga y tome la suya —dijo Taranto, entregando la cápsula correspondiente al médico.

—¿Y tendremos que tragarnos esto? —preguntó Meyers con incertidumbre.

—Tenga cuidado con no perderla —advirtió Taranto.

Y volvió a repetir las instrucciones, conforme las había recibido en la ventana, junto a la pequeña máquina.

—Una cosa todavía —concluyó—. Tenemos que procurar estar despiertos de forma que podamos tomar esto a su debido tiempo.

—Organizaremos una guardia —sugirió Meyers.

—Sí que se podría —replicó Taranto—, pero no estoy seguro de usted. En segundo lugar, no estoy muy seguro de vigilar su sueño. Tenemos que hacer esto de la forma más segura posible.

Meyers gruñó alguna cosa inaudible. En la obscuridad, una sardónica risa retorció los labios Taranto.

—Rece lo que sepa —dijo—. ¡Asistiremos a nuestro propio funeral por la mañana!

IV

Westervelt, estaba sentado en su pequeño pupitre en el rincón del Departamento, donde tenía su despacho, dándole vueltas en la cabeza, para encontrar por mil medios diferentes la forma de atacar una celda que se encontrase sumergida a treinta brazas bajo el mar. De tiempo en tiempo, tanto Beryl como Simonetta, le ofrecían alguna sugerencia. Westervelt sabía que todos, en la oficina estaban preocupados en la resolución de aquel acertijo. Smith mismo, estaba en la creencia de que se pondría a contribución el ingenio de todos, una vez empezado semejante proyecto, aunque por el momento ninguno ofrecía una buena idea factible.

—Si alguna vez viajo por el espacio —murmuró

Westervelt— nunca se me ocurrirá ir a un planeta tan húmedo y acuoso como Tridente. ¿Qué diablos llevaría a Harris a convertirse en un pescador de perlas?

—¿Lo ha sido alguna vez? —preguntó Beryl.

—No, creo que no.

Dirigió una mirada sobre Simonetta, que parpadeó y continuó trabajando en la carta que estaba escribiendo. Un auricular reproducía el dictado de Smith desde la cinta grabada eléctricamente. Mientras escuchaba, iba hablando delante de un micrófono situado frente a su máquina de escribir electrónica. que reproducía las palabras en tipos. A Westervelt le pareció aquel trabajo más difícil, de lo que podía parecer en principio. Había observado que Beryl había tenido que repetir dos y tres veces una misma carta por aquel procedimiento. Parrish todavía era más difícil de interpretar y de poner sus pensamientos en orden lógico, que el propio Jefe,

—He oído ya tantas ideas fantásticas en esta oficina —dijo Beryl— que no sé sencillamente, por dónde empezar. ¿Cuándo se decidirán a poner sus ideas en buen orden de una vez?

—Ellos imaginan, conciben ideas, ése es el trabajo normal de los jefes de este Departamento 99. Son mejores pensadores que escritores.

—Es una cuestión de estimación, supongo —comentó Beryl.

—Y también cometen sus errores —intervino Simonetta.

—Sí leí un viejo informe sobre uno bien grande —dijo Westervelt —. ¿No habéis oído nunca hablar de la vez en que se enviaron tanques de oxígeno para tres hombres del espacio encarcelados en ti sistema de Mizar? Simonetta dejó de trabajar en la carta y las chicas prestaron a Westervelt toda su atención.

—Parece ser —continuó— que un navío espacial en exploración,

aterrizó en un planeta de tal estrella y encontró una clase de civilización con la que no habían hecho convenio alguno. Los nativos respiraban un aire con un alto contenido de cloro. Así, cuando hubieron detenido a tres miembros de la tripulación y encarcelado como rehenes, la espacionave tenía que abastecerles con tanques de oxígeno.

—¿Y cuánto tiempo los tuvieron en semejantes condiciones? —preguntó Beryl.

—No indefinidamente, por supuesto. No podían recobrar el dióxido de carbono de ningún modo, por el procedimiento que se hacía en la espacionave. el capitán creyó que lo mejor sería ponerse en órbita, mientras trataba de negociar con los mizarianos. Entre tanto, envió al Departamento por ayuda y de aquí surgió una pobre conjetura.

—¿Y bien?

—Sugirieron que el capitán disfrazase algunos trajes espaciales con reactores como tanques de oxígeno y enviarlo al planeta por el pequeño navío auxiliar que usaban para las entregas y para exploración. La idea era que los prisioneros volaran ellos mismos por encima de las murallas de la prisión como ángeles que el navío auxiliar los recogiese y poder dejar así lejos de sus ojos la luz blanco-verdosa de Mizar, para siempre.

—¿Y por qué no fue bien la cosa?

—Oh, la cosa fue muy bien —dijo Westervelt—. Funcionó a las mil maravillas. La única pega del asunto fue que cuando consiguieron tener a aquellos tres hombres a bordo de la astronave y se lanzaron a velocidad estelar, encontraron que los mizarianos, les habían hecho una trastada con un buen juego de manos. Habían metido a tres de los suyos dentro de los trajes espaciales, con idea de espiar a los terrestres. Bien, el Capitán se dio cuenta y comprobó que la cosa no tenía remedio. No pudo abastecer a los mizarianos con suficiente cloro para conservarlos vivos hasta que pudieran volver de nuevo al planeta. Y tuvieron que continuar con ellos.

—Pero ¡los hombres que habían dejado atrás! —exclamó Beryl—. ¿Qué les ocurrió?

Westervelt se encogió de hombros.

—No pudieron ser nunca encontrados.

Beryl, horrorizada, se volvió hacia Simonetta que miraba pensativamente a la pared.

—Por lo que pudimos saber —dijo la morena—, ellos murieron rápidamente.

—Y por igual razón —dijo Westervelt— los mizarianos nunca

supieron qué les había ocurrido exactamente a sus propios individuos.

Se produjo un silencio, mientras todos consideraron aquel aspecto de la cuestión. Simonetta dijo finalmente:

—¿Por qué no le cuenta usted lo sucedido aquella vez a un explorador del espacio, en que le dieron un tratamiento de hormonas como disfraz?

—Oh… díselo tú —dijo Westervelt— lo sabes tan bien como yo.

—Pues sí —empezó Simonetta—. Ocurrió en un planeta donde existe una colonia de gentes procedentes de la Tierra, de la que no se habla mucho. Existe una especie de cultura matriarcal, amazónica, donde no se permite la presencia de los hombres.

Decidieron que el agente enviado allí se convirtiese en una mujer, cambiando su apariencia mediante el empleo de drogas al efecto.

Westervelt observaba el asombro dibujado en los ojos de Beryl.

—Finalmente —continuó Simonetta—, su apariencia cambió de tal forma que pudo vestirse y pasar por una mujer en todas partes. Allí desempeñó su misión, hasta que pudo regresar en una astronave, en su próxima pasada por el planeta. Pero ocurrió algo fuera de lo esperado.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Beryl.

—Que no pudieron volverle a su estado primitivo. Su esposa consiguió divorciarse de él, por infidelidad, cuando él dio a luz dos gemelos.

El asombro de Beryl llegó al colmo.

—¡Oh, vamos, menos bromas!

Todos se pusieron a reír hasta que se oyó el zumbido del teléfono del despacho de Beryl. Accionó el conmutador, escuchó un momento y entonces se levantó dirigiéndose hacia Westervelt.

—El señor Parrish me necesita para que le ayude a buscar en los archivos —dijo—. Supongo que no querrá poner en práctica una cosa semejante conmigo…

—No —repuso Westervelt mientras la chica salía—, espero que ya tiene bastantes preocupaciones, para gastar bromas.

Miró a Simonetta, a quien encontró mirándole fijamente, con un gesto característico, sacudiendo la cabeza.

—¡Willie, Willie! —dijo la chica—. ¿No irá usted a permitir que esa rubia le saque de sus casillas? No pensé que usted era un tipo de esa clase…

Westervelt le devolvió el gesto.

—¿Es que hay otra clase? Después de todo, Simonetta, ella sólo se encuentra en el Departamento desde hace pocas semanas. Es la novedad del Departamento. Pronto se aburrirá de mí.

—Seguro que sí.

Simonetta volvió a sus cartas y Westervelt, a su vez, volvió a enfrascarse sobre sus asuntos. Se imaginó qué es lo que estarían haciendo Parrish y Beryl en los archivos. No encontró ninguna razón para mezclarse en asuntos que no le concernían de todos modos. Pasó algún tiempo, sin conseguir una sola idea para los problemas del Departamento. Entonces, se abrió una puerta y Smith irrumpió en la estancia. Llevaba un block de papel en la mano, como si él también hubiese estado haciendo cálculos y buscando nuevas ideas.

—Bien, Willie —dijo en forma de saludo—. ¿Qué está usted haciendo acerca de ese camarada de Harris?

—Todo lo que se me ocurre, señor Smith, es imaginar un trato mediante algunos individuos apropiados al caso...

Smith permaneció pensativo durante unos instantes. Deambuló por la estancia hasta ocupar el asiento vacío en la mesa de la secretaria.

—Estaba pensando en los hombres rana —dijo el jefe—. Pero he pensado también que si tienen que habérselas con esos monstruos de veinte pies bajo el agua, en esos mares peligrosos de Tridente, los hombres rana no se las van a ver muy seguras de todos modos...

—A menos que pudieran tomar a uno de esos monstruos como un guía —sugirió Westervelt.

Las tres personas presentes, consideraron un instante semejante posibilidad.

—Puedo figurarme la escena —dijo Simonetta bromeando y adoptando un aire gracioso—. Yo llamarme Swishy. Yo buen guía. ¿Quiere usted encontrar perlas? No está permitido aquí, nosotros no las robamos de otros peces...

Los dos hombres rieron la broma de la chica. Después Smith, discutió la probabilidad de un posible fraude en los informes recibidos y concluyó con cierta repugnancia, si habría o no engaño en todo aquello, aunque sin embargo, alguna verdad debería llevar implícito el asunto de Harris.

—Supongo que tendremos que usar de alguna forma esa red de pescar para localizarlo de alguna manera —concluyó Smith suspirando finalmente—. Nos llevaría demasiado tiempo despachar un submarino en partes para ser ensamblado en Tridente. Todo este asunto me está produciendo náuseas del pescado, hasta suponer que no volveré a comerlo más en mi vida.

—Quizá haya otra persona que pueda hacer alguna sugerencia sobre el particular —sugirió Westervelt, quizá para ocultar que él no había podido sugerir nada en absoluto sobre el particular.

—Diga usted quien —dijo Smith con un movimiento de cabeza—. Supongo que debería usted ir a ver a Bob Lydman y ver lo que está haciendo, mientras yo firmo estas cartas. Puede usted ir a la sala de comunicaciones al propio tiempo y comprobar si hay algo de nuevo, en el caso de que haya llegado alguna nueva información.

Westervelt estuvo de acuerdo y salió a cumplir el encargo de su jefe.

Unos momentos más tarde, Westervelt llegaba hasta el extremo del corredor no sin antes haberse detenido y pegado el oído a la puerta donde en los viejos archivos, se hallaban Beryl y Parrish. Llegó a la puerta de Lydman y tocó. Esperó unos instantes y llamó nuevamente; pero no obtuvo respuesta.

Vaciló un instante, imaginando qué podría haberle sucedido y finalmente se decidió a entrar, hallando la presencia física de Lydman; pero como si estuviera ausente del mundo, sin enterarse de la presencia de ninguna otra persona. Despacio y con cuidado, se volvió hacia la habitación de los lavabos en el lado opuesto del hall.

Lavándose las manos con calma deliberada, Westervelt decidió que lo mejor sería llamar a Lydman por teléfono. No pudo comprender, cómo, de hecho, las llamadas telefónicas interiores no eran populares en el Departamento. Supuso que el cara a cara habitual entre la gente del Departamento, se había convertido en un hábito, reflejando así la preferencia de Smith por hablar a cada uno personalmente en cada caso. En ello quizá habría otra causa más profunda. Se hallaban frecuentemente en contacto con sitios tan lejanos, a base de imágenes muchas veces tenues y borrosas de personas que se hallaban en los espacios interestelares, que debería existir un deseo de seguridad teniendo un contacto físico con la persona a quien se quería hablar.

—Tendré que esperar a adquirir tal costumbre, si he de permanecer aquí mucho tiempo —se dijo Westervelt a sí mismo—. No me quedará otro remedio.

Se examinó a sí mismo con ojo crítico en el espejo que había sobre, el lavabo y comprendió que ofrecía una buena apariencia. Una moneda puesta en un aparato, puso a su disposición un peine de plástico, con el que se suavizó sus negros cabellos.

No llegó nadie al lavabo mientras permaneció en él, con quien habría tenido una excusa para entablar alguna conversación. Continuó su camino en el corredor nuevamente, sin apartar de su pensamiento lo que estarían haciendo Beryl y Parrish.

Tuvo que llegar hasta la vacía sala de conferencias hasta encontrar un teléfono a mano. Después pensó que también lo habría en el

laboratorio. Buscando el final del corredor nuevamente, decidió llamar a la puerta de Lydman una última vez. De nuevo, su llamada no obtuvo respuesta y se volvió hacia el laboratorio, entrando en él.

Allí se encontró a la vista de mesas, bancos de trabajo con toda clase de utensilios y potentes herramientas y diversas piezas de ensamblaje de los más diversos aparatos, muchos de ellos llenos de polvo, con la apariencia de valiosos instrumentos que habían quedado fuera de uso temporalmente. Para el uso de los lejanos espacios interestelares, aparecían igualmente la más diversa clase de aparatos de alta precisión y diseños diversos de otros, en vías de construcción. Existían otras muchas cajas en las cuales habían almacenados dispositivos de toda especie. Había enormes dibujos y esquemas y planos que casi llegaban hasta el techo. Otros instrumentos de reciente uso, yacían aquí y allí entre las mesas y los pupitres del laboratorio. A la derecha de Westervelt, cerca de la pared opuesta donde al otro lado estaba situada la sala de comunicaciones, captó la figura de Lydman, a quien reconoció por sus anchos hombros. Westervelt vaciló, sin saber qué hacer.

El veterano explorador del espacio, se había detenido para examinar un dispositivo que yacía sobre una de las mesas. Desde la posición que ocupaba Westervelt, apreciaba algo así como un reloj de pulsera. Lydman lo tomó en la mano y se volvió hacia una parte de la pared recubierta en parte por una delgada plancha de acero. Levantó aquel «reloj» a un nivel conveniente y apuntó con él.

Un chorro delgado de blanca llama surgió, como un lápiz, del instrumento, para estrellarse contra la plancha de acero arrancando chispas de ella y fundiéndola en el acto. Succionando por el aire acondicionado, el humo que produjo la llama, desapareció tan rápidamente que Westervelt creyó que el olor que había surgido de aquella rápida operación, sólo parecía estar en su imaginación.

Lydman, volvió a colocar el instrumento en la mesa, antes de dirigirse a otra. Allí pareció inspeccionar lo que parecía una caja de cigarrillos. De ella extrajo lo que parecía ser la pequeña batería de una cámara de «flash» de antiguo modelo. Algo crujió bajo sus dedos, y de uno de los terminales del cilindro surgieron dos hojas de un ventilador hacia su rostro, como si quisiera comprobar su poder de refrigeración y después lo colocó al externo de su brazo alargado para tocar en un tercer dispositivo.

Un sonido bajo y como un zumbido llegó a los oídos de Westervelt. El sonido se elevó rápidamente hasta sobrepasar el nivel audible de tono para el oído humano. Westervelt sacudió la cabeza ligeramente.

Por alguna razón, encontró dificultad en poder concentrarse. Quizá la presencia de Lydman, inesperada como había sido le había alterado de algún modo. A los pocos instantes Westervelt sintió como si sufriera de náuseas en el estómago. Al final del experimento, un minuto después, Westervelt se encontró como si se sintiera invadido de un pánico inconcebible.

Se dirigió volviendo de nuevo al corredor, dándose cuenta de que Lydman presentaba una extraña apariencia. En la mente de Westervelt surgió la idea de si sería que parte de los ultrasonidos desarrollados por aquel pequeño dispositivo, habrían sido reflectados desde las paredes sobre el propio Lydman. Se encontró en el corredor de nuevo. Mientras andaba, sentía un cierto desfallecimiento en las rodillas. Pasó al lavabo y vaciló y decidió hacerlo desde la sala de conferencias. Una vez allí, no obstante se sentó para recobrarse un poco.

«¿Quién puede figurarse lo que hay en una mente como ésa? —se preguntó a sí mismo—. Parece que esas cosas sean una diversión para él. Creo que deberé pensar cualquier día en encontrar un empleo con gente razonable».

Unos cuantos minutos de descanso, le refrescaron, sintiéndose bien de nuevo. Volvió a la oficina principal, justo en el momento en que Smith estaba entregando un manojo de cartas firmadas a Simonetta Diorio. Los dos le miraron al entrar.

—Bien, Willie, ¿ha encontrado algo? —le preguntó Smith.

—Yo… bueno… estaba muy ocupado —farfulló Westervelt.

—¿Qué parecía tener en su mente ahora? —insistió Smith, mientras hacía señal a Simonetta para telefonear.

—Pues… él… es decir… no llegué a preguntarle. Estaba… muy ocupado, en el laboratorio.

—¡Ah, vaya! —dijo Smith.

Se fijó en la expresión del rostro de Westervelt, añadiendo a continuación:

—Entonces, quizá será mejor no distraerle. Ello podría estropear alguna idea interesante que tenga entre manos.

Westervelt manejó un gruñido de aprobación y se volvió a su mesa de trabajo.

«Cualquier cosa que tenga entre manos —pensó— tiene seguramente que ser algo fuera de lo normal».

Volvió a enfrascarse sobre las notas que había tomado antes. Se hallaba vagamente consciente de que habían cesado las conversaciones a su alrededor pero no se dio cuenta de la proximidad de Simonetta, hasta que la tuvo materialmente a su lado.

—¿Qué ha ocurrido, Willie? —preguntó la chica—. Parece como si te hubieran echado fuera de mala forma.

—No. Al menos, no deliberadamente, de ningún modo —repuso Westervelt—. Tampoco creo que se diera cuenta de que yo me encontraba allí…

Y le relató lo ocurrido en el laboratorio. Ella sacudió la cabeza pensativamente.

—Supongo que sea esa su forma de actuar —dijo Westervelt—. Detesto la forma que tiene ese hombre de utilizar sus instrumentos en aquel sitio. ¿No ocurrió en cierta ocasión, que alguien se mató en el laboratorio?

—De eso, ya hace años —respondió Simonetta, sin otro comentario. Se encogió de hombros y la chica pareció sentir un repentino escalofrío, agrandándose sus hermosos ojos. Westervelt se dio cuenta de que Simonetta era una chica preciosa, mucho más bonita y atrayente que Beryl, y trató de imaginarse por qué razón pensaba de forma tan diferente sobre ambas mujeres. Simonetta, parecía demasiado fina, para albergar las ideas que normalmente tenía Beryl. Algo le dijo en su interior, que sus pensamientos sobre el particular, se hallaban muy confusos.

«Espero no tener que preocuparme demasiado —se dijo a sí mismo —. Quizá, ambas sean iguales por dentro».

V

Cuando entró Beryl en la oficina general, Westervelt es hallaba en una de las ventanas con Simonetta, manejando el dispositivo de filtraje de la luz solar, para aprovecharla al máximo en el crepúsculo. En aquel momento, se divisaba la bola roja de un gran edificio de la vecindad.

—¿Qué estáis trasteando por ahí? —preguntó la rubia—. ¿Algún truco mágico?

Simonetta se puso a reír y Westervelt mostró el dispositivo de filtraje, viéndose en el exterior un atardecer normal.

—Es una idea —dijo, poniendo mal gesto a la rubia.

—¿Para utilizarla bajo el agua? —preguntó la rubia burlonamente.

—¿No has oído nunca hablar de un calamar? Suelen esconderse y disimularse bajo el agua. Quizá una zona acuosa teñida sea tan buena como un filtro.

—¡Willie, eso es una gran idea! —exclamó Simonetta—. Deberías decírselo al señor Smith.

Westervelt la miró agriamente. Ahora Beryl se había dado cuenta de que habían estado realmente, perdiendo el tiempo y contaba con un punto contra él, en el próximo cambio de pullas personales.

Beryl se dejó caer en su asiento, pareciendo desmayada de fatiga y cruzó las piernas. Hurgó en su bolso buscando un cigarrillo y pidió una cerilla.

—¿Por qué no te compras una marca de cigarrillos de las que llevan su propio encendedor? —preguntó Westervelt.

Sin embargo, se dirigió hacia la cabina donde estaba su encendedor, que se había apropiado Paulina y volviendo con él, encendió el cigarrillo de Beryl.

—Bien —dijo—, ¿qué habéis encontrado tú y Parrish en los archivos de interesante?

—No sé —suspiró Beryl, echándose hacia atrás—, pero chico, ¡qué forma de buscar y revolver papeles! Hemos estado mirando en treinta o cuarenta casos diferentes. Jamás había oído cosas tan fantásticas.

—¿Encontró algo que le aportara alguna idea? —preguntó Simonetta.

—¡Nada en absoluto, al menos que yo sepa! Existen cosas verdaderamente locas y fantásticas en los informes; pero nada que se parezca a un calabozo situado en el fondo de un mar.

—Tú pensaste que ello habría podido ocurrir alguna vez —dijo Simonetta pensativamente.

—Supongo que sí —sugirió Westervelt—. Pero en cualquier planeta donde hubieran llevado a los terrestres, no hubieran podido vivir bajo el agua, hasta constituir un caso así. En un lugar como Tridente, los terrestres no hubieran tenido usualmente ningún inconveniente. Hubieran permanecido en tierra firme, y las formas de vidas locales, lo habrían hecho bajo el agua, siendo subacuáticas. Eso sólo ha podido sucederle a Harris, por haber olfateado en un lugar donde no era deseada su presencia.

—Eso es lo que el señor Parrish insinúa —dijo Beryl—. Todo lo que sé es que me parece un relato para tomarlo a broma. No deberían permitirles que fuesen a visitar sitios como ese.

—Lo que tenemos que hacer es ponernos a trabajar todos —comentó Westervelt—. No te quejes, Beryl, puede que algún día te ocurra una cosa parecida.

La rubia se encogió de hombros y se volvió hacia su pupitre.

—No es cosa para mí —dijo—. Me quedaré en la Tierra, aunque me ofrezcan un viaje semejante como unas vacaciones pagadas.

Lydman y Parrish entraron en la oficina general, el último cambiándose guiños con Paulina la operadora de la centralita de comunicaciones. Un momento más tarde, Smith abrió su puerta, como si esperara a alguien.

—¡Ah, Willie, está usted ahí! —dijo el Jefe—. Supongo que usted también estará dispuesto a tomar parte en todo esto. Necesitamos algo y entre tanto, usted podrá también echarnos una mano.

Westervelt se levantó y siguió a los otros a la oficina de Smith, donde tomó una silla junto a una ventana. Los otros se arracimaron junto a la mesa del Jefe, una vasta lámina de plástico plateado, llena de documentos y de cintas y registros magnetofónicos.

La oficina, en sí misma, era como un pequeño museo. Las paredes estaban llenas de fotografías, algunas de pobre calidad pero mostrando interesantes detalles que habían sido utilizados en otros casos del Departamento. Las que tenían mejor color, mostraban a Smith en compañía de dos o tres personajes vistiendo uniformes espaciales y en diversas circunstancias. También Parrish y Lydman aparecían en algunas de aquellas fotografías.

«Este es el recuerdo de los mejores casos resueltos —pensó Westervelt—. Los casos malos están en- terrados en los archivos».

De pie contra las paredes o sobre pequeñas mesas, había también un buen número de modelos a escala reducida de astronaves espaciales, sistemas planetarios y formas vivientes no humanas. Alguna de aquellas figuras había hecho a Beryl decir, que se sentía

feliz con no ser la secretaria del jefe y serlo de cualquier otro elemento del Departamento 99. Otro modelo, en forma de maqueta, que Westervelt examinó a su gusto durante unos largos instantes, mostraba una ciudad completa con sus paisajes de los alrededores, en un planeta lejano.

Westervelt dirigió su atención hacia Smith y sus compañeros.

—Esto se está poniendo de una forma, no precisamente divertida —dijo el jefe del Departamento—. ¿Sabe usted con qué -poco contamos para actuar en un caso como este?

—Supongo que no será mucho —dijo Parrish con calma.

—Hay cincuenta terrestres o quizá menos, en todo el planeta —dijo Smith, pasándose la mano como un peine por su cabellera larga y descuidada, como siempre. La colonia más próxima, o el aeropuerto espacial amigo, de donde podamos enviar equipo, se halla a veinte años luz de distancia.

—Bien, podría hacerse, de todos modos —dijo Lydman, suavemente.

—Oh, por supuesto, podría hacerse —admitió Smith—. Pero ¿cuánto tiempo tendremos que volvernos locos alrededor de este asunto? No tenemos la menor idea de bajo qué condiciones se tiene aprisionado a Harris.

Parrish adelantó el cuerpo sobre la mesa.

—Podemos deducir algo bastante definido —sugirió—. En primer lugar, si él ha conseguido emitir fuera algún mensaje, lo cual habremos de tomar como seguro que lo ha hecho, ha tenido que encontrar algún medio para que le suministren aire.

—Ha podido vivir con el aire del submarino que construyó —dijo Lydman.

—Sí; pero de haber sido así habría usado la radio para comunicarse, ¿no lo creen ustedes?

Los otros afirmaron silenciosamente.

—No ha podido permanecer mucho tiempo en el interior —insinuó Lydman juiciosamente.

—Por tanto, tienen que haber construido alguna especie de estructura para albergarlo bajo el mar, digamos una especie de tanque —dijo Parrish.

Westervelt se agitó en su asiento y entonces prefirió cerrar la boca, mejor que interrumpir en aquella ocasión. Smith se dio cuenta del gesto y le miró.

—Hable, Willie —le invitó—. No importa qué cosa se diga en esta habitación, por absurda que parezca.

—Pues yo... yo estaba imaginando algo acerca de esos tridentes —dijo Westervelt—. ¿Sabe cualquiera de qué forma viven esas criaturas? ¿Se sabe si tienen ciudades construidas en el fondo del mar?

—Si disponen de vehículos a reacción subacuáticos, es evidente que tienen una alta tecnología...

Smith se detuvo al ver a Parrish volver los ojos y mirar al techo.

—¿Qué hay de nuevo, Pete? —le preguntó sobre la marcha.

—No sé por qué no se me ha ocurrido eso antes —gruñó Parrish—. Apostaría ciento a uno a que disponen de equipos móviles, un dispositivo nómada. Eso sería una forma típica de vida en un ambiente semejante. Y eso sería peor de lo que imaginamos.

—Quiere usted decir —murmuró Smith tras unos momentos de reflexión— que cómo nos sería posible seguir una dirección fija en nuestro pensamiento ¿no es cierto?

—Algo así —dijo Parrish—. Supongo que tendrán sus bases, que conservan para facilidades de construcción y fabricación. Probablemente deben contar con dispositivos allí donde tengan fácil acceso a los minerales, a menos que no conozcan la forma de extraerlos, para sus necesidades, del agua misma.

—No habrá muchas dificultades acerca de saber eso —convino Smith—. Tendré que hacer algunas consultas previas. Por supuesto, nos llevará algún tiempo...

—Estamos acostumbrados a eso —sonrió Parrish, mostrando su blanca dentadura.

Westervelt se imaginó cómo habría sido su propia forma de sonreír si la responsabilidad hubiera sido suya. Tenía la idea de que Parrish podría ser la mitad de lo simpático que se mostraba, si él llevara la dirección de aquella operación y no tuviera mucha ayuda de los demás para resolverla. Tenía que admitir, no obstante, que Parrish tenía una especial habilidad en calar en las culturas de otros mundos. Cuando había hecho la pregunta acerca de las ciudades, era simplemente porque había medio diseñado una especie de cúpula al estilo terrestre bajo el agua y sabía que tal imagen era poco verosímil que existiera.

—De cualquier forma —continuó Parrish— pensaríamos de esa gente como si se tratara de pájaros que tienen la libertad de trasladarse a donde les parece oportuno. Pero es evidente, que antes han construido máquinas y que emigraron de la superficie de su mundo, nadando en las aguas. Creo imaginar que esos peces, que es lo que supongo deben llamarse...

-—¡Peces que piensan! —murmuró Smith con preocupación. Y se

volvió a pasar la mano por su alborotada cabellera.

—Supongo que esas «cosas» todavía lo hacen, juntamente con otros tipos de vida de los cuales aún nada sabemos que ocuparían el lugar que tienen los animales en la Tierra. Por tanto, deberemos pensar en una incursión rápida, más bien que en una cuidadosa penetración.

—Si les encontráramos, ¿tendría que ser armados con alguna especie de armadura en forma de trajes espaciales contra la presión y descender a sus lugares de vida bajo el mar —dijo Lydman—. Creo que podría habilitar un arma o dos bien eficaces, bajo el agua en una forma de la que nunca pudiesen sospechar.

—Mejor sería seguramente, que pudiéramos contar con uno de esos peces pensantes, que valiéndose de la hipnosis, pudiera devolvernos a Harris —intervino Westervelt.

Los demás le miraron pensativamente y Westervelt se sintió horrorizado de que su broma, hubiese sido tomada en serio. Se removió nervioso en la silla, haciéndose el propósito de mantener la boca cerrada en lo sucesivo.

—Estoy imaginando —caviló Smith—. Si ellos pueden actualmente, intercambiar pensamientos...

—Podrían tener defensas naturales... —insinuó Parrish.

—¿Qué podría sobornar a un pez semejante? —preguntó Lydman, más bien como una idea esperanzadora que como un motivo de risa.

Smith tomó otra nota y después, al igual que sus otros camaradas, cayó en un completo silencio. Westervelt deseó que los demás, estuvieran ocupados en pensamientos más productivos que los suyos propios. Era alentador tener su atención y conseguir la reputación de ser un joven brillante, capaz de realizar sugerencias valiosas; pero seguramente cuando hicieran mención de él, seguramente lo harían recordando solamente en el sentido de haber apuntado cualquier advertencia estúpida.

—Willie —dijo Smith, yendo hacia una decisión—, vaya por favor y recorra todo el Departamento y pregunte personalmente a todos los demás, si están dispuestos a trabajar todos un par de horas esta noche. Quizá sea el momento de rogar alguna información suplementaria de Tridente, y ver que consigamos algo más antes de empezar nuestro plan. Si sé que cualquier elemento que se halle en el espacio, se ocupa de este asunto, podré dormir tranquilo esta noche

Westervelt se levantó del lugar que ocupaba junto a la ventana y se dirigió hacia la oficina principal. Se lo dijo a Simonetta, y a Beryl. La última pareció más bien afectada. Westervelt pensó celosamente qué clase de cita tendría acordada para aquella noche. Se detuvo en el

pupitre de la cabina de intercomunicaciones del Departamento.

—¡Ah, eres tú, Willie! —exclamó Paulina.

—Sí, puedes volver sobre el proyector de nuevo —dijo con una mueca—. ¿Qué es, una bonita película?

Paulina apartó un pequeño proyector que tenía funcionando detrás del cuadro de mandos de las comunicaciones.

—Es algo relacionado con el trabajo del hogar, si es que quieres saberlo.

—De acuerdo, deberás ir de nuevo al colegio —le recordó Westervelt—. ¿Por qué no vuelves a hacer un curso de psicología ultraterrestre? Podrías así obtener una más alta calificación en el Departamento.

—¿Cuándo tendremos visitantes extraterrestres aquí? Una vez en la vida.

—¿Quién dice que se trata de extraterrestres? —añadió Westervelt —. Hay días en que pienso, que comprendería mejor las cosas si estuviera provisto de doce tentáculos y un tanque de cloro que una mentalidad normal, para trabajar en esta oficina. Tenemos un programa sobrecargado de trabajo esta noche y Smith desea que nos quedemos todos, de ser posible.

Una mirada de desaliento se escapó de los ojos juveniles de Paulina.

—Ya sé, tenías clase esta noche —comentó Westervelt—. Tendrás que hacer novillos. Quédate en el archivo con el señor Parrish y aprenderás dos veces más.

Paulina hizo ademán de tirarle el proyector a la cabeza; pero se puso a reír. Westervelt le dio las instrucciones de Smith y le recordó que si tenían que quedarse hasta tarde, las comunicaciones serían la primera cosa que debería hallarse en regla. Dejó a Paulina y se dirigió hacia el hall. A medio camino de la sala de comunicaciones, oyó las puertas del ascensor abrirse y cerrarse. Se detuvo y miró atrás.

Por el rincón apareció la figura de uno de los hombres de la televisión, Joe Rosenkrantz. Westervelt miró a su reloj y comprobó que se había efectuado el relevo del personal de comunicaciones, que mantenía un servicio permanente con el Universo, durante las veinticuatro horas de cada día.

—¡Hola, Willie! —le saludó Joe—. ¿Vas a la sala de comunicaciones?

Westervelt afirmó y dio al operador una breve reseña de los trabajos y del servicio que les esperaba aquella noche. Rosenkrantz permaneció imperturbable.

—Espero que no se intoxiquen de ingenuidad y se obstinen en lanzar mensajes a todas partes —protestó—. Estaba pensando en pasar una noche tranquila en el servicio.

Se dirigieron juntos en busca de Colborn, quien oyó las instrucciones impasiblemente. Pero advirtió a renglón seguido a Westervelt, que a él no le importaba el horario sobrecargado de trabajo de la noche. Cuando le llegaba el relevo, era el relevo, su tiempo le pertenecía por entero y se encontraba libre de servicio.

—Yo suelo olvidar este loco lugar, en el momento en que la puerta del ascensor se cierra tras de mí —dijo haciendo una mueca, mientras explicaba; a Rosenkrantz brevemente lo sucedido en las horas anteriores, al entregarle el servicio—. Hay quien espera a encontrarse en la calle; pero para mí la cosa es mucho más rápida. Cuando pulso el botón de la planta baja, todo queda en blanco para mí.

Colborn se dirigió hacia la puerta, rehusando discutir su punto de vista, y se dirigió hacia los ascensores. Cuando doblaba la esquina redonda del corredor se acababa de poner el abrigo y el sombrero. Tocó el botón de llamada del ascensor y cuando llegó Colborn, se encerró en su interior y bajó hasta el piso noventa y cinco. Cambió el ascensor por uno público de servicio exprés que recogía en aquel momento a una riada de personal de las oficinas y que lo conduciría hasta el piso setenta y cinco. Se unió a la corriente de la gente y miró como siempre, distraído hacia el brillante conjunto de luces que adornaba el techo. Repentinamente se apagaron todas. Primero se produjo un denso silencio y después un parloteo nervioso de la gente, hasta que se encendieron las luces de urgencia de reserva. Alguien habló de un apagón producido seguramente por la rotura de fusibles. Colborn miró al exterior y no vio luces en la calle ni traza de los letreros luminosos. Su primer pensamiento, fue subir por la escalera, pensando en la energía de su equipo de transmisiones.

—No, esto es algo especial —se dijo a sí mismo—.Pero será mejor que llame y veré si funcionan los ascensores.

VI

Para ser una celda de una cárcel, la cámara era completamente cómoda y holgada. Las paredes estaban construidas de piedra lisa, como la mayor parte de las casas de Greenhaven, que María Ringstad había visitado en su corto período de turismo. Pensó que ello habría supuesto un enorme trabajo, para obtener semejantes grandes habitaciones en un edificio de piedra, especialmente teniendo en cuenta que los materiales habían sido trabajados más bien con medios primitivos.

En Greenhaven, parecía que todas se habían hecho por el camino más difícil. Ella había oído hablar de aquella dura faceta del carácter Greenie, antes de abandonar la espacionave que le condujo “hasta allí, y ahora deseó que lo que había oído fuese cierto y lo examinó cuidadosamente. Le resultaba difícil imaginarse cuánto tiempo transcurriría hasta que la espacionave estuviera de vuelta. Aquello era lo peor para ella, la sola idea de haber quedado abandonada.

Mientras tanto, volviéndose hacia la cesta dé- costura doméstica que le había sido asignada, no teniendo otra cosa en qué ocuparse, se sentó en el borde del austero banco de madera, que doblándose le servía de cama y de sofá. El guardián Greenie permanecía de pie en el umbral, mirándola como si esperase que el trabajo de costura que le había sido asignado, estuviera ya terminado.

—¿No puedes entenderlo, cariño? —dijo María suavemente—. Puedes tirar a la basura esa canasta de trapos que me habéis traído. No estoy dispuesta a destrozarme los dedos, con esas horribles agujas que usan la gente de tu pueblo.

El Greenie era un joven macizo y corto de talla,, uniformado en el ropaje parduzco que le recubría. Una camisa con un alto y tieso cuello almidonado como si fuera de cartón piedra, le levantaba la barbilla con un aire de gran dignidad. También parecía tener los ojos abiertos con exceso, pensó María,, a menos que aquello no formara parte de su sencilla expresión natural.

—¿No te dijo nadie que ese gorro que llevas se parece más bien a una escupidera? —preguntó María.

—Está prohibido hablar vanamente de cualquier corrección oficial —dijo el joven estiradamente.

—¡Corrección oficial! —repitió María como un eco—. Mira, cariño, no seas un chiquillo conmigo! Apuesto a que eres solamente un portero aquí. Si pensara que fueses realmente un oficial, que estuviese en condiciones de sacarme fuera de esta jaula, yo sería contigo mucho

más amistosa y simpática...

Y María le dirigió una sonrisa coquetona, que no le fue devuelta.

El Greenie apretó con la mano el quicio de la puerta de madera, hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Miraba como un hombre que descubre un gusano en la manzana que se está comiendo.

—Ahora, yo tengo aproximadamente treinta y cinco años. Pero sé que no parezco tan mal. Actualmente, junto a vuestras chicas Greenies, puedo aparecer muy guapa y atractiva ¿no lo piensas así? En un sentido soy más corta que tú; pero en otro, puedo quitarme las ropas y no parecer precisamente un caballo viejo...

—Usted... usted... no está... vestida como una mujer decente —farfulló el guardián.

Sentada en el borde del banco de madera, María cruzó sus rodillas y pensó en el choque que produciría en el hombre que la vigilaba. Se tiró hacia arriba de la falda bastante corta que llevaba y que había atraído tanto las miradas de tanta gente cuando deambulaba por las calles principales de First Haven. Ella estaba acostumbrada a encontrarse en medio de los hombres; pero aquella pobre criatura estaba fuera del alcance de su experiencia de seducción femenina.

María Ringstad se daba cuenta de sus defectos y de sus atractivos, al propio tiempo. Después de llevar un mes allí, sus cabellos se estaban volviendo más oscuros, perdiendo su bonito color castaño rojizo. Era ligeramente más rellena de lo que correspondía a su estatura de cinco pies y cuatro pulgadas; pero le proporcionaba sin embargo, un singular atractivo. Tenía una cara agraciada y sus ojos de color avellana resplandecían con diversos reflejos verdosos. Por otra parte, tenía una sonrisa deliciosa y había empleado mucho tiempo en lugares concurridos por hombres y visitados por muy pocas mujeres. Estaba acostumbrada a tener éxito con el sexo opuesto, aún en competencia con elementos del suyo propio. Con relación a las mujeres Greenies, con sus voluminosos vestidos parduscos y sus expresiones de perros de presa, desprovistas de todo maquillaje, podía considerarse una reina de belleza.

—Realmente —dijo María—, no creo que nadie piense de mí que soy ninguna criminal. Todo lo que hice fue tratar de comprar una fotografía en aquella pequeña tienda. Y entonces, los cielos se abatieron sobre mí.

—Los cielos no caen nunca sobre Greenhaven —repuso el guardián firmemente.

—Bien, de todos modos, ciertas personas echaron sobre mí los más odiosos cargos y aquí me encuentro. Pero ¡yo no hice nada malo!

—¡El intento es igual que el hecho en sí!

María sacudió la cabeza resignada y suspiró profundamente. Se puso en pie y se dirigió algunos pasos hacia el guardián.

—Debe usted quedarse en su sitio —ordenó el joven guardián, con un cierto sentimiento de pánico bajo su voz—. Yo no tengo que discutir sobre la justicia con usted. Usted ha cometido la falta y ha sido sentenciada por ello.

«Apostaría a que se desmaya si le echo los brazos al cuello», pensó María.

—Pero ¿cuál fue mi falta, cariño? —preguntó insinuante—. Vosotros habíais pensado que había escrito un mal artículo sobre Greenhaven para mi sindicato. Honradamente, ni siquiera he tenido tiempo de verlo en condiciones.

El joven se apartó del quicio de la puerta; pero parecía todavía preocupado.

—Greenhaven fue fundado por colonizadores que buscaron la libertad y desearon crear un refugio para ella, con el sudor de sus frentes —informó el joven a María Ringstad—. Las condiciones eran inhóspitas. Hubo epidemias que pusieron a prueba su fe y terribles bestias que probaron igualmente su coraje. Lo que se construyó aquí, lo fue por un gran esfuerzo común y no puede quedar al azar y al capricho de las actitudes pecadoras de los terrestres, procedentes de la vieja Tierra y usted quería saltarse a la torera el catálogo de precios.

—Pero es que no quisieron venderme el artículo a aquel precio, cuando se lo ofrecí…

—Entonces, es que no lo tenía. Usted intentó sobornarlos.

—Bien, fue sencillamente una oferta amistosa —dijo María, acortándose más la falda—. Aquello no era ningún delito.

—Por el contrario, eso aumentó el soborno, la inmoralidad y la subversión económica. Tales procedimientos en comprar y comerciar con las mercancías, tienen que ser estrictamente regulados para el bien de la comunidad. No podemos permitir que el caos se introduzca entre la paz que reina en Greenhaven.

—Tú sabes, cariño —remarcó María, estudiándolo por el rabillo del ojo—, que estás hablando como un libro. Como un libro viejo, de veras.

El guardián entornó los ojos y los volvió hacia el hall. Se relajó por primera vez, y se volvió hacia atrás para escuchar algo que venía por el corredor.

—Necesita usted tener más cuidado y dejar de decirme «cariño» —dijo en voz baja—. Estoy escuchando los pasos de mi superior.

María soltó una alegre carcajada que hizo al guardián apretar los dientes.

—Quizá esté celoso —sugirió—. O demasiado ocupado con sus obligaciones. ¿Qué tenéis que hacer, amiguitos, de cualquier modo, además de ir por todas partes sin quitar la vista encima de las celdas de los presos y oliéndolo todo?

—No hay sitio en Greenhaven para las manos ociosas —dijo el joven, mirando con desaprobación a la canasta de la costura sin tocar.

—¿Es que no hay por aquí ninguna diversión? ¿Qué ocurre cuando alguien trata de escaparse?

—Está prohibido escaparse —repuso el guardián, sobriamente.

Y tenía el aspecto del hombre que deseaba escapar inmediatamente, en aquel momento.

Unos broncos pasos se detuvieron en el corredor, a la puerta de la celda, como señal de la llegada del jefe de los guardianes. El recién llegado miró severamente al joven que se dio prisa en echarse a un lado para dejarle pasar.

—¿Ha permanecido usted en conversación con la prisionera?

El jefe de prisiones estaba igualmente vestido con ropajes parduscos y llevando igualmente un tieso cuello almidonado. Sus facciones arrugadas de hombre mayor, reflejaban el ascetismo. Por otra parte, María pensó sombríamente, que existía muy poco que elegir entre ambos. Parecía haber causado un efecto excitante sobre el guardián.

—Sólo en lo que concierne al deber, señor —respondió el joven.

El jefe rebuscó entre la canasta de la costura del interior de la celda. Frunció el ceño.

—Esto ha debido ser hecho hace ya mucho tiempo —dijo—. ¿Qué excusa puede usted aportar?

María se puso ambas manos en las caderas.

—¡Muchas! —declaró decididamente—. En primer lugar, usted no tiene ningún derecho a sujetar contra su voluntad a ningún terrestre, en un agujero como éste. En segundo término, esa ridícula sentencia de cinco años, será apelada y cancelada tan pronto como el cónsul terrestre tome parte en el asunto.

—Eso es bastante más dudoso —rebatió el oficial vigilante, favoreciendo a María con una difícil sonrisa que movió sus labios la octava parte de una pulgada—. Mientras tanto, disponemos de métodos adecuados para mantener a usted en la debida obediencia. ¿Le gustaría que convocara a algunas de las mujeres que hay aquí con usted?

—Preferiría que me explicase usted, qué hay de malo en que haya pretendido comprar una fotografía, en una pequeña tienda de la ciudad. Si no están para que las compren los turistas ¿por qué las tienen a la vista?

—Tales objetos sin sentido, están para el turismo y para otras personas que han de ser admitidas de tiempo en tiempo en Greenhaven. Pero eso no? excusa que se quieran violar nuestras leyes y se produzca la desagradable experiencia de provocar un soborno. La ciudad de First Haven, tiene que soportar los errores de los extranjeros; pero tenemos el deber de mantener nuestras leyes y no permitir que el orden y la paz sean subvertidos. Es necesario.

—¡Ah, al diablo! ¡Usted también habla como un libro viejo! —chilló María.

Los dos hombres la miraron fijamente, en silencio, con los ojos abiertos por el asombro, totalmente convencidos ante aquella abierta ostentación de locura manifiesta.

—La tarifa de precios es sagrada para usted —gritó María— ¿pero está bien poner estas porquerías a la venta para atrapar a los turistas, no es cierto? ¿Y eso no le parece inmoral? Los turistas no son buenos; pero su dinero, sí, ¿estamos en lo cierto?

Y María, enfurecida, se volvió al banco que le servía de cama y deliberadamente cruzó las piernas.

—No le necesitaremos por ahora— ordenó el mayor al joven—. ¡Ten cuidado de que no se extienda esa epidemia, repitiendo las palabras que pronuncia esta Jezabel!

El joven guardián salió corriendo precipitadamente. María descubrió al jefe de los guardianes con la mirada clavada en sus rodillas y desafiantemente, adelantó la cabeza hacia él.

—¿No ha visto nunca unas piernas de mujer? —gritó—. ¿O es que las chicas Greenies tienen las piernas torcidas? ¿Es quizá, por eso, que vuestras mujeres se visten con esos horribles sacos hasta los pies?

Y maliciosamente, se retorció la falda de forma que mostrara un poco de sus muslos impecables y bien torneados. El guardián empezó a volverse rojo.

Murmuró algo que parecía más bien una plegaria más que una maldición y volvió los ojos hacia otro lado.

—Espero de las autoridades que atiendan las inoportunidades de ese individuo depravado a quienes ustedes llaman el cónsul terrestre y dejen limpio el aire de Greenhaven, quitando de en medio tales... ¡Espero que la deporten!

—¡Oh, cariño! ¿Podría usted arreglarlo? —gritó María,

levantándose y avanzando hacia él.

María lo atenazó por los codos y el guardián hizo un esfuerzo para liberarse ambas manos, lo que ofreció a María la oportunidad de abrazarse a su cintura. Cuando el oficial de prisiones bajó las manos hasta aquel sitio, ella le echó ambos brazos al cuello.

—Yo conozco a alguien que pondrá las cosas en su punto —dijo María—. ¿Va usted a sacarme de aquí hasta que se decida en qué próxima espacionave puedo marcharme? ¿De acuerdo?

La expresión era de un sincero horror. Con un pesado esfuerzo, se deshizo del abrazo de María y la empujó haciéndola recular hasta caer sobre su camastro. El guardián, no seguro aparentemente, de lo que había hecho, se miró a las manos. Se volvió las palmas hacia arriba y su mirada se encontró con la de María.

—Con calma, cariño. Es usted un poco grandullón. No sabía que existían aquí leyes que permitieran empujar a una dama contra su voluntad, sin tener cuidado del sitio en que empuja.

—Qué los Fundadores me protejan de otra mujer —respiró el guardián pesadamente—. ¿Querrá usted escucharme de una vez, Jezabel? ¿O quiere permanecer ignorando las noticias que le traigo?

—¿Qué noticias?

—He sido instruido para informarla de que tiene usted un visitante oficial. ¿Desea usted verlo?

María se echó hacia atrás en el camastro y adoptó una postura digna. Y procedió a arreglarse las ropas en una compostura decente.

—Estaría muy honrada al recibir al visitante anunciado— dijo con la menor imitación del protocolo Greenie—. Agradezco y estimo profundamente su advertencia, ¡por fin!

El guardián se la quedó mirando fijamente de nuevo. No encontrando palabras apropiadas para responderle, se volvió y cerró la puerta con un fuerte portazo. Iba farfullando algo mientras se alejaba de la celda.

—¡Ya puedo considerarme libre! —gritó María, con alborozo.

Saltó en varias direcciones improvisando una loca danza y acabó por mirar contra la cerradura, pegando un oído para distinguir los ruidos exteriores. Se volvió de nuevo a su catre. Debajo del mismo, extrajo su saco de mano que había conseguido llevar consigo. Comenzó a deambular por la celda recogiendo todos los objetos personales que por ella tenía esparcidos y metiéndolos en saco. De pronto oyó el ruido de pasos que se aproximaban. En aquel momento intentaba alisarse los cabellos con un cepillo.

«¡Al diablo con el pelo! —se dijo a sí misma—. Me iré así mismo».

Echó igualmente el cepillo en el saco, se recogió el cabello de cualquier forma y se consideró dispuesta a marcharse.

Se abrió la puerta de la celda y el guardián dejó entrar a otro hombre en el interior. María sintió un repentino escalofrío.

El recién llegado era un Greenie.

María miró por encima de su hombro, esperando ver de algún modo al cónsul terrestre; pero sólo tenía frente a ella a los dos Greenies. El nuevo elemento era tan joven como el primer guardián que la había estado vigilando anteriormente. Por otra parte, la severidad de su expresión era como un desafío para el Greenie de mayor edad. El uniforme era aproximadamente el mismo.

—Mi nombre es John Willard —anunció a secas.

Se buscó en el interior de un bolsillo, para sacar un puñado de papeles. Al filo de uno de ellos, María pudo advertir lo que parecía ser un sello oficial. Willard extendió los documentos y se volvió hacia el anterior guardián.

—¿Identifica usted a la detenida ante Nos como María Ringstad, nativa de la Tierra?

—Sí, lo hago —repuso el guardián, firme come un poste.

—Entonces, tenga la bondad de firmar esta declaración al efecto.

Se produjo un silencio en la celda, mientras el guardián recogía el documento y lo apoyaba contra la pared para estampar su firma. María sentía aumentar su disgusto interior. Willard recogió la declaración firmada, se la guardó en el bolsillo y se encaró con ella.

-—María Ringstad —dijo—. Tengo que informarla de que su apelación, ha sido denegada. Me acompañará usted a la Granja Correctiva número 5, en la cual la entregaré a las autoridades, que supervisarán el cumplimiento de su sentencia.

María, dejó caer el saco.

—¡¡Qué!! ¡Está usted mintiendo! ¡Déjeme ver esos papeles falsos! Esto es una especie de...

Willard le cruzó el rostro con la mano izquierda, y María desfallecida cayó de nuevo sobre su camastro. Se incorporó a duras penas. Sin dar crédito a sus ojos, observó cómo Willard firmaba una orden, que entregó al guardián. Este último, la examinó con satisfacción, antes de guardársela a su vez.

Se volvieron ambos Greenies para mirarla y Willard anunció que se marchaba. Parecía que la mejor forma de anticipar un pensamiento era ponerla en práctica y antes de que María pudiera darse cuenta, cada uno de aquellos individuos la había tomado por un brazo y casi en volandas la sacaron a lo largo del corredor.

—¡Mi saco! —protestó 1a. chica.

—Yo lo llevo —repuso Willard.

—Dé la vuelta por la escalera —dijo el guardián.

—¡No quiero ir!

—Sí, que irá.

—Sí, que irá —repitió el guardián como en un eco..

Alcanzaron el tope de la escalera y allí el guardián aflojó la presión de la mano sobre el brazo de la terrestre. Willard la empujó hacia adelante y los dos hombres descendieron en un difícil equilibrio. Al llegar abajo, se detuvieron para que el guardián volviera de nuevo a sujetarla.

María, tuvo la oportunidad de dar un puntapié a Willard en la espinilla. Willard se puso blanco; pero se rehízo y se apresuró a empujarla nuevamente a través de una puerta barrada en un patio descubierto. Cruzaron el patio luchando contra ella, como una pantera salvaje y María iba expresando sus opiniones particulares, en un lenguaje, que los Greenies jamás habían oído antes. El vigilante habló a otro guardián, ordenándole que abriera la puerta principal. Willard la empujó con una rodilla. La maciza puerta giró sobre sus goznes, dejándoles en la calle.

—¡Maldito si yo iré a ninguna prisión en ninguna granja en el campo! —gritó María a su oído—. ¡Quiero ver al cónsul terrestre! ¡Esto es un ultraje!

Willard se quedó mirando a un Greenie que pasaba cerca y que parecía querer intervenir en la cuestión. Apretó la garra que llevaba en el brazo de María lo mejor que pudo para llevarla casi a rastras a veinte pies calle abajo, desde la puerta por la que habían salido. Allí la puso sobre el muro de granito.

—¡Si no deja de gritar y decir tonterías, tendré que amarrarla!

María contuvo el aliento y miró a Willard, lo que le resultaba fácil ya que tenía el rostro del individuo a pocas pulgadas del suyo. Pequeñas gota de sudor le perlaban la frente a Willard.

Parecía realmente asustado.

VII

Westervelt estaba todavía sentado con Joe Rosenkrantz en la sala de comunicaciones, cuando la llamada de Colborn vino a interrumpirle. Miró sobre el hombro de Joe, conforme el operador dirigía una mirada al visófono.

—¿Qué ocurre, Colborn? ¿Se quedó usted encerrado en el ascensor?

—Muy divertido, por cierto —repuso Colborn—.. Mira, Joe —dijo dirigiéndose a su compañero—. ¿Tienes corriente para las comunicaciones?

Westervelt se aproximó más, sorprendido. Rosenkrantz pareció no haberse dado cuenta.

—¿Corriente? ¿De qué estás hablando? Puedo alcanzar estaciones, que ni siquiera has imaginado. Pobre amigo, debes estar durmiendo, no sabes si te diriges a tu casa, o vienes al trabajo. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Te diré lo que pasa —dijo Colborn—. Es un fallo de la corriente. No hay luces en las calles. Si por poco me mato para llegar a una cabina y telefonearte.

Westervelt y Rosenkrantz se miraron el uno al otro.

—Vamos a pensar un poco, Charlie —dijo el operador—. Las luces parpadearon hace un minuto. Supongo si será nuestra propia corriente la que habrá fallado en todo el piso.

Vio a Colborn removerse en la cabina, para mirar a alguien que deseaba entrar también en la cabina para telefonear.

—Voy a comprobar los aparatos medidores de energía —dijo Rosenkrantz—. ¿Querrá usted vigilar el espacio por mí, Willie?

—¿Queeé? —repuso asombrado Westervelt—. ¡Charlie! ¿Qué puedo hacer yo con estos chismes que no entiendo, si llama alguien? —dijo a Colborn, después de haber salido Rosenkrantz.

—¡Oh, es fácil! ¿Ve usted esa luz roja en forma de estrella a la izquierda del tablero, bajo la pantalla?

—Sí, sí. Está apagada, Charlie.

—Bien, debe estarlo. Es un indicador automático de llamada, dispuesto para nuestro código especial. Si se enciende, entonces es que se produce una llamada y si ve usted la pantalla demasiado obscura o el altavoz demasiado bajo, fíjese usted entonces en una luz verde que hay del otro lado...

—Ya. Ya la veo.

—Pulse usted el botón que hay al lado y nuestro código le

explicará automáticamente el informe de la llamada de que se trate. Entonces, pulse también el otro botón situado más abajo, que sitúa al equipo en señal de repetición para vigilar. ¿Le parece difícil?

—De acuerdo. Puedo hacerlo. ¿Y después, qué?

—Entonces, llame usted a gritos a Joe, al tope de sus pulmones. Eso lo resolverá todo, Ahora es usted un operador del espacio lejano. Y no toque ninguno de esos botones, hasta que tenga usted la licencia debida.

—¡Pero, Charlie!

Se encontró salvado por el retomo de Rosenkrantz, a quien cedió encantado el espacio que estaba ocupando en su ausencia. Colborn estaba de nuevo mirando a otro nuevo individuo que luchaba desesperadamente por entrar en la cabina telefónica televisora.

—Tenías razón, Charlie —dijo Rosenkrantz—. Dependemos estrictamente de nuestra propia energía independiente. Todo el piso, por lo que he podido observar, aparece sin corriente. ¿Cómo está eso por ahí abajo?

—Es un revoltijo —repuso Colborn—. No podría creerse que existe tanta gente que trabaja dentro de este edificio.

—No, no —convino Rosenkrantz—. Quiero decir ¿cuál es la situación? Es nuestro edificio el que está sin corriente, o toda la ciudad, o ¿qué es lo que ocurre?

—No puede creerse lo que se dice —les dijo Colborn— Hay alguien que se ha dirigido a reclamar al servicio público de alumbrado, Parece que es una sección completa de la ciudad, casi cincuenta bloques de edificios completa, en la obscuridad .Están hablando de un sector sobrecargado.

—Puedo imaginarme lo que dirá la gente —repuso Rosenkrantz—. El problema de los pobres empleados del alumbrado encontrando la avería y arreglándola, supongo.

Colborn se puso a reír.

—¿Piensas que son sólo esta gente la que protesta? No hay ni una sola línea de metro suburbana en funcionamiento que se dirija hacia los aeropuertos de helitaxis. Todos los monocarriles de la superficie se han parado. Tendrías que ver cómo se empaqueta la gente en los helitaxis y a la policía que no permite que desciendan más helitaxis.

—Supondrán que la gente tiene que ser recogida de las terrazas de los edificios —dijo Rosenkrantz.

—Pero ahí no está la gente. La gente se encuentra aquí abajo conmigo, y la mitad tratan de meterse en las cabinas telefónicas para avisar a sus mujeres que a lo mejor no pueden regresar a casa. Bien,

habrá seguramente muchos de nosotros esta noche que no podremos regresar a casa, si los muchachos de la electricidad no encuentran pronto la avería y la arreglan.

Westervelt y Rosenkrantz se intercambiaron una mirada. El más joven se encogió de hombros, para él era igual, ya que tendría que quedarse hasta tarde de todos modos.

—Dile que vuelva a la oficina, Joe —sugirió Westervelt—. Tenemos comida en los frigoríficos para los huéspedes y habilitaremos una mesa donde podamos cenar todos.

Colborn le había escuchado y estaba sacudiendo la cabeza.

—Nada me gustaría mejor, Willie —repuso Col- boro— pero me gustaría más irme andando. Se está mejor en la calle que en las escaleras.

—¿Qué quieres decir con las escaleras?

—No sé nada de los demás edificios de estos alrededores; pero dicen lamentándose que no habrá ascensores que funcionen sobre el piso setenta y cinco en el nuestro. De hecho sólo funciona un servicio parcial hasta esa altura, con la utilización de los generadores de corriente de emergencia.

Rosenkrantz parecía disgustado y preocupado. Echó mano a su paquete de cigarrillos.

—¿Qué piensas hacer, Charlie? Quiero decir… con Lydman.

—Por eso he llamado —dijo Colborn—. Creo que es mejor que compruebes la escalera y se lo digas a Smith. Si se decide a .bajar los noventa y nueve pisos a pie, creo que tendrá en qué ocupar su mente.

La presión de que era objeto, acabó intimidándole y desapareció de la pantalla visora allá abajo en la cabina desde donde llamaba. Lo último que vieron era una masa de gente desesperada que quería irrumpir al mismo tiempo para utilizar el televisófono. Joe suspiró, mientras intentaba encender un cigarrillo por el lado contrario del encendedor.

—Voy a comprobar nuestro ascensor, Joe —dijo Westervelt.

Dejó la sala de comunicaciones y se dirigió a buen paso hacia el corredor y alrededor de la esquina redonda de la herradura. A través de las puertas principales, vio de soslayo a Paulina. Le asaltó un súbito pensamiento. Se dio prisa para llegar hasta ella y asomó la cabeza en su cabina de comunicaciones.

—¿Estabas todavía de servicio, Cutie? —le preguntó.

—Sí. ¿Qué ocurre ahora, Willie? ¿Es que habrá que bajar a pie veinticinco pisos de escaleras esta noche?

—Oye, pequeña. No dejes escapar una palabra de este asunto,

hasta que tengamos mejor información sobre el particular.

—¿Por qué no, Willie?

—¿Quieres poner sobre ascuas a todo el mundo? ¿Cómo podrán disponer de brillantes ideas para el trabajo que nos espera, mientras se preocupan de que nos envíen bocadillos de por ahí abajo? ¿Pro emergencia?

Con cierta repugnancia, Paulina dio su palabra de no decir nada sin consultar con él. Westervelt volvió hacia el hall, donde presionó el botón del ascensor.

Esperó tres veces el tiempo normal para la llegada del ascensor y volvió a insistir de nuevo, con el mismo fracaso. Mirando hacia arriba, se dio cuenta que incluso la luz roja que había sobre la entrada, estaba apagada. Aquello aparentemente, no tenía nada que ver con el piso noventa y nueve que contaba con su propia energía. Westervelt dio algunos pasos en dirección a la escalera. Allí se había instalado un aviso, dando cuenta de que aquella era una salida de urgencia y que la puerta se abriría automáticamente en caso de fuego o de otra cualquier emergencia. Daba además, otras instrucciones, respecto a la forma de salir, lo que en lenguaje simple podía traducirse por tomar las escaleras y bajar.

—La puerta está cerrada —murmuró Westervelt— lo que prueba que no existe ningún estado de emergencia.

Trató de abrirla con la mano. No se movió un milímetro, excepto el emitir un suave chirrido. Sintiéndose ligeramente molesto, miró de reojo el ruido suave producido en la puerta. Echó mano a la empuñadura del cierre, una pesada barra, que se movió a su esfuerzo. Pero había otra, no obstante, que se resistió, haciendo imposible mover la puerta de su posición.

—Sin duda se debe a que su acción se produce automáticamente —se dijo a sí mismo—. ¿Cómo funcionará. Será seguramente con electricidad. ¿Qué será lo que no tenemos a base de electricidad? Y estas malditas puertas cerradas... Alguien ha diseñado un precioso acertijo con esto...

Miró al corredor vacío, vacilando con indecisión manifiesta.

—Será mejor que llame, antes de decírselo a Smith —se recordé a sí mismo.

Volvió nuevamente a la sala de comunicaciones, para hacer uso del teléfono y haciendo un vago gesto a Joe, que le miro al entrar, se puso en contacto con Paulina.

—Ve si puedes conseguirme el administrador del edificio —le solicitó—. ¡No te sorprenda si tardas en la comunicación.

Transcurrió casi un cuarto de hora hasta conseguir la deseada comunicación. Durante aquel tiempo, comprobó que Rosenkrantz estaba tomando en serio aquel inconveniente surgido.

—Creo que deberías hablar con Lydman —le sugirió el operador—. Bien, a lo mejor son imaginaciones mías. Pero emplea demasiado tiempo en ese agujero del infierno donde habitualmente se encierra, con la mente puesta en las estrellas, y si puede haber algo que le empuje a encontrarse fuera de lugar, es la idea de no poder conseguirlo. Sería muy interesante que hablaras con él.

—Pero ¿y si no sabe nada de lo que ocurre? —preguntó Westervelt.

—¿Cuánto tiempo podrás guardártelo callado? Te apuesto a que el apagón puede verse desde cualquier ventana. Vigila el equipo, voy a echar un vistazo.

—¡Ah, espera un momento, Joe!

La consternación de Westervelt se vio interrumpida por la llamada que acababa de llegarle y por la pantalla visora pudo ver el rostro sudoroso con un áspero cabello gris, a quien Westervelt recordó vagamente haberlo visto en otra ocasión, en el enorme edificio.

—Si se encuentra por encima del piso setenta y cinco, baje hasta allí. Si está más abajo que esa planta, descienda a pie cuanto pueda. Y si puede quedarse donde está, será lo mejor que pueda hacer.

—¿Dígame, qué...?

—¡Estamos haciendo cuanto podemos y este teléfono está demasiado ocupado, joven! Tenga la bondad...

—¡Las escaleras están bloqueadas! —gritó Westervelt.

Por un momento dudó de que estuviera penetrado del pánico oficial. Y en seguida pudo darse cuenta del mal efecto producido en su interlocutor, en la mirada de sus ojos chispeantes.

—¿Qué es lo que dijo usted?

Westervelt le explicó brevemente lo sucedido con la puerta de acceso a la escalera de emergencia. Su interlocutor se palpó las mejillas con ambas manos. Daba la impresión de encontrarse entorpecido. Tras una larga pausa, prometió ocuparse personalmente del asunto con todo interés. Westervelt pudo oír cómo segundos antes de cortar la comunicación, oyó murmurar al administrador del edificio de que aquello era ya demasiado.

—¿Lo has oído, Joe?

—Sí, y no me ha gustado nada —replicó el operador—. ¿De qué forma vamos a salir de aquí? No hay ascensor, no hay escaleras... ¿qué tal sería el helicóptero de la terraza?

—Hay que darse un buen paseo escaleras arriba para dar con ellos —repuso Westervelt, pensando en el departamento donde tenían encerrados tres helicópteros en el ático de su torre privada—. Pero es la misma puerta. Y supongo que la puerta del ático está bloqueada igualmente.

—Bien, eso podría ser mucho peor —repuso Joe—. Eso hace que tengamos dos puertas que hacer saltar y apuesto a que tus muchachos tendrán por ahí cualquier dispositivo para poder hacerlo.

Westervelt se sintió mejor. Habría siempre una salida, se dijo a sí mismo. Pensó hablar con Smith y darle cuenta de la situación. Le dijo a Joe donde iba y se encaminó hacia el hall. Cuando llegaba a la altura de la curva del corredor en forma de herradura, volvió nuevamente a intentar abrir la puerta; pero con igual resultado negativo. Se imaginó si lo mejor sería ir al laboratorio y tratar de encontrar alguna herramienta apropiada, alguna clase de soplete; pero luego pensó que si se producía cualquier daño al edificio, no debería recaer sobre él la responsabilidad. Se volvió y entró en la oficina principal, haciendo un gesto significativo a Paulina.

Simonetta se hallaba muy ocupada con sus papeles pero Beryl dedicaba su tiempo en aquel momento a barnizarse las uñas de un color de oro iridiscente. Le miró con curiosidad viéndolo como se acercaba al oído de la morena.

—¿Están todavía hablando ahí dentro, Simonetta? —le preguntó.

—¿Por qué preguntas tan confidencialmente? —repuso la chica con una mueca burlona—. ¿Estás espiando a favor de los yolenitas?

Westervelt miró sobre la cabeza de Sí hacia la calle, por la ventana. Todavía se apreciaba el resplandor del crepúsculo y se dio cuenta de que apenas existían algunas luces tenues en los grandes edificios de las cercanías.

—Solamente quería ver al señor Smith —se tuvo que ver forzado a decir.

—No me digas que quieres irte a casa, ahora que has conseguido que todo el personal se quede… —Pero suavizó su irónico comentario, al darse cuenta de la seriedad de la expresión de Westervelt—. Bueno, ya sabes que no quería decir eso. ¿Es que ocurre algo?

De toda la gente del Departamento, Simonetta era la persona a quien con más gusto podía confiarse. Tuvo que luchar consigo mismo, especialmente desde que no veía razón alguna para que ella no lo supiera.

—Yo… bueno… deseaba verle un minuto —dijo vacilantemente—. Volveré más tarde.

Salió de la oficina principal, sintiendo que el cuello le enrojecía bajo la mirada combinada de las dos chicas. En el corredor, se detuvo para inspeccionar los accesos al exterior, que permanecían bloqueados para el Departamento 99. Tanto el ascensor como la puerta de salida a la escalera de emergencia, parecían bastante normales, excepto que la luz roja que estaba corrientemente encendida en la parte superior, estaba apagada. Se le ocurrió que quizá sería lo mejor darse una vuelta y ajustar los filtros de las ventanas para que la gente no se diera cuenta de lo que ocurría en el exterior. Volvió sobre la puerta para un último examen, deseando que hubiera sido del tipo giratorio, mejor que deslizante. Cuando se inclinó sobre el cerrojo, oyó un ruido tras él y se sintió confuso.

Smith permanecía en pie a seis pies de distancia, fuera de la puerta del hall de su propia oficina. Se había puesto una mano en la cintura y con la otra trataba como siempre, de peinarse inútilmente su revuelta cabellera.

—No existe ahí ninguna cerradura, Willie —dijo al fin.

Westervelt sintió la necesidad de dar una simple explicación de lo que estaba ocurriendo; pero las palabras no le salían del cuerpo.

—¿Tiene eso algo que ver con el recado que Simonetta acaba de darme?

—¿Qué recado? —dijo Westervelt, aclarándose la garganta.

—La policía ha llamado diciendo que alguien ha visto desde el aire, que estaban robándonos los tres helicópteros del tejado.

—¿Ha dicho ella eso?

—Si, tuvo la idea de mostrármelo en una nota, mientras ellos continúan hablando de submarinos. Y entonces les he dicho que saldría un momento al hall.

Westervelt dejó escapar un suspiro. No tendría que ir en busca de Lydman.

—Entonces, señor Smith, marchémonos de aquí, para el caso de que alguien nos vea y le contaré lo ocurrido.

—Pero es que ellos no saldrán durante un gran rato todavía —comentó Smith, examinando recelosamente al joven—. Ya les he contado una pequeña historia al salir por breves instantes.

Sin embargo, siguió a Westervelt, hasta dar la vuelta a la esquina del corredor por el ala del laboratorio. Habrían andado una docena de pasos a la vuelta de la esquina, cuando Westervelt ya había informado al jefe de todo lo ocurrido con los ascensores y la puerta bloqueada. Smith se detuvo pensativamente, y pareció tener la intención de ir personalmente a comprobarlo; pero se contuvo.

—¿Está usted absolutamente seguro, Willie? —le preguntó.

—Puede usted comprobarlo con Joe Rosenkrantz, señor Smith. O también puede hacerlo, llamando al administrador del edificio, si lo prefiere.

Smith se frotó la mejilla pensativamente y segundos después, vio moverse los labios de Smith entre los cuales pudo leer el nombre de «Lydman». Después salió de su momentánea abstracción, murmurando los nombres de los ascensores, las escaleras y los helicópteros.

—No me extraña que los hayan robado —dijo—. Alguien ha visto la oportunidad de ganar dinero fácilmente con ellos, ahora que todos los helitaxis están sobrecargados de servicio. Pero la policía los encontrará mañana.

—Y mientras tanto, supongo que tendremos un gran problema —sugirió Westervelt.

—Sí, puede que haya alguna pequeña molestia —admitió Smith y añadió seguidamente en voz alta—: ¡Lydman! No mencionaremos nada de todo esto a Lydman ¿de acuerdo, Willie?

VIII

La habitación podía muy bien compararse con un cubo geométrico, excepto por el hecho de que apenas si aparecían líneas paralelas en su diseño. Los rincones estaban redondeados y el techo ligeramente arqueado. El piso, aunque en su mayor parte estaba obscurecido por una buena provisión de cojines, estaba varias pulgadas más elevado en el centro, que en donde se curvaba para unirse a las paredes. Toda la superficie interior era de un color de marfil viejo; pero parecía estar recubierta de un material poroso. Los cojines parecían haber sido cortados de láminas de algún material de goma espumosa y substancia elástica, pintado de vivos colores.

Sobre dos de los grandes cojines que iban de un extremo a otro, yacía un hombre rubio, de alta estatura y delgado. Vestía un sobretodo gris obscuro que le venía grande, como si hubiera perdido bastante peso. Sus facciones tenían un color pálido, como el de una piel bronceada por el sol que pierde su tinte sano y se desluce por algo enfermizo existente bajo la piel. Se hallaba sin embargo limpio y afeitado recientemente y con el cabello cortado casi a rape.

Se agitó y después miró parpadeando hacia la luz suave que con un dispositivo elíptico estaba fijado en el techo. Con un ligero murmullo, se encontró completamente despierto. Muy cuidadosamente, como si tuviera el hábito adquirido de evitar cualquier movimiento doloroso, se volvió del lado izquierdo y apoyó una mano en el suelo. El esfuerzo que hizo para sentarse, le hizo apretar los dientes

Continuó con un visible esfuerzo hasta colocarse de rodillas y así trabajosamente, primero con un pie, después con la mano, tardando una eternidad en cada movimiento, consiguió ponerse en pie. El techo le pareció repentinamente demasiado bajo. Era un individuo alto, seguramente de seis pies y dos pulgadas. Sus facciones eran muy regulares, sin ser especialmente hermosas. Un hombre de tal estatura pesaría al menos ciento noventa libras; pero unos visibles huecos en las mejillas sugerían que aquel peso tenía que haber disminuido mucho en aquel momento. Tenía los ojos azules; pero las pestañas caídas apenas le daban un vago aspecto de lo que le rodeaba.

El hombre se volvió y anduvo a lo largo de aquella habitación, deliberadamente hacia el sitio en donde una abertura sin puerta le ofrecía la salida a lo que parecía un corredor. La abertura estaba hecha en forma de elipse de unos cinco pies de alta por tres de anchura, y comenzaba a algunas pulgadas del suelo. Se encorvó para

sacar la cabeza fuera, mirando en ambas direcciones, tratando de oír los ruidos que pudiera haber en el exterior. Satisfecho de su inspección, se volvió hacia la cama, volvió con el pie uno de aquellos cojines y sacó a patadas un pequeño saco de plástico gris fuera de la abertura,

El hombre se quedó mirando fijamente al saco de plástico, antes de tomar una decisión. Laboriosamente, entonces, se arrodilló hasta que pudo deslizar un extremo bajo la rodilla y descorrer la cremallera con la mano izquierda. Sacó del interior algunos utensilios personales, como la máquina de afeitar con pila, la toalla, una baraja y el cepillo de los dientes, que fue dejando sembrados por el suelo, hasta que localizó el objeto que deseaba encontrar. Era un mecanismo de múltiples empalmes de metal, parecido a un ciempiés con armadura metálica. Era del tamaño de su mano y casi tan ancho. Lo sostuvo en la palma de la mano, como si reflexionara lo que tenía que hacer con él.

Un lento proceso de razonamiento se desenvolvía en el interior de su mente, y presionó un botón del mecanismo. Las pequeñas planchas del «vientre» de aquel mecanismo se abrieron en dos. Del interior, surgió un accesorio en miniatura que sostuvo en la palma de la mano. Era redondo, y de una pulgada de espesor y parecía construido en un plástico negro. Los labios del hombre, se retorcieron en una sonrisa fatigada, mientras lo sopesaba melancólicamente.

Sin moverse de la posición de rodillas que tenía, presionó un dispositivo cerrado existente en el borde del disco. A los dos segundos, aquello comenzó a emitir una música, que era la diminuta reproducción del sonido de una orquesta completa. El hombre fue levantando gradualmente la mano, hasta que sostuvo el aparato junto al oído. Su expresión permaneció como la de la persona que no comprende nada. Después bajó la mano y cortó la música.

Una vez más, con enorme trabajo y laboriosidad, consiguió ponerse en pie. Dejando las demás cosas por el suelo, sin una mirada para ellas, que denotase el menor interés, se dirigió hacia la puerta con el paso de un hombre cansado que hubiese recorrido a todo correr diez millas. Sus largas piernas se arrastraban con pesadez y lentitud, revelando una extremada fatiga. Levantó un pie al nivel suficiente para salir al corredor exterior.

Una vez fuera, torció hacia la izquierda y anduvo a lo largo al mismo paso, pasando otras puertas, a intervalos irregulares. Aquellas puertas debían dar a otros tantos departamentos, con otros ocupantes que no debían importarle lo más mínimo. Ni miró al lado, ni se detuvo

hasta que se dio cara a cara con una barrera, una pared que le cerraba el paso.

Era la primera salida que ostentaba una puerta y ésta se hallaba cerrada. Parecía estar hecha de una substancia plástica más obscura que la de las paredes de color marfil, entre las cuales se había deslizado andando tan despacio.

En ella aparecía una abertura enrejada más o menos centrada, pero sin otras marcas exteriores. No obstante, el hombre parecía conocer dónde podía ser forzado el paso en aquella puerta. Corrió las yemas de los dedos a lo largo del lado curvado, juzgando la distancia. Agarró entonces el disco con la mano hasta que pudo sostenerlo firmemente con los dedos y presionó un segundo dispositivo, que se hallaba situado en el centro del objeto. Un chorro delgado de llama blanca, tan blanca que alumbro todo el corredor, se estrelló contra el borde de la puerta. El hombre fue moviendo la llama, como una lanceta, a lo largo de dos pies de distancia arriba y abajo. Después, la apagó y esperó un momento parpadeando los ojos dolorosamente. El corredor alumbrado se había mostrado de un color amarillo opaco. Habiendo descansado unos momentos, el hombre empujó tomando fuerzas, con el hombro izquierdo contra la puerta elíptica. Se desprendió de donde había estado engoznada y cayó hacia adelante, dejando el paso libre. Sin mirar atrás, continuó caminando hacia adelante, pasando sobre la puerta. Eventualmente, volvió a encontrarse con otra puerta parecida, volviendo a repetir la misma operación. La tercera vez se detuvo, encontrándose con una columna vertical que atravesaba el piso por una abertura oval en el techo y desaparecía hacia abajo por otra igual. El hombre vaciló. Una vaga tristeza se reflejaba en sus facciones. Entonces, como empujado por un profundo propósito se aproximó a la columna.

Tenía casi seis pulgadas de diámetro y su conformación era de lo más extraordinario que había encontrado en ninguna parte. La superficie estaba contorneada de pulgada en pulgada, por estrías paralelas de una pulgada de profundidad y parecía como si fuese un instrumento fácil para deslizarse o subir por ella. Del agujero que se extendía debajo, subía un aire recalentado, con una mezcla de olores rancios y punzantes. El hombre hizo un gesto desagradable con la nariz. Se detuvo al borde de la abertura y palpó con las manos las estrías de la columna. Vaciló nuevamente hasta que se abrazó a ella, calculando que podría deslizarse hacia abajo. Se dejó caer lentamente, abrazado de brazos y piernas observando que entre su cuerpo y el piso todavía quedaba un estrecho espacio de holgura. Fue deslizándose

gradualmente hasta llegar a un nivel inferior. Aquel piso se hallaba en la obscuridad, Continuó deslizándose poco a poco hacia niveles más bajos todavía.

En el segundo nivel más bajo del punto de partida, había luz. El corredor se parecía a aquel en que había comenzado su partida. Puso un pie en el borde para apoyarse, mientras descansaba. El corredor se curvaba en una sola dirección y en la otra, discurría recto hasta encontrar una puerta como las que había hecho saltar con el minúsculo soplete. Alrededor del recodo del corredor, se oían ruidos de una animada conversación, aunque estaba bastante lejos para revelar la naturaleza de la misma. El hombre, dirigió un vistazo de precaución en aquel sentido.

Tras unos minutos de descanso, ciertos sonidos parecían aproximarse a donde se encontraba. El rápido parloteo se desvaneció; pero creyó oír más cercano el ruido claro de unos pasos rápidos. Entonces, soltó el pie que tenía apoyado en el borde de la abertura al nivel del piso y se abrazó nuevamente a la columna, deslizándose nuevamente hacia abajo, en busca de niveles más bajos, justo en el momento en que unas sombras aparecían por el recodo del corredor. Así continuó hasta encontrarse inmerso en una atmósfera impregnada de olores de aceites de máquinas, mezclados con otros diversos. La luz se filtraba hacia arriba con las corrientes de aire. En cualquier lugar, allá abajo, debía existir un nivel lleno de luz de donde partía el rítmico golpear de una maquinaria pesada. No se parecía al sonido de una espacionave, ni a una fábrica o factoría terrestre; pero sin duda algún trabajo importante se llevaba a cabo. Tanteó hasta encontrar apoyo para un pie, después para el otro y se despegó de la columna.

Se hallaba en un nivel tan obscuro y lóbrego, que tocó el filo del piso abierto con el pie, para estar seguro del lugar que ocupaba, antes de echar a andar a lo largo del corredor. En la obscuridad, tuvo que ir mucho más despacio que antes. En tales circunstancias se iba apoyando con la mano izquierda en la pared del corredor, tanteando con sumo cuidado el desconocido terreno que tenía por delante. Anduvo normalmente, aunque sin ruido y su sentido experimentado de la orientación volvió a mostrarse extraordinariamente bueno.

Un centenar de yardas a lo largo de aquel corredor, que no parecía tener ningún recodo, acortó el paso con incertidumbre. Unos cuantos pasos más adelante le llevaron junto a otra puerta cerrada. Esta, sin embargo, cedió ante su empuje para mostrarle una especie de túnel iluminado débilmente por dispositivos alojados en el techo. Anduvo así otro centenar de yardas y finalmente pasó dos corredores que se

entrecruzaban, antes de verse obligado a detenerse y descansar. Se dejó caer contra la pared, mientras escrutaba la sombría perspectiva que se extendía ante sus ojos.

Unos cuantos pasos más adelante, se encontraba otra de las típicas puertas elípticas. A través de ésta, se reflejaba alguna luz contra la pared del corredor El hombre se quedó mirando fijamente, hasta estar seguro de que nadie se encontraba en las inmediaciones. Después de algunos minutos, se dirigió hacia el foco original de la iluminación, impelido por una enorme curiosidad. Buscó la entrada y vaciló. Una extraña expresión se dibujó en sus facciones.

La decisión de mirar, o no, le estaba causando un gran desasosiego. Finalmente, se decidió y entró en una pequeña cámara.

Aquella cámara estaba provista de otra larga columna que subía y bajaba en la forma en que ya había comprobado antes, atravesando diversos niveles a través de un espacio suficiente para que cualquiera pudiera deslizarse o subir por ella, desde un piso al otro. En ella existían diversas pequeñas ventanas ovales bajo el techo a gran altura; pero que no presentaban dificultad alguna para un hombre de su talla, quien podía asomarse y ver lo que sucedía en el exterior.

En el exterior se extendía un amplio corredor, tan vasto como para encerrar a una gran multitud de personas o servir de plaza pública. Pudo observar muchos individuos en aquella vasta extensión; pero de una apariencia muy lejos de ser humana.

Dos de ellos pasaron bajo la ventana por la que estaba observando, claramente iluminada por luces que procedían de un lugar lejano en el techo abovedado. Estaban cubiertos de piel muy velluda y tendrían unos cinco pies de altura, flexibles y de movimientos felinos. Comparados con seres humanos, eran más esbeltos y de cuerpo más corto. Tenían tres brazos y tres piernas, a igual distancia un miembro de otro alrededor del cuerpo. Aquí y allá, conforme andaban con cortos y rápidos pasos, aparecían frecuentes articulaciones en todos sus miembros, mostrando claramente que no disponían de tentáculos musculares. Desde las aberturas en lo alto de sus cabezas, que deberían ser las bocas, sin duda, aparecían rayados en la forma más parecida a un pulpo terrestre. Los tres ojos que tenían en la cabeza, eran lo suficiente bajos, como para permitir disponer de potentes mandíbulas.

Nuestro hombre observó a los dos individuos, deslizarse con enorme facilidad hacia abajo, ayudándose de la columna situada tras el muro que le ocultaba. Casi sin excepción, todos ellos iban desprovistos de ropas, excepto un cinturón del que pendía una bolsa

pequeña, cinturón sujeto en el lugar que habría correspondido a las caderas de un hombre terrestre. A veces con motivo de algún movimiento rápido o al retorcerse, mostraban una piel púrpura bajo la capa velluda que les recubría.

A lo ancho de aquel inmenso espacio abovedado, nuestro hombre podía observar oquedades abiertas en las paredes, que sugerían la existencia de establecimientos diversos o tiendas. La mayor parte de ellos, estaban obscuros en su interior, con redes extendidas a través de la entrada. El ambiente general, no era muy diferente de una pequeña sección de negocios en la Tierra o el de un aeropuerto terminal, ya tarde en la noche, cuando los negocios y el tráfico han cesado y sólo trabajan los operarios nocturnos.

Repentinamente, un inmenso gentío surgió de las paredes. Una razón clara para aquella aparición masiva, surgió un momento más tarde, cuando una columna de vehículos surgió al exterior procedente de un túnel arqueado y se dirigió al espacio abierto. Cada vehículo tenía tres ruedas y llevaba media docena de individuos vistiendo lo que parecía una armadura de plástico. Unas jaulas de metal les protegía la cabeza y aparecían armados con lo que parecían cohetes terrestres. El convoy pasó y desapareció de la vista de nuestro hombre y no volvió a aparecer ninguno más. Se retiró cuidadosamente de la ventana. En la abertura hacia el corredor, se detuvo indeciso. Sacudió la cabeza, como para poner sus pensamientos en orden, con relación a lo que había presenciado.

Debería haber tenido más cuidado, para cualquiera que en su posición se hallase con relación a quien pudiera venir por el corredor; pero nuestro hombre actuó como si no se le hubiera ocurrido. En seguida, se hallaba de vuelta en la antigua dirección que había traído. Mientras caminaba, el rumor de los ruidos que había presenciado, se desvaneció con la distancia. Una vez más, se encontró completamente solo con sus discretas pisadas. En diversas ocasiones, pasó corredores cruzados, unos con otros, y en una de ellas tuvo que volver a saltar otra puerta con el soplete minúsculo que llevaba en el disco; pero no se encontró a ningún habitante de aquella ciudad-colmena. Bien que el camino que seguía hubiera sido inteligentemente escogido o bien fuese, que raramente fuese usado en aquel momento del día, lo cierto es, que aun teniendo en cuenta ambas circunstancias, su suerte fue realmente fantástica.

El corredor ya había empezado a revelarse como una especie de hipnótica monotonía, cuando llegó al final y se encontró con otra columna, que solamente conducía hacia arriba. Nuestro hombre se

halló, pues, con el desafío de saltar por ella, una perspectiva que le resultaba imposible de escoger, dado su estado de extremada fatiga.

Pero no le quedó otro remedio que hacer un sobrehumano esfuerzo y comenzar a subir, ayudándose sólo de un brazo que tenía en buenas condiciones, lentamente, apoyándose en las estrías de la columna, a niveles superiores, cada uno de los cuales, tenía poco más de cinco pies de altura. El sudor le corría a torrentes por la cabeza y la frente, empapándole todo el cuerpo en un estado de consunción, extremada. Finalmente emergió a uno de los niveles donde tuvo que quedarse a descansar casi media hora, para recobrarse, antes de continuar su desesperada escapatoria de aquel maldito laberinto. El corredor que eligió discurría en forma de ángulos rectos, hacia una pendiente que terminaba en una gran puerta, mucho más grande que cuantas se había encontrado hasta entonces.

Cuando una tentativa de empujar con todas sus fuerzas no dio el menor resultado, se sacó del bolsillo el disco negro con la mano izquierda. Procuró localizar cuidadosamente los goznes de aquella enorme puerta, para estar seguro. Después de. haber quemado la chapa de acero en un gran trozo que comprendía las articulaciones del cierre, se encontró que aquella puerta tenía el doble de grosor que las demás que había atacado. Los goznes eran asimismo dobles, lo que hacía suponer que daba al exterior y que allí también tenía una articulación parecida a la interior, Después de volver a atacarla con el minúsculo soplete, pudo vencer al fin el obstáculo, encontrándose a los pocos pasos con otra nueva cerradura, cerrada igualmente que la antecámara anterior Metódicamente, procedió a quemarla con el soplete, con los ojos doloridos de la terrible blancura de la llama; pero sin que traicionara su estado ninguna otra emoción. La última puerta, cedió al fin. Un aire fresco le acarició el rostro y pudo ver las brillantes estrellas en el cielo nocturno que le envolvía, ya en el exterior.

El enorme muro quedaba a su espalda, hasta una altura de diez pisos. Algo más lejos, hacia su izquierda, las sombras del terreno le mostraron una forma dentada, lo cual parecía sugerir probablemente que otra parte del enorme edificio se elevaba, desde otro nivel superior. El terreno existente alrededor de la salida, era perfectamente plano y desprovisto de toda vegetación. La presencia de vida más próxima, la constituía un macizo de arbustos situado a unas cien yardas de distancia y hacia aquel boscaje, se dirigió nuestro hombre, con un paso fatigado.

Encontró, como por instinto un amplio y escondido sendero a

través de los árboles. Un viento suave hacía rumorear las hojas de aquellos árboles. Sin mirar atrás continuó andando por aquel sendero que discurría en dirección hacia un talud suave y finalmente terminaba en una pequeña colina. Al fondo de un macizo de arboleda, surgieron repentinamente las figuras de dos hombres. El hombre continuó andando.

—¿Es usted, Gerson? —preguntó una voz silenciosa, mientras los dos terrestres se aproximaban calladamente—. ¡Vamos tenemos dispuesto un coche aéreo auxiliar cerca de aquí! ¿Le siguió alguien?

El hombre se volvió siguiendo a sus dos acompañantes a través de una línea de árboles. Le parecía una ocasión inadecuada para hablar una palabra, con la posibilidad de que alguien viniera persiguiéndole. Los dos terrestres le ayudaron a colocarle en el coche aéreo, que arrancaron silenciosamente fuera del macizo de árboles hasta encontrarse en espacio abierto. Entonces el coche aéreo despegó verticalmente en la noche despejada, dejando debajo la alta y enorme ciudad-colmena.

IX

En la biblioteca, entre la oficina que ocupaba un rincón, de Smith, y la sala de conferencias que estaba junto al centro de comunicaciones, Westervelt se sentó y observaba a Lydman escudriñar sobre un informe técnico contenido en un legajo azul del Departamento de Relaciones Interestelares. Media docena de volúmenes, nuevos y antiguos, redactados en términos técnicos y diplomáticos se hallaban también esparcidos sobre la mesa, entre ambos hombres.

El joven se sorprendió a sí mismo pasándose una mano por la cabellera al estilo de Smith y se detuvo sorprendido. Juzgó, después de cierta reflexión que podía ser peor y haber captado alguna de las peculiaridades de Lydman en su lugar. Creyó que sería mejor haber aprendido alguna de las suaves formas de Parrish, en el caso de tener que imitar las formas de cualquier miembro del Departamento. Desgraciadamente, no le tenía mucha simpatía a Parrish, aunque ciertamente no sentía envidia alguna por él. Mirando a Lydman, le pareció que tenía ante sí una masa de carne de buey. Pero se avergonzó casi en el acto, de semejante pensamiento. Lydman había sido siempre con él, el más agradable de todos los miembros del Departamento 99. Por otra parte, a pesar de sus extravagancias y su extraño mirar, era un tipo bien parecido y se encontraba en la mejor juventud, debería tener poco más de treinta años.

En teoría, se suponía que estaba ayudando a Lydman a investigar ciertos problemas del Departamento, Smith así lo había supuesto al disponerlo. Pero de hecho, sólo se había limitado a leer un artículo escrito por el veterano del espacio, y había ido un par de veces a los archivos en busca de expedientes y legajos. Pero la idea real de acompañarle, era sencillamente que alguien estuviera en compañía de Lydman y que asumiera la cortesía de evitar llamadas telefónicas, ni interrupciones de ninguna clase. Se determinó, pues, a evitar cualquier interrupción aunque proviniera de la misma D. R. T.

Lydman interrumpió su lectura.

—Creo que estoy hambriento ¿y usted, no lo está, Willie?

—Creo que sí. No me había dado cuenta —repuso Westervelt.

—¿Qué le parece llamar y que nos traigan algo? Consiga cualquier cosa que le guste.

Aquello era típico en Lydman. Aquel hombre no ponía el menor cuidado en lo que comía. Smith era más específico, aunque falto de imaginación para comer. Parrish habría pasado instrucciones

concretas. Las chicas habrían igualmente solicitado algo parecido a los gustos corrientes de Westervelt. Echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Mejor será que eche un vistazo por ahí dentro —dijo—. Creo que el señor Smith estaba hablando de hacer una rápida incursión en nuestros suministros. Volveré en seguida.

Lydman levantó sus hermosos y penetrantes ojos azules y le miró un momento.

—No se dé prisa.

Cuando llegó a la oficina principal, se encontró a las dos chicas, atareadas poniendo en su sitio numerosos legajos e informes en el archivo situado frente a la mesa de Simonetta.

—¿Qué os parece que me dejéis entrar en el tesoro escondido? —preguntó—. La idea de comer se me ha infiltrado en la cabeza insidiosamente.

—Willie —dijo Simonetta,— llegarás muy lejos Ninguno de esos grandes cerebros, ha tenido tan luminosa idea. Telefonearé pidiendo que nos traigan comida si quieres preocuparte de lo que quiere comer cada uno.

Creo que el señor Smith desea utilizar el frigorífico de la oficina —repuso Westervelt—. Espera un momento, mientras voy a comprobarlo.

Tocó en la puerta de Smith, mientras la abría Píe encontró al jefe enterrado literalmente en papeles y proyectos de todo género.

—La gente tiene hambre, señor Smith —murmuró Westervelt—. ¿Le parece bien que echemos mano a la alacena, preparada para los huéspedes?

Smith hizo un alto en el trabajo y se pasó una mano por el rostro.

—Oh, de acuerdo, Willie —convino—. Cuanto más pronto, mejor. Saque de allí lo que encuentre mejor y repártalo. Mientras tanto podría ocuparse de lo que ocurre por ahí abajo y venga a decirlo después. ¿Podría conseguir una línea y preguntar usted mismo?

—No, lo hará Paulina a quien ya he hablado sobre el particular.

—¡Buen chico! —aprobó Smith—. Así ella sabrá a quien tengo que hablar y a quien ella no deberá oír...

Westervelt comprendió la infelicidad de su intervención en aquella ocasión y sin otro comentario, salió de la oficina de Smith, para no proporcionar a su jefe más disgustos.

«Bien, así son las cosas —reflexionó para sí Westervelt—. En un momento soy un hombre de proyectos y al minuto siguiente me encuentro convertido en un botones de la oficina. Si le caigo a todo el

mundo en gracia, volveré de nuevo a ser un hombre de ideas propias. Y si les gusta demasiado, quizá me conviertan en el oficial jefe del Departamento...»

La idea de verse sentado, tomando parte en una charla con algún destacado miembro de la D, R. T., dando una brillante solución a un problema, sólo para ser requerido en seguida para traer comida para los demás, le hizo fruncir el ceño al salir a la oficina principal.

—¿Y ahora, qué ocurre, Willie? —le preguntó Simonetta.

—Nada especial, me ocuparé del asunto —repuso—. Tengo todas las cosas bajo control.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —intervino Beryl—. Yo, desde luego no me quedaré para comerme un plato de patatas cocidas o algo que me engorde,

—Escogerás por ti misma —prometió Westervelt—. No quisiera por nada del mundo, que se eche a perder tan deliciosa figura. Y ahora, llevadme a la despensa.

Westervelt, deslizó un brazo alrededor de la cintura de Beryl, para caminar junto a ella, notando que aquel cuerpo firme y bien modelado, le producía un escalofrío de excitación. La chica se apartó a un lado, no demasiado rápidamente en forma esquiva; pero tampoco dejando a entender que estaba dispuesta a permitirlo. Westervelt se encogió de hombros resignado. Caminó hacia la parte de muro en blanco existente al final de los archivos y corrió una puerta que mostró al descubierto una despensa perfectamente disimulada en aquel lugar.

Estaba dividida en una sección superior y otra inferior, con puertas transparentes. El espacio inferior estaba refrigerado. Westervelt exploró la parte superior a su gusto. La mayor parte de los paquetes empapelados eran bocadillos la mayor parte de ellos, de los que se calentaban automáticamente al destaparlos. En varios recipientes más voluminosos había toda clase de exquisiteces al paladar: tostadas con queso hervido desleídas en cerveza, croquetas de serpiente de cascabel, filetes miñón y salmón salado. Había también tazas de café, té y sopas diversas que se calentaban por sí mismas al destaparse, además de toda clase de frutas y helados en la sección refrigerada.

—Simonetta, tráeme un par de bandejas de las que usáis para la correspondencia de entrada y salida.

—¿Vacías?

—Claro está. ¿No esperarás que lleve la sopa y todo esto para la gente, metido en los bolsillos?

—Pues francamente, sí —dijo Beryl—. No te daré las mías. Veamos

qué es lo que hay por ahí dentro.

Beryl examinó las provisiones mientras Westervelt trataba de llenar dos bandejas y hacer equilibrios con ellas, puestas en el antebrazo. Las chicas habían elegido para ellas alguna comida a su gusto eligiendo también algo para llevarle a Paulina.

Finalmente Westervelt agregó a lo que llevaba un par de martinis para el jefe creyendo que Smith tendría que necesitarlos, seguramente. Se dedicó a repartir la comida, llevando a cada uno lo que creyó más apropiado de acuerdo con las sugerencias que al efecto había recibido. Junto a Lydman comió en silencio, mientras el veterano del espacio examinaba cuidadosamente el Atlas Galáctico.

—¿Quiere que le traiga más café? —preguntó a Lydman.

—No para mí —repuso el otro—. Si se marcha, llévese esa bandeja.

Westervelt consideró la ocasión como excusa para salir durante unos minutos. Se detuvo para ver a Joe y si éste quería algo y después volvió a la oficina principal. Halló a Simonetta bebiendo a sorbos una solitaria taza de café.

—¿Le dejaron sola? —le preguntó.

—Oh, no —repuso la chica—. El jefe salió fuera y tomó un café con Paulina y conmigo; pero entonces llegó una llamada para el señor Smith y pensó que sería mejor celebrar la conversación en su oficina.

Westervelt se detuvo en la puerta de la oficina de Smith y escuchó. En teoría la puerta debía ser hecha a prueba de sonidos. La abrió y aventuró la cabeza en el interior. El jefe estaba ocupado ante la pantalla del televisófono y no se había dado cuenta de su intrusión.

—Sí, me doy cuenta de su dificultad —decía Smith, habiendo dicho sin duda iguales palabras varias veces antes—. Sin embargo, si no hay forma de enviarnos un ascensor, no me gustaría que tengan que enviarnos un grupo a veinticinco pisos de subida para rompernos las puertas. Si han de ser saltadas, nosotros podemos hacerlo.

Westervelt reconoció la voz de su interlocutor, la que correspondía al administrador del edificio.

—Naturalmente, nos haremos cargo de cualquier daño que se produzca —dijo Smith nuevamente—. Además, tendrá usted a mucha gente en los pisos bajos de la torre de quien preocuparse también.

—La mayor parte han puesto a contribución su buen sentido y han decidido quedarse en sus oficinas, hasta que se arregle la avería que ha surgido

Westervelt se introdujo definitivamente en la oficina hasta que pudo ver el rostro en la pequeña pantalla del televisófono. El administrador del edificio aparecía con los ojos sombreados por la

fatiga y la preocupación, aunque entonces no sudaba como la vez en que él le había hablado anteriormente.

—Bien, quizá nosotros tengamos otros problemas ligeramente diferentes —dijo Smith.

—¡Problemas! —exclamó el administrador—. Bien... por supuesto... si la cosa se pone realmente seria, quizá tengamos que solicitar un escuadrón de policía para que venga a rescatarnos. —Y se notaba el esfuerzo que hacía para contener sus emociones. —¡No! —le interrumpió Smith violentamente—. |Nada de escuadrón de salvamento! ¡Nosotros no necesitamos de ningún modo ser rescatados! ¡En absoluto!

El administrador pareció mirarle con sospecha.

—¿Es que hay alguien enfermo? —preguntó—. Nosotros no podemos hacernos responsables de lo que resulte por rehusar la llamada que hagamos a las autoridades competentes.

—¿No es usted una autoridad competente en este asunto? —preguntó Smith—. Consiga que el ascensor funcione ¿no le parece? Esperamos hasta que lo esté.

—No hay forma de saber cuándo volverá la corriente a funcionar —repuso el administrador . Usted tiene que tener ahí un aparato de televisión, y puede oír los boletines de noticias de la situación, al igual que yo lo hago desde aquí. Hágalo cuanto antes.

Smith se había echado hacia atrás en su asiento, con una mirada de estupor en su rostro. Entonces se dio cuenta de la presencia de Westervelt y empezó a hacer gestos frenéticos en dirección al hall.

—Yo no pude nunca figurármelo —exclamó el joven.

Salió materialmente corriendo hacia el hall desde la entrada privada de Smith hasta llegar a Joe, con una orden de censura y dio la vuelta para volver a la entrada principal de la oficina. Entró y vio a Simonetta todavía en su mesa de trabajo y abrió la puerta que daba acceso a la cabina de Paulina. Cuando entró iba sin respiración.

—¡Paulina! —dijo jadeando—. Conecta con la sala de comunicaciones y déjame los auriculares.

Joe respondió en seguida.

—Joe, soy Willie. Parece ser que Charlie Colborn ha estado cambiando los transistores en todos los equipos de televisión que tenéis ahí y no puedes ahora recoger ningún noticiario ¿no es así?

Se produjo una densa pausa antes de contestar

—Así es. ¿Puedes hablar? Yo no veo ninguna imagen.

—Estoy con Paulina. Quiero decir, sólo fue un pensamiento, en caso de que...

—Claro que sí —repuso Rosenkrantz—. Debería haberlo pensado yo mismo. ¿Va bien todo lo demás?

Westervelt le dijo que sí y convino en la esperanza de que continuara así. Después, devolvió los auriculares a Paulina.

—¡No temas! —dijo la chica—. ¡Hablaré!

—Por favor, no lo hagas, Paulina. Cualquier cosa, excepto eso.

Se dirigió pasando junto a Simonetta que se le quedó mirando fijamente con incredulidad y se dirigió hacia la oficina de Smith nuevamente. Tras él, oyó el repiqueteo de unos tacones andando nerviosamente por el piso. La voz de Beryl decía algo, cuando volvió los ojos para mirarla. Se detuvo.

—¿Qué decía? —preguntó a Simonetta.

—Decía que el señor Parrish la había invitado en uno de los pisos bajos a tomar un coctel. Supone que podrá descansar veinte minutos por ahí bajo, antes de volver nuevamente al Departamento.

—¡Estás de broma!

—No, hablo en serio. Willie, te estás comportando de una forma bien extraña.

—¿Por dónde has estado huroneando todo este tiempo?

Westervelt se dirigía nuevamente hacia el hall. Casi estuvo a punto de caerse al salir. Beryl estaba esperando en la puerta del ascensor.

—¿No has llamado todavía? —le preguntó.

—No, estaba esperando al señor Parrish —dijo Beryl, en un tono que-mareaba el énfasis necesario para una reunión de tres personas.

—Se te ha ensuciado la pintura de los labios —dijo Westervelt.

Beryl le miró impasible y mirando al reloj, echó mano de su estuche de maquillaje.

—Ven aquí, donde la luz es mejor —dijo Westervelt.

Y la agarró por un brazo arrastrándola hasta la oficina, antes de que se le ocurriera resistirse.

—¡Por favor, Willie! ¡Me estás haciendo daño! —protestó fríamente.

Westervelt había salido nuevamente fuera de la oficina principal, se volvió hacia la otra entrada de la oficina de Smith, cuando observó la puerta dé la oficina de Parrish, en el hall, abierta. Se volvió a tiempo para encontrarse con Parrish, cuando éste salía hacia el corredor.

—Beryl dijo que volverá en seguida —dijo apuntando vagamente en dirección a las habitaciones de descanso.

—Gracias, Willie. La esperaré ahí dentro.

Westervelt llegó a la oficina de Smith, antes de que Parrish hubiera

cerrado por completo su propia puerta. Desde el rabillo del ojo, pudo observar el vestido azul de Beryl.

—Señor Smith —dijo mientras asomaba la cabeza en el despacho del jefe—. ¡Creo que necesito ayuda!

X

La primera sensación que penetró como en una agonía, en la conciencia de Taranto al despertar de su letargo, fue la de un calor horrible. Un calor horrible y un sudor que le tenía el cuerpo empapado. La siguiente, mientras apenas podía sostener su mandíbula temblorosa, fue la de una sed espantosa. Fue un deseo tan imperioso que le despertó por completo. Antes de poder controlarse a sí mismo por completo, dejó escapar un ronco gemido.

Inmediatamente, fue arrojado al suelo de donde hasta entonces había permanecido yaciendo. Cayó al suelo, arrojado como un fardo. Un parloteo de los syssokanos apareció sobre él, oyéndolo entonces claramente. Otros syssokanos hablaban a alguna distancia más allá. Taranto mantuvo los ojos cerrados, yaciendo por el suelo en la forma en que le habían arrojado, tratando de figurarse qué sería lo que habría fallado.

Poco antes del amanecer, él y Meyers se habían tragado la cápsula, según las instrucciones que habían recibido. Recordó un período de vago atontamiento después de haberlo hecho y después nada, hasta aquel momento en que acababa de despertarse del letargo producido por la droga. A través de sus revueltos y confusos pensamientos, trató de explicarse lo ocurrido.

Ellos esperaban haber sido transportados hasta el desierto, posiblemente a algún terreno de enterramiento de los syssokanos de acuerdo con las costumbres locales y ser abandonados allí hasta secarse y momificarse por la acción abrasadora del sol. Se había planeado que una espacionave terrestre, tomaría tierra al atardecer, ya casi en la oscuridad para recogerlos, sin duda alguna, transcurrirían algunas horas para que los syssokanos les declarasen oficialmente muertos y pudieran disponer de sus cuerpos oficialmente, aunque eran menos dados al papeleo que los terrestres. Sin embargo, los cuerpos habían sido abandonados, antes de lo que Taranto había calculado que tardaría en despertar.

Arriesgó a entreabrir un poco un ojo. Las piernas de varios syssokanos a su alrededor bloquearon su campo de visión; pero pudo colegir que había oscurecido. El calor que sentía era sin duda el resultante del que había percibido durante todo el día de las rocas y la arena.

Los syssokanos tendrían que haber empleado bastante tiempo para llegar tan lejos. Se imaginó si los habrían traído a una distancia tan fuera de lo corriente en el desierto, quizá para evitar cualquier

contaminación de sus propios cementerios, o si lo habían hecho como consecuencia de un largo debate acerca del tratamiento a seguir con los terrestres fallecidos.

«¡Dios mío! —pensó Taranto—. ¿Qué pasará si se les ocurre hacer una disección con nuestros cuerpos? ¿Lo habrá pensado el bromista que envió tales cápsulas?»

Cualquiera que fuese lo que había ido mal, se encontraba fuera del horario marcado para la operación de rescate. Pudo imaginarse la preocupación del hombre del D. R. I., aguardando el proceso a través de su pequeña máquina voladora, sin quitar el ojo del telescopio buscador. Taranto suponía que los hombres del espacio a quienes se les había confiado la misión de rescatarlos, estarían en constante vigilancia. Con precaución, trató de mover la lengua dentro de la boca. Chocó con los dientes resecos y aquello le produjo un efecto terrible. Aquel calor terrible que había absorbido durante el día, ahora salía de su cuerpo por cada poro.

Bien fuese que la droga hubiera fallado o no, debería haber casi suspendido sus funciones corporales. No era pues de extrañar, que ahora sudara de aquella forma terrible. Aun así, sentía como si estuviese atacado por una fiebre terrible. Empezó a pensar que quizá no hubiese sido llevado demasiado lejos, y que quizá después de haberlos encontrado en semejante estado en la celda, habrían discutido interminablemente para disponer de sus cuerpos «muertos». De todas formas, aquello debió ser lo más parecido a una muerte verdadera.

Alguien le frotó una mano rudamente por el rostro, limpiándole la película de sudor que lo recubría. Ante la experiencia, nuevas exclamaciones surgieron de los syssokanos que se encontraban a su alrededor. Uno de los syssokanos dejó escapar un chorro de palabras en voz alta. Un segundo más tarde, Taranto sintió en sus oídos el grito que sólo podía escaparse de la garganta de un terrestre. Después comenzaron nuevas conversaciones y parloteos y comprendió que debería referirse a Meyers.

«¡Se le ha soltado la lengua!» —pensó inmediatamente, y abrió los ojos.

Un syssokano que miraba hacia abajo, apareció consternado. Otros syssokanos que formaban un grupo a unos veinte pies de distancia, se volvieron para mirar fijamente a Taranto. Fue puesto en pie por el primer par de syssokanos que tenía más próximos. Uno de ellos, un oficial de baja categoría, en su uniforme rojo, le hizo una pregunta a Taranto, olvidando en su excitación que estaba hablando en lengua

syssokano. Taranto se limpió el sudor de la cara con la manga de la camisa. Empezaba a sentir escalofríos, conforme la transpiración se evaporaba en el aire seco del desierto. Lo que le rodeaba le seguía pareciendo febrilmente irreal.

No pudo entender lo que Meyers decía en aquel momento; pero en la ronca voz de su compañero, pudo comprender un tono de súplica, que a Taranto le pareció que se refería al agua. El syssokano que le habló antes en su lengua le repitió ahora la misma pregunta en lenguaje terrestre:

—¿Qué significa esto? —preguntó mirándole amenazadoramente con sus ojos enormes y negros.

El terrestre trató de responder; pero no pudo conseguir que las palabras surgieran de su garganta. Hizo un gesto hacia una cantimplora de agua que colgaba del hombro de uno de los soldados. El soldado se la descolgó y se la alargó a Taranto, mirándole con sospechas. Temiendo el efecto de una gran cantidad de agua en el primer momento, la bebió a tragos espaciados con febril deseo. Deseó habérsela bebido entera y haberse podido echar el contenido por la piel que le ardía de calor.

—¡Está usted muerto! —declaró el oficial con impaciencia.

Las escamas suaves gris verdosas de la piel de su rostro, aparecían entonces excitadas como la piel de un gato. Taranto creyó oportuno ofrecerle alguna explicación por el hecho de encontrarse vivo. Decidió en seguida, que quizá sería una interesante oportunidad, escapar de aquella situación, con una mentira colosal.

—Si ha sido oficialmente declarado por ustedes, entonces, sin duda alguna es que estoy muerto —repuso con voz ronca—. ¡Fíjese lo débil que estoy!

Los syssokanos movieron sus cráneos puntiagudos, unos hacia otros.

—Estoy en los últimos minutos de mi vida —dijo Taranto.

—¿Qué últimos minutos? —preguntó atónito el oficial.

—Es la forma que tienen los terrestres de morirse —afirmó Taranto —. ¿No han visto ustedes nunca morirse a un terrestre?

El oficial evitó en silencio admitir semejante cosa y se frotó una mano silenciosamente por su amplia cintura. Aquella indecisión, dejaba un margen de aventura.

—Así es como se produce —continuó Taranto—. Primero un desmayo... dormimos bastantes horas y después se produce un intenso sudor y entonces ¡adiós! Levantó nuevamente la cantimplora y se echó un nuevo trago de agua al cuerpo lo más largo que pudo, ya que podía

correrse el riesgo de que no le permitieran repetir la hazaña. Y tuvo razón. El oficial, le arrancó de la mano la vasija y la puso en las de su indignado dueño.

—Si se encuentra usted tan muerto —comentó, no falto de lógica —. ¿Por qué bebe tanta agua?

—Lo siento —se excusó Taranto—. ¿Dónde estamos?

—¿Qué diferencia existe para usted?

—Yo... ugh... bueno... no quisiera traerles mala suerte, si me entierran en uno de sus cementerios.

—No ocurrirá así —repuso el oficial sombríamente—. Ya hemos venido a un sitio bien distinto, para evitarlo. Mire atrás, puede usted ver la ciudad por aquel lado.

Taranto se volvió. La línea de las murallas de la ciudad, en la que se recortaban las torres y las luces diseminadas aquí y allá, le demostraba que se encontraría a unas cinco millas de distancia. Una pequeña elevación en el ondulante terreno del desierto, escondía la base de las murallas y una gran parte del rudo terreno que había seguido para llegar hasta allí. Habría sido un trabajo difícil para una espacionave, el haber tomado tierra brevemente en aquel lugar.

—¿Quiere usted ser enterrado aquí? Podemos esperar hasta que se acabe de morir.

Taranto miró desesperado a su alrededor, como si eligiera un lugar confortable y conveniente para morirse, continuando aquella absurda farsa. La situación se hacía insostenible, segundo a segundo. Sería muy difícil hacerle creer ahora a los syssokanos la verdad de la historia que se había forjado, ahora que las sospechas habían asaltado tan vivamente a aquellos sujetos. Tendrían que convencerse en cualquier caso, de que ello era cierto y real.

Cerca de Taranto, se hallaba una media docena de soldados vestidos de pardo. Cuatro de ellos, que llevaban al hombro unas cuerdas atadas formando un círculo parecían ser los que le habían conducido hasta aquel lugar, sobre unas parihuelas. Además del oficial, se hallaba también un suboficial, igualmente vestido de pardo oscuro; pero con un cinturón rojo. Más allá, otro grupo similar, rodeaba a Meyers. Se dio cuenta de que las parihuelas en que había sido transportado estaban construidas a mano rústicamente, como si tuvieran que ser abandonadas junto con el cuerpo. Se imaginó si aquello podría presumirse que le pertenecía.

—No se vayan muy lejos —dijo—. Apenas podré dar un paso y tendré que sentarme. Sólo permaneceré un par de minutos. ¡Adiós a todos!

El oficial syssokano no hizo la menor intención de marcharse, y Taranto no esperó realmente que así lo hiciera. Estaba tratando de imaginar otra excusa cualquiera para ganar tiempo, cuando Meyers, le ahorró la preocupación.

—¡Socorro! ¡Taranto! —gritó el otro hombre del espacio, repentinamente de entre el grupo que le rodeaba—. ¡Les he dicho que estamos vivos y quieren matarnos!

Y echó a correr desesperadamente hacia Taranto, haciendo saltar chorros de arena a cada zancada. La pechera de su camisa estaba oscurecida por el sudor y agua derramada sobre ella. Parecía enloquecido de miedo.

—¡Ah, con que están vivos! ¡Detenedlos! —ordenó el oficial.

Esta vez habló en lenguaje terrestre y dándose cuenta tras algunos segundos que sus hombres no lo habían comprendido, repitió la orden en syssokano. Y Taranto interfirió la orden aplastándole un puñetazo en medio de la cara. El syssokano cogido de improviso abrió los brazos, reculó unos pasos; sin poder sostenerse hasta caer cuanto largo era sobre un montón de cascajo. Meyers, a su vez gritó desesperadamente, cuando sus perseguidores le echaron las garras encima y le tiraron al suelo.

Taranto se dirigió a desarmar las parihuelas que había en el suelo. Una mano de largos dedos se le apoyó en el hombro; pero se deshizo de ella dándole un puntapié hacia atrás, sin mirar siquiera. Levantó las parihuelas y describió un amplio arco para abarcar con ellas a los tres syssokanos que tenía a su alcance. Dos de ellos, con la cabeza desprotegida, cayeron redondos al suelo; pero la estructura de la camilla se deshizo. Taranto se deshizo del tercero y lanzó una mirada esperanzada hacia el cielo. No se veía signo alguno de trazas de los reactores de la espacionave, en el crepúsculo que ya iba ensombreciendo la atmósfera. Entonces, se lanzó sobre otros tres syssokanos que se le venían; encima.

—¡Corre, Meyers! —le gritó.

Al primer syssokano que encontró al paso, lo tumbó de espaldas con un enorme derechazo en el pecho. El siguiente vaciló y otro lo apartó a un lado disponiéndose a hacer uso de su azagaya. Taranto se echó a un lado para evitar ser atravesado por la rústica pero larga punta lanzada directamente a su vientre. La punta, le pasó rayando por las costillas y Taranto aplastó la cara del soldado de un gancho de sus buenos tiempos de boxeador. La azagaya había pasado entre el cuerpo y el brazo y la tomó del suelo, mientras su atacante caía fulminado. Dos o tres más avanzaban nuevamente, desde donde debía

estar Meyers, cuyo lugar ya aparecía borroso. Aquellos no se daban mucha prisa en llegar hasta él. Taranto empezó a utilizar la azagaya contra el syssokano que se encontraba a su izquierda, cuando oyó un rumor de voces tras él. Se volvió instintivamente hacia su derecha. Cuando estuvo cara a sus enemigos, comprobó que todos los que habían caído antes, se encontraban nuevamente en pie y avanzaban hacia él. El oficial, que tenía la mitad inferior del rostro bañada en sangre, corrió hacia Taranto gritando una orden en lengua syssokano.

Taranto estrelló la punta de la azagaya contra la cabeza del syssokano, que se vio obligado a bajarla sujetándosela con las manos. Uno de los otros, sin embargo, consiguió hacerse nuevamente con el arma. Un instintivo pensamiento le decía claramente al hombre del espacio, que una lucha conducida en semejantes condiciones, tendría un desenlace fatal para él y su compañero. Se lanzó hacia adelante, en dirección al grupo que rodeaba a Meyers.

Una voz gritó algo tras él, mientras Taranto se concentraba con todas sus fuerzas en el grupo que tenía ante sí. Estrelló sus puños salvajemente a derecha e izquierda, abriendo un boquete en el grupo. Taranto sintió cómo la arena le rascaba un lado de la cara, mientras rodaba él mismo por el suelo hecho un ovillo.

Sus perseguidores, se dirigieron hacia el nuevo lugar de la batalla. La primera cosa de la que Taranto pudo darse cuenta, fue la de una azagaya que nuevamente se le venía encima desde un syssokano situado a su espalda. Al ponerse de rodillas, esperó a que el syssokano estuviese a su alcance, y volviéndose con los brazos, los alzó rápidamente hacia arriba cogiendo por el cuello al syssokano y volteándolo por el aire como un muñeco, estrellándolo contra la arena del desierto. El syssokano permaneció un momento sacudiendo la cabeza antes de rehacerse del todo y tratar de hacerse con el arma arrojadiza. Otro de los syssokanos que se encontraba junto al que acababa de caer, fue tirado de costado por las mismas piernas del caído en su voltereta. Dos más, que habían lanzado sus azagayas, se dirigieron hacia Taranto, con el oficial a los talones.

Taranto pudo ver a Meyers ponerse en pie y entonces, dos de los syssokanos se le echaron encima. Meyers, pudo escapar hacia la izquierda, habiendo tumbado a sus dos contrincantes. A su vez, dos de los syssokanos próximos a Taranto se le abalanzaron, y le tiró al más próximo un directo al estómago, de los que le hicieron famoso durante varios años. En el ring, habría puesto fuera de combate a cualquier hombre con semejante golpe. Al menos, esperó el clásico quejido del que queda fuera de combate. Pero el syssokano se desplomó

fulminado. Aquello le iluminó repentinamente las ideas.

Durante un par de segundos, se detuvo la pelea. Taranto se quedó mirando fijamente al soldado, derrumbado en el suelo e inmóvil como un saco de patatas. Incluso los syssokanos que no estaban empleados en luchar, boqueaban fatigosamente. Aquellos a quienes golpeaba en la cabeza, se levantaban rápidamente del suelo; pero lo contrario sucedía con los que había golpeado en el lugar correspondiente al estómago de un terrestre.

—¡Pégales en la barriga! —le gritó a Meyers—. ¡Ahí es donde tienen el cerebro!

Cargó entonces sobre el syssokano más próximo, que se desplomó sin un quejido. Se dirigió hacia otro, quien instintivamente se cruzó los brazos delante del vientre para protegerse. Taranto, le golpeó primero en la cabeza y después le castigó con un directo al abdomen, cuando su enemigo levantó un brazo. El syssokano cayó fulminado.

—¡Vamos! —gritó Taranto a Meyers, viendo que éste no hacía nada por huir—. Entre los dos podemos hacerlo. Esas cabezas son demasiado pequeñas para alojar un cerebro. ¡Patéalos, si no puedes hacer otra cosa!

—¿Estás loco? —repuso Meyers, con la voz ronca por el miedo y la sed—. ¡Nos matarán! ¡Deja de luchar y así nos llevarán de nuevo a la cárcel!

Taranto percibió algo tras él nuevamente. Empezó a correr; pero dos o tres de los syssokanos que se habían recobrado se le adelantaron. Trató de hacer un regate a la derecha para huir y se dirigió por una zona arenosa, atacando de paso a uno de los syssokanos que al ver el puñetazo dirigido al abdomen se tiró al suelo evitando el castigo.

Pero en seguida se vio enlazado por un par de potentes brazos de otro soldado que le rodearon la cintura. Otro soldado intentó golpearle el vientre de un cabezazo, creyendo que tendría allí el punto débil; pero se encontró con una fuerte masa de músculos en tensión. El terrestre que había caído de rodillas, trató de incorporarse. Pero el oficial que le seguía llegaba con una azagaya en ristre. Por la mirada que tenía en sus brillantes y enormes ojos negros, Taranto comprendió que el syssokano había aprendido bastante durante la lucha pasada, lo que explicaba sin duda, porqué era un oficial. Blandió la azagaya en un amplio arco, en dirección a la cabeza de Taranto.

La azagaya chocó contra el cráneo del terrestre El mundo de la existencia de Taranto quedó reducido a una estrecha visión gris verdosa y a la borrosa figura de un syssokano junto a él. Vagamente

apenas podía darse cuenta de que se encontraba sobre las manos y los pies. Un enorme número de manos le sujetaron fuertemente y sintió desfallecer todo su organismo. Hizo un esfuerzo supremo por ponerse todavía en pie. La lentitud de sus movimientos le alarmó íntimamente, porque se daba cuenta de algo que le sobrevenía… Y le sobrevino. El oficial syssokano, le largó un puntapié feroz a la cabeza; pero Taranto no lo había ya sentido. Se había sumergido en la inconsciencia de la nada…

XI

Smith permanecía en pie en el rincón del corredor, asomándose a cada instante por el estrecho pasadizo que conducía a la biblioteca y a la sala de comunicaciones. Westervelt se hallaba apoyado en la pared opuesta de cara a la puerta de acceso a la escalera. Beryl, se hallaba detrás de Parrish, quien se encaraba impaciente con Smith y cuya mirada iba de éste a Westervelt.

—Está bien, supongo que tendré que decírselo,. Pete —dijo Smith en voz baja—. Puede usted decir que nos hallamos temporalmente en apuros.

—¿Por él? —repuso Parrish indicando con la mano a Westervelt—. Pude haberme dado cuenta antes. El chico empieza a creer que es un consumado comediante. Ha empezado a jugar el papel de la tía de Carlitos...

—¡Ssssh! —advirtió Smith en voz baja reclamando silencio.

Westervelt volvió la cabeza hacia la entrada principal, imaginando lo lejos que había llegado la voz de Parrish. El ayudante de Smith miró a uno y a otro. Buscando la razón de todo aquello, miró con el ceño fruncido a Beryl. La rubia apartó sus, ojos azules y se encogió de hombros.

—Pete, esto no es una broma —insistió Smith— Deseaba que no hubiese ido tan lejos, pero ha sucedido así.

—Y bien ¿qué es lo que ocurre? —demandó Parrish en un tono bordeando lo impertinente.

—Bien, sucede que hay un fallo en la energía eléctrica por todo este distrito comercial. No hay ningún ascensor que funcione y no sabemos cuánto durará la avería ni cuándo la Compañía restaurará el servicio.

—¿No hay ascensores? —repitió Parrish.

Miró con incredulidad a las puertas corredizas del elevador, como si le resultase difícil comprender el fallo de tal servicio. La idea pareció abismarle en una honda preocupación.

—¿No hay ascensores? —repitió—. Y noventa y- nueve pisos sobre el suelo...

—¡Ssssh! —volvió a repetir Smith, echando una mirada hacia el corredor.

—¿Qué le ocurre a usted, Castor? —preguntó Parrish—. ¿Está usted esperando a alguien... alguien... ¡oh!

—¿Se figura lo que estoy pensando? —preguntó. Smith.

Los demás se miraron alternativamente durante unos instantes.

—Bien, todo se normalizará, qué vamos a hacerle —dijo Parrish-. Lo siento Beryl podremos hacerlo en otra ocasión.

—¿Pero cómo vamos a hacer para volver a casa? —preguntó la rubia.

—Oh, seguramente todo quedará arreglado para la hora en que hayamos terminado nuestro trabajó extraordinario de esta noche —dijo Parrish.

—Entonces ¿por qué Westervelt tiene ese aspecto tan avinagrado?

Westervelt se sintió nervioso bajo el impacto de las miradas de sus tres interlocutores, y trató de rehacer su compostura. Los otros dos hombres se aclararon la garganta y miraron a Beryl.

—Tendré que pedirle su cooperación, Beryl —dijo Smith—. Primero, Pete, me gustaría discutir con usted una moderna alhaja de nuevo diseño. Esta puerta de ahí está accionada eléctricamente para caso de fuego u otra emergencia cualquiera.

—Por supuesto —repuso Parrish con curiosidad.

—Pero no hay por el momento corriente alguna.

Parrish se aproximó con impaciencia y trató de mover la puerta. La traqueteó un par de veces y después intentó forzar la empuñadura de la abertura.

—No funciona, Pete —dijo Smith, mirando de reojo hacia el hall nuevamente—. Willie ya ha practicado toda esa rutina. Ya he hablado por teléfono con el administrador y no hay nada que pueda hacerse, excepto esperar y que envíen un grupo de rescate desde el piso setenta y cinco para quemar la puerta de acceso a la escalera de emergencia.

—¿Y se está haciendo?

—Bueno, francamente... le dije que no era necesario —replicó Smith, con una testaruda mirada en su largo rostro.

—Pero ya conoce usted a Bob... Si concibe la Idea de hallarse encerrado aquí...

—Ya sé, ya sé —dijo Smith—. Por otra parte, podemos siempre conseguir algo del laboratorio y hacer saltar esa salida, teniendo en cuenta de no decírselo hasta el último momento.

Westervelt miró a Beryl sardónicamente. Realmente había visto una expresión tan mezclada de impaciencia y de disgusto. Parrish sacudió la cabeza.

—Creo que sería mejor llamar nuevamente al administrador y que vinieran a arreglar de una vez este asunto.

—No quisiera hacerlo —repuso Smith.

—¿Por qué no?

—Se correrá la voz en seguida y eso llegaría inmediatamente a oídos de la D. R. I.

Parrish se dirigió hacia adelante, estudiando con detenimiento las facciones de su jefe. No encontró palabras apropiadas, pero su expresión denotaba una reclamación implícita. Smith dejó escapar un suspiro.

—Estamos metidos en asuntos urgentes de exploradores del espacio encarcelados por toda la zona explorada de la Galaxia —dijo —. Se supone que somos personas dotadas de cerebros de gran alcance y que disponemos de un dispositivo para cada propósito y de una solución inteligente y brillante para cada problema. ¿Qué pensarán de nosotros, si se enteran que nos hemos quedado encerrados en nuestra propia oficina y tenemos que pedir auxilio para salir?

Parrish dejó escapar sus manos en un gesto vago. Dando la vuelta se dirigió unos cuantos pasos por el corredor y después se volvió, frotándose la barbilla con la palma de la mano. Se cruzó las manos a la espalda y miró hacia la parte vacía del corredor, señalando el lugar en que debería hallarse Lydman.

—Quizá podríamos drogarlo —sugirió sin mucha seguridad.

—Ya había pensado en ello —admitió Smith pero está terminando de comer.

—¿No podríamos encontrar algo en el laboratorio para lanzarle un dardo?

Mientras Smith trataba de hacer memoria, Westervelt interrumpió:

—Si se deciden a hacer eso, no cuenten conmigo.

No, gracias. ¿Han visto ustedes alguna vez al señor Lydman darse prisa? Y además, quienquiera que se prestara al trabajo, no podría errarle el primer dardo…

—Bien —dijo Smith— si todos conservamos la calma y mantenemos ocupado a Bob todo puede discurrir bien, hasta que la corriente sea restaurada. ¿Cuánto tiempo puede llevarse, después de todo?

No pueden perder, de todos modos, demasiado tiempo en volver a dar servicio a una gran parte de una ciudad moderna como ésta. Es inimaginable.

—Supongo que tiene usted razón —comentó Parrish.

Smith se volvió hacia Beryl.

—Lo que quería decir al solicitar su cooperación —dijo— es que necesitaremos tener a alguien con el señor Lydman la mayor parte del tiempo. Willie lo ha estado haciendo hasta ahora; pero no podemos continuar haciéndolo para que no parezca una vigilancia deliberada.

—¿Pero, por qué? —preguntó Beryl—. Quiero decir... Ya veo que les preocupa a todos... que él pueda descubrirlo. ¿Pero qué, si lo hace?

—Posiblemente nada —repuso Smith—. Por otra parte, el señor Lydman ya estuvo una vez encerrado, en sus días de viajes por el espacio. Lo estuvo durante mucho tiempo bajo condiciones que ponen a prueba a cualquiera, y la experiencia le ha dejado a él un problema permanente. No es exactamente claustrofobia...

Se detuvo, esperando que Beryl encontrara otros inconvenientes acerca de Lydman. El aire general de seriedad de todos, parecía impresionar a la chica.

—Yo estaré... bien, contenta de poder ayudar —dijo finalmente, con cierta repugnancia.

—¡De acuerdo! ¡Magnífico, Beryl! Probablemente no hará falta nada. Ahora, creo que será mejor que le digamos a Simonetta lo que ocurre, para que todos estén avisados de lo que ocurre en esta situación.

Westervelt captó la mirada que se cruzó entre Parrish y Beryl, y creyó estar casi convencido de que cada uno de ellos, estaba mentalmente contando la gente que lo había sabido antes que él.

«Esa es la causa por la que estuvieron tan ocupados en los archivos» —pensó Westervelt.

Todos siguieron a Smith. Simonetta los vio llegar como si fuera un desfile. Smith, con alguna ocasional intervención de Parrish, le contó la historia.

—Así, esa es la razón parcial para quedarse hasta tan tarde —concluyó el jefe—, aunque, por supuesto, el caso de Harris está en primer término.

Westervelt se había aproximado hacia una ventana y ajustó el dial del filtraje de luz para que entrase el máximum y miró hacia afuera.

Desde donde se encontraba, pudo apreciar una gran alfombra negra a través de una gran parte de la ciudad, extendida hasta el sitio en que se hallaba cortada por la brillante línea de luces y de calles iluminadas, muchos bloques de casas más allá. Más a lo lejos, la ciudad aparecía normal. Hacia la parte próxima de la invisible frontera, sólo se apreciaba el resplandor de unas cuantas luces de urgencia. Algunas estaban encendidas por los propios grupos generadores de los mismos edificios y otras eran luces pálidas de la policía y de vehículos de urgencia, cruzándose en la parte baja de los más grandes edificios de la ciudad.

«¿Qué harán los demás cuando se presenta algo así?» —pensó Westervelt.

«Y ¿qué ocurrirá si vuelve a repetirse nuevamente?»

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido del televisófono de Simonetta. Desde donde se hallaba, pudo ver las facciones de Joe Rosenkrantz preguntando por Smith.

—¡Oh, está usted ahí, señor Smith! —dijo Joe—. Paulina ha estado buscando por todas partes. Tridente está transmitiendo y pensé que le gustaría estar aquí. Dicen que tienen un dispositivo de enlace para hablar con Harris.

Smith salió disparado.

—Ahora mismo estará ahí —repuso Simonetta a Joe.

Parrish y Westervelt le siguieron. Cuando el último volvió la cabeza, vio a Simonetta reemplazando a Beryl. Se sintió como si cayera a un profundo agujero él mismo. Al pasar frente a la biblioteca Parrish le hizo un guiño. Westervelt movió la cabeza con un gesto. Entró y le dijo a Lydman la llamada que se estaba produciendo desde el planeta Tridente. El veterano del espacio se mostró lo suficientemente interesado, para añadirse al grupo. Cuando Westervelt le siguió a la sala de comunicaciones, Joe Rosenkrantz estaba explicándole el dispositivo de enlace á Smith.

—Como antes, lo hacemos a través de Plutón, Capella VII, y un enlace automático sobre un planeta exterior del sistema de Tridente; pero no verá usted todavía nada de esto. Será después de vernos con Johnson, cuando empiece el asunto.

Se echó hacia atrás en su silla giratoria frente a la pantalla y examinó a los componentes del grupo.

—Johnson ha conseguido pensar con un pez cercano a su isla. Hay otro pez pensante que nada cerca de donde se encuentra Harris. Ambos están solicitando las respuestas de Harris.

Smith se pasó ambas manos por su revuelta y larga cabellera.

—Tratemos de conseguirlo por todos los medios. ¡Adelante!

Joe, consiguió contacto con Johnson, el miembro terrestre de la D. R. I., entre otras cosas, en Tridente.

—El propio Harris confirma que está siendo retenido en el fondo del mar —dijo—. Al parecer se ha convertido en una especie de animal doméstico, o una curiosa atracción.

—¿Podría usted expresar con claridad sus mensajes? —preguntó Smith—. Quiero decir, si no existe ninguna dificultad a causa de cualquier impedimento del lenguaje. No deseamos hacer una tonta suposición y descubrir que está basada en un equívoco.

Después de la pausa obligada por aquella distancia inimaginable, de los espacios cósmicos, Johnson replicó:

—No existe barrera de lenguaje en un pensamiento pero puede decirse que existe a veces en una actitud. Usualmente podemos obtener una presunción equivalente, por ejemplo, el hecho de que nuestro tiempo es similar al de estos peces.

—Bien, trate de preguntar a Harris a qué profundidad se encuentra —sugirió Smith.

Observaron a Johnson mirar hacia otra parte, aunque no parecía realizar un excesivo esfuerzo especial de concentración. Después de treinta segundos, llegó su respuesta.

—Harris dice que está a dos minutos de natación, bajo la superficie del mar.

—Bien y ¿a qué distancia de su posición, entonces? —preguntó Smith.

Johnson informó nuevamente que la distancia podía considerarse en un día y medio de natación.

—¿Necesita algo? ¿Lo conservan bajo condiciones aceptables para ir viviendo?

Otra nueva pausa y el enlace mental de Johnson y su respuesta.

—Le suministran aire con una bomba y le proporcionan alimento suficiente. Lo que necesita es a alguien que lo saque de allí, como sea.

—¿Cómo podríamos encontrarlo? —volvió nuevamente Smith—. ¿Podría de algún modo señalarnos su posición?

—Dice que ustedes le están ahora localizando. Lo que desea es que le saquen cuanto antes de allí.

Smith miró alrededor suyo por si alguien tenía que hacer más preguntas. Lydman sugirió que se preguntase de qué forma Harris estaba confinado. Smith lo preguntó a Johnson y tras la pausa conveniente, llegó la respuesta.

—Dice que se encuentra encerrado en una gran caja de cristal, como en una especie de remolque. Se parece a una jaula. Dentro, es libre para moverse en todas direcciones.

—Entonces… ¡que nos diga de una vez dónde está exactamente! —restalló Smith.

—No lo sabe —fue la respuesta—. Lo trasladan de un sitio a otro con frecuencia.

—¿Qué fue lo que dije? —intervino Parrish—. Nomadismo subacuático.

Ninguno se tomó la molestia de felicitarlo; porque Smith estaba ocupado en preguntar a qué se parecían los tridentianos. La conexión mental de Johnson pareció desarrollarse en forma estática. Todos le vieron sacudir la cabeza como si quisiera aclarar sus ideas. Apareció

con una expresión de desconcierto y de confusión en la pantalla.

—No he conseguido saberlo muy claramente —Admitió—. Una especie de combinación de pensamientos... ellos le alimentan, lo que les sabe mal por cierto.

—Bien, dígale a su escamoso amigo que se guarde sus propias opiniones —dijo Smith, sorprendiendo a Westervelt que por lo visto no se había dado bien cuenta de la situación.

Johnson, hizo una mueca, segundos más tarde. Su expresión se volvió la de una persona que pide excusas.

—¡No diga cosas como esa! —le dijo a Smith,

volviéndose otra vez hacia la pantalla—. ¡Ello discurre a través de mi mente, tal y como yo la oigo y a él no le gusta!

—¿A quién? ¿A Harris?

—No, al pez que hay al final de este enlace mental. Ya le presenté excusas en nombre de usted.

Se produjo un general desasosiego y nerviosismo entre los concurrentes de la sala de comunicaciones. Smith se puso rojo.

—¿Y qué dice el propio Harris?

Johnson lo preguntó. Harris sólo necesitaba que lo sacaran cuanto antes de su encierro submarino.

—¡Maldita sea! —exclamó Smith—. Es preciso que esté atontado.

—Eso ya ocurre —le recordó Lydman con suavidad.

—Sí —repuso Smith, mirando a su alrededor— pero parece que está, actuando así desde el principio.

El Jefe volvió a preguntar a Johnson sobre alguna descripción del lugar en que se hallaba Harris, dada por él mismo. La respuesta fue, en cierto modo concluyente.

—Igual que otro cualquier sitio del fondo del mar —informó Johnson—. Y además, dice que está cansado de pensar y necesita descansar.

—¿Y quién lo hace?

—No quieren decírmelo —repuso Johnson.

Smith soltó un furioso reniego y se pasó ambas manos por la cabellera, dándose cuenta de que tenía al lado a Simonetta, Ninguno sugirió ninguna otra pregunta y entonces, le dio las gracias a Johnson y le dijo a Joe que cortara la comunicación. —Al menos, sabemos que es real —suspiró—. Está detenido actualmente, y sabemos que está vivo todavía.

—Creo que ha puesto usted demasiada fe en un par de peces de esa clase —comentó Lydman.

Smith vaciló.

—Bien… ahora… no son realmente unos peces —dijo—. No nos permite construir una imagen mental adecuada, porque estamos bromeando a cada paso con esos «pescados pensantes». No creo que le sugirieran a un ictiólogo tal imagen de pescado pensante, un científico de esa clase pensaría de un individuo así, como de una alta clase de forma viviente.

—Tiene que ser al menos tan evolucionada como Harris —comentó Parrish—, ganándose con ello una fría mirada de Lydman.

—Creo que es mejor que eche un vistazo por el laboratorio —dijo Lydman, mientras los demás deshacían el grupo.

Westervelt se dirigió prontamente hacia la puerta. Vio a Lydman marchando en dirección al recodo del corredor, para alcanzar el laboratorio por la vía más rápida.

Y decidió tomarse un respiro de un cuarto de hora, hasta que dadas las circunstancias, el jefe volviera a necesitarlo en cualquier momento de la noche.

XII

La luz, impotente para penetrar a cincuenta brazas en el mar tridentiano, resultaba sombría y tintada de verdoso; pero Tom Harris se había acostumbrado más o menos al ambiente que le rodeaba. Ello le irritaba; pero el pueblo sumergido de aquel planeta continuaba ignorando sus constantes demandas de una lámpara.

Harris sabía que los tridentinos conocían tales aparatos. A través de las transparentes paredes del tanque en que se hallaba encerrado, había podido observar más de una vez grupos de tridentinos nadando o cazando diversas especies de peces de aquellos mares. Tanto el mecanismo que utilizaban para el interior, como para actuar en la superficie, estaba equipado con luces alimentadas, sin duda alguna de una batería eléctrica potente. Aquello enfurecía a Harris, especialmente por hallarse forzado a permanecer aislado tan arbitrariamente en la oscuridad del fondo del mar, donde el día tenía la completa oscuridad de la noche.

Se levantó del sitio en que había estado mirando hacia el exterior, puesto en cuclillas. Tan suave era el deslizar de sus pasos por el piso encristalado del tanque, que estuvo a punto de caer a todo lo largo. Se rehízo conservando el equilibrio y continuó mirando. El tanque en donde estaba encerrado, tendría unos diez pies de ancho por dos veces la distancia de largo, con ángulos metálicos que presumió deberían ser de aluminio, afirmando los empalmes de los ángulos. Los rincones exteriores estaban igualmente asegurados con cierres del mismo metal. Los tridentianos, según Harris pudo comprender, podían inspeccionarle constantemente y comprender sus reacciones a la perfección.

El extremo distante del tanque, de donde se encontraba Harris, era opaco. Comprendió que por aquella parte debería tener algún enganche con el vehículo que arrastraba el tanque y asimismo, con la instalación mecánica que le inyectaba aire constantemente. El gran pez no se le había mostrado nunca claramente visible. Las demás partes del tanque, eran completamente transparentes a través de las cuales, podía observar el suelo y encontrar enormes grupos de conchas marinas y otros restos muertos de formas de vida marina, en la blanca arena del fondo. Ocasionalmente, solía considerar la enorme presión que debería ejercerse sobre las paredes del tanque que le albergaba, con evidente peligro de explosión y ruptura de aquella jaula encristalada; pero inmediatamente hacía lo posible, por apartar de su mente tales ideas y pensamientos.

A lo largo de cada pared longitudinal, se encontraban cuatro mecanismos de acceso de aire. El uso de aquellos mecanismos le había sido mostrado por un miembro de aquella población subacuática, hacía quien Harris empezó a creer que sería un chiquillo. El padre era algo más grande de tamaño que Harris, que tendría en pie sus buenos cinco pies y cinco pulgadas y con un peso equivalente a ciento treinta libras terrestres. Tenía también cuatro miembros en el cuerpo; pero aquello era lo último que tenían en común. Los miembros corporales de los habitantes de Tridente, estaban unidos a la cabeza y próximos a ella dejando al descubierto el resto del cuerpo fuertemente armado con una coraza calcárea. Dos de aquellos miembros estaban terminados con fuertes pinzas y los otros dos ramificados en diversos delicados tentáculos. El cuerpo era en cierta forma, flexible, a despecho del peso de los rudos segmentos de conchas que lo recubrían, acabando con una especie de cola, con la cual se balanceaban aquellos gigantescos crustáceos con toda facilidad;

Harris, sentía una desventaja por lo que respectaba a la visión suya comparada con aquellas fantásticas criaturas, cada uno de los tridentinos estaba provisto de cuatro ojos saltones insertados en su quitinosa cabeza. El tipo adulto tenía un par de ojos tan grandes casi como un pie de largo, el segundo par, eran al menos, el doble de grandes que los del joven Harris.

El terrestre no pudo averiguar si la moneda corriente entre aquellas fabulosas criaturas subacuáticas estaba compuesta por metales o conchas marinas; pero era lo cierto que los tridentianos depositaban algo parecido a una moneda en el agujero de una máquina del exterior, que producía un ruido característico, y en seguida un paquete de pescado comprimido y huesudo, era inyectado por una ranura al interior del tanque.

—¡Malditas sean estas langostas azules! —juraba Harris—. ¡Se figuran que están haciéndome un favor!

Harris dejaba transcurrir siempre sus buenos cinco minutos, antes de decidirse a aceptar el regalo que se le ofrecía. Renegando se dirigía hacia el sitio para recoger la comida. Corrientemente no era muy alimentado. Había días en que se sentía realmente irritado o demasiado disgustado para aceptar los favores de aquellos mirones, lo que hacía sin duda presumir a sus carceleros que no se sentiría hambriento.

Al principio, había tenido también una gran dificultad para hacerles dar a conocer su necesidad de agua dulce. Y entonces fue cuando se puso en contacto con el gran pez nadador que había

transmitido sus pensamientos al mundo marítimo. El hecho de que aquel pez asombroso pudiera y de hecho consiguiera proveerle de agua fresca y potable, le había ganado el mayor respeto, aunque el sabor que tenía no era nada agradable.

Tomó el paquete de pescado prensado en una mano, lo que produjo el revuelo de los tridentianos próximos que nadaron aproximándose para presenciar sus movimientos. El padre del pescado tridentiano pequeño, le miraba con atención y curiosidad, aunque con más calma. Harris sospechó que a lo mejor estaría riéndose a su forma y le volvió la espalda. Mirando a través del otro lado del tanque, pudo ver, a la distancia que la sombría luz se lo permitía, los vehículos aparcados de los tridentianos. Como si fuese una colección de pequeños botes submarinos, estaban formados por la más fantástica variedad de forma y dimensión, dependiendo quizá de la fantasía de su propietario, o quizá también de su maestría para construirlo. Harris no pudo averiguar si la maestría de los tridentianos, alcanzaba la categoría de considerárseles como constructores profesionales. A su alrededor, existían disposiciones con redes en formas parecidas a tiendas de campaña, para protegerles de los innumerables bichos erráticos del mar. Por lo demás, aquellas criaturas submarinas, no usaban refugios donde guarecerse.

Pero habían sido lo suficiente inteligentes para construir una jaula para él —pensaba Harris amargamente—. ¿Qué diablos le pasaría al gobierno terrestre, en cualquier caso? ¿Qué pasaba con el Departamento de Relaciones Interestelares, o como quisieran llamarlo? ¿Por qué no lo sacaban fuera de allí? ¿Y dónde iría el Gran Pez?

Se dio cuenta de que se le aproximaba un buen número de aquella gente subacuática desde el área acampada en las inmediaciones. En seguida, sería, sin duda, el centro de la atención general, echándole aquellos paquetes de alimento prensado a través de las ranuras de los alimentadores de aire. Gritó furioso sin palabras. Los grupos se aproximaban a ciertos períodos; que Harris se sentía incapaz de definir. Pudo solamente imaginar que escogían el tiempo para pescar, además de realizar otros trabajos, a su arbitrio con objeto de mantener el campamento y su mecanismo propulsor que tiraba de la jaula encristalada en que le tenían prisionero.

«Me gustaría tener a alguno de ellos a mi alcance y hervirlo —pensó Harris—. El Gran Pez, protesta diciendo que no les gusta mi compañía. Lo dudo. De cualquier forma, si pudiera hacerlo, les devolvería algo de lo que me están haciendo rabiar»,

Se dio cuenta que la docena de curiosos que rodeaban el tanque, se marchaban hacia un extremo, rodeados de sus pequeños y parientes. Mirando hacia arriba, Harris, comprendió la razón. Una larga y oscura sombra se cernía hacia abajo insolentemente en una aproximación deliberada. Estaba rayada como un enorme tiburón terrestre y era casi tan grande como el propio tanque en que se hallaba Harris encerrado. La línea plana de la enorme boca del monstruo se abrió como en un bostezo dejando a la vista una enorme hilera de dientes cónicos. Aquello era posible porque los ojos del enorme pez, unos ocho según pudo apreciar Harris, se hallaban espaciados en un anillo alrededor de la cabeza, fin de su largo y enorme cuerpo.

«Esta gente sabe que no me gusta comérmelos; pero sí asustarlos un poco —pensó el Gran Pez hacia Harris—. ¡Míralos y verás como tratan de sonreírme!»

Harris, observó a los tridentianos moviéndose y reculando con temor, mientras el monstruo pasaba perezosamente sobre ellos y se volvía de nuevo hacia atrás.

—Pues a mí me gustaría mucho asustarlos de verdad —dijo Harris, quien había aprendido hacía algún tiempo que enlazaba mejor sus pensamientos con el Gran Pez, hablando, mejor que haciendo uso de la telepatía—. ¿Está todavía allí el hombre de la D.R.I.?

—«¿Cuál...? ¿qué es lo que piensas ahora?» —inquirió el Gran Pez.

—En el otro terrestre, el que está en la isla —repuso Harris.

—«El otro que respira con el aire se ha marchado, y el Gran Pez está disgustado con esa forma de actuar» —le repuso el monstruo subacuático.

—Todos los bastardos en ambos mundos, se marchan a comer —gruñó Harris— y yo he de quedarme aquí...

—«Tú también estás comiendo» —convino el monstruo.

Los tres ojos que caían sobre Harris al pasar el Gran Pez pensador sobre el tanque tenían una inteligente mirada de advertencia. Harris había llegado ya casi a adivinar las expresiones típicas del Gran Pez, en sus especiales facciones.

—Tú eres el único amigo que tengo aquí —exclamó, en un tono de súplica—. Me gustaría marcharme contigo.

—«Aunque pudieras ¿dónde podrías tener tu propio tanque?» —le repuso mentalmente el Gran Pez.

—Sería lo que nosotros llamamos un submarino —dijo Harris—. Estaba mirando para tratar de ver qué es lo que hay en el fondo del mar. Dime ¿es todo así?

—«¿Es todo como qué? ¿Con langostas azules?».

Harris comprendió con bastante sentido común que los tridentianos, no sugerían la idea de las langostas terrestres con relación a su propia forma de ser que probablemente ni podrían imaginárselas. Aquello era una traducción automática de un pensamiento suministrado por su propia mente y su memoria, dando semejante nombre.

—No —dijo Harris—. Quiero decir si todo está cubierto de arena y de barro con algunas quebraduras sembradas aquí y allá. ¿De dónde consiguen esos cangrejos los metales?

—«Hay diferentes clases de agujeros y colinas. En la mayor parte del fondo del mar ocurre igual —repuso el Gran Pez—. Tú no podrás nadar por cualquier parte, aunque hay pequeñas cosas que podrías recoger bajo la arena suave. Hay algunas cosas buenas para comer; pero tendrías que escupir mucha arena. Los cangrejos operan con máquinas a veces, en grandes agujeros; pero no sé qué es lo que recogen».

—Y ¿no hay algo que los recoja a ellos? —preguntó Harris.

—«No. Son lo suficiente grandes para coger las demás cosas, excepto unas pocas. Las cosas que tienen mayor tamaño que yo, no están a su alcance».

El monstruo hizo una pasada a lo largo del lecho del mar cerca de los tridentianos, levantando una nube de arena, haciendo que Harris tuviera que apoyarse contra una pared del tanque. El terrestre se rió de buena gana. Aún antes de que la arena se hubiera sedimentado de nuevo, el monstruo volvió a pasar delante del tanque y hacia atrás en unas cuantas pasadas; para estar seguro que cualquiera de los mirones tridentianos, tomaban buena nota de su gesto.

—«No les gusta en absoluto —pensó el Gran Pez—. Algunos de ellos, están preguntando por el hombre que entró en el mar en tu tanque».

—¡No llames a eso un hombre! —objetó Harris irguiéndose—. Yo soy un hombre.

—«¿A qué puedo yo llamar hombres sino a los hombres? —le repuso mentalmente el Gran Pez—. No comprendo por qué quieres ser llamado hombre. Tú eres diferente».

—Olvídalo —dijo Harris—. Era solamente una figura mental de un pensamiento.

Y Harris se dirigió hacia el extremo del tanque, desde donde podía observar en la verdosa distancia, sin mirar al campamento tridentiano.

—Me gustaría estar muerto mejor —murmuró Harris—. Nunca conseguirán sacarme de aquí.

Tras él oyó el chapoteo de los alimentos que le eran inyectados en el interior y que caían al suelo del tanque, con los que los curiosos del exterior pensaban ganar su atención nuevamente.

—Si pudiese encontrar un hueso lo suficientemente útil en la comida que me echan, creo que me mataría yo mismo.

La gran sombra del Gran Pez apareció nueva mente sobre el techo del tanque tapando la pequeña luz que se filtraba como si fuera una nube. Harris miró hacia arriba resentido.

—-«No te comprendo —transmitió el monstruo—. Eso que dices debe ser bastante estúpido».

—¿El qué? ¿Suicidarse con un hueso de pescado? —repuso Harris.

—«No importa con lo que sea, eso debe ser extremadamente estúpido, porque entonces te morirías».

Harris no encontró nada que decir, nada que responder. No pudo casi ni pensar nada, desde que ninguno de sus caóticos pensamientos a medio formar surgía como una respuesta.

—«Eso sería como si tú fueras comido por alguien» —insistió su amigo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! No lo haré, si eso te hace feliz —exclamó Harris.

—«Eso no tiene nada que ver con la forma en que yo pueda alimentarme bien» —repuso el Gran Pez.

A Harris le llevó un minuto discurrir el significado de las palabras de su amigo el Gran Pez.

—(«Así esa es tu filosofía —pensó para sí—. Ya comprendo, lo que te hace feliz es tener algo que comer»).

—«¿Dónde? —inquirió el monstruo—. No veo a nadie a quien desee comerme».

—¡No importa! —dijo Harris—. Dime más cosas acerca del fondo del mar. Dónde hay grandes hoyos o arrecifes, ¿podrías ver... bien... franjas rocosas?

—«A veces. Allí donde hay bastante profundidad. En otros sitios hay cosas que crecen desde el fondo. Solamente el pescado pequeño que no es bueno para comer va a alimentarse allí. A veces también, los habitantes del mar se llevan esas cosas que crecen y exploran los hoyos».

—Apuesto a que hay muchas cosas interesantes que sacar de este mar —caviló Harris—. ¿Quién sabe cómo puede haber cambiado el clima en miles de años? Quizá hubo una edad del hielo en que los mares se hundieron, o quizá una era volcánica. Quizá podríais perforar bajo las aguas y encontrar petróleo... si supierais cómo mirar

y localizar el terreno. Quizá haya depósitos de diamantes, bajo el cieno del fondo...

Se detuvo, sintiendo una vaga irritación. Se dio cuenta que sus pensamientos habían discurrido demasiado a la ligera.

—Bien —dijo Harris, dirigiéndose de nuevo al Gran Pez—. Dime solamente todo lo que sepas acerca del mar.

—«Yo puedo decirte dónde se encuentran las tribus de los pobladores del mar. Te puedo decir también dónde encontrar toda clase de buen pescado, bueno de comer. Yo sé dónde pensar para el otro Gran Pez; pero no puedo decírtelo porque tú no lo sientes» —concluyó el monstruo..

El monstruo se elevó suavemente a través de las aguas. Había visto algo que había atraído su interés, según pudo darse cuenta Harris, quien se volvió para ver lo que sucedía. Consideró las posibilidades futuras de aquel mundo en que se encontraba. Quizás existiese la posibilidad de construir una gran industria de alimentación. En un mundo como aquel, con tal población marítima al alcance, sería fantástico. Los tridentinos deberían tener, necesariamente el conocimiento de cómo adquirir los metales, ya que hacían uso de ellos. No tenían otro remedio que existir factorías en algún lugar que resultaba todavía desconocido para Harris.

—«Deberé ocupar mi mente en todo esto —se dijo a sí mismo Harris—, a lo mejor cualquier día de estos viene otra tribu salvaje y me lleva con ellos. O a lo mejor soy rescatado por otra pandilla más avanzada. Tendré que preguntar al Gran Pez todo esto, cuando vuelva».

Empezó a imaginar qué haría, si se tropezase con otra civilización más avanzada bajo el mar. Con gentes que supiesen cómo extraer los metales del agua, o bien de las minas, con lo cual existiría el interés de tomar contacto con terrestres de otros mundos. Existirían, sin duda inconvenientes, para que aquellas criaturas subacuáticas comprendieran la idea del espacio; pero aquello podría superarse y probablemente muchos de ellos podrían emerger en tanques. Sería interesantísimo que muchos terrestres pudieran conocer ambos mundos.

—¡Vaya! —siguió pensando—. A lo mejor me veo convertido en un embajador, y quizá convertido en un elemento de importancia con esta pesadilla. ¡Si pudiese salir de este encierro... ! Podría volver en otro submarino, quizá.

Empezó a pasearse de un extremo al otro del tanque, deteniéndose para recoger el pescado que le había sido enviado por los curiosos del

exterior. Se dio cuenta que estos últimos cambiaban, variando mucho en el número total de los mismos. Empezó a dar una vuelta completa por todas las paredes del tanque fijándose en los ojos de cada uno de aquellos tridentianos. Al final, aquello ejercía sobre él una especie de efecto hipnótico a través de la luz mortecina verdosa que se infiltraba por las paredes de cristal. La población exterior aparecía ya individualmente, en vez de en grupos. Harris comenzó a sentir la sensación de que podría reconocerlos, uno de otro. De pronto, huyó hacia el otro extremo del tanque. El sonido que había originado aquella reacción, fue el de un chorro de agua clara, que con fuerza era inyectada por el suelo de la estructura, Harris recogió su aprovisionamiento de comida para evitar que se mojara con el agua con una mano, y con la otra se remangó los pantalones. Nunca sabía cuándo llegaba aquella ocasión, por lo que no estaba constantemente con los pantalones remangados. Después de unos diez minutos, el agua comenzó a desaparecer, sacada nuevamente por la bomba que accionaba el mecanismo. Pronto, el tanque estuvo vaciado por completo, encontrándole Harris con el pescado por alimento y el fuerte olor del agua del mar.

—«Era una cosa buena —le llegó un pensamiento telepáticamente —. Veo que tú también estás comiendo».

—No, no estoy comiendo —repuso Harris—. Estoy todo mojado.

—«Lo mismo estoy yo» —le dijo el Gran Pez.

—Pero yo no lo estoy usualmente —dijo Harris.

—«Ya lo sé. Es poco amable, la forma que tienen de actuar contigo —le transmitió el Gran Pez—. Cuando quieras el agua que necesites, toca al extremo del tanque».

—Gracias, amigo —repuso Harris—. Ahora no la necesito. —Y se sentó en el suelo cruzando las piernas.

Se quedó mirando a los tridentianos, que seguían observándole con la curiosidad de siempre. De nuevo, sintió la sensación de que estaba en condiciones de reconocerlos individualmente. Quizá podría hablar con otros, sirviéndose del enlace del Gran Pez.

—Quizá muchos de ellos, sean buenos chicos —murmuró—, si pudiera conocerlos mejor.

—«No, —le repuso su amigo— no están muy buenos para poder comerlos».

XIII

El tiempo fue transcurriendo lentamente, hasta las seis y media. La idea de emprender un vuelo para el caso de Harris, había ocupado la mente de todos los hombres del Departamento 99. De todos, excepto de uno de ellos. El resto, esperó sinceramente que al menos pudiera seguir interesado en el proyecto.

Westervelt se sentó en su despacho, huroneando a través de un artículo de la revista «El mundo de los hombres del espacio», acerca de la exploración de un sistema planetario recién descubierto. Aquello sería motivo de cualquier conferencia, cualquier otro día, reflexionó, y daría lugar a interesantes conocimientos sobre el sujeto a tratar. No se había descubierto ninguna vida en ninguno de los doce planetas del sistema, pero aquello no implicaba la ausencia de una exploración terrestre más adelante y el eventual establecimiento de una colonia terrestre en el futuro. El Departamento también tenía problemas con las colonias, como lo ocurrido en Greenhaven.

Dejó la revista a un lado, para pasar examen de la situación del personal. Parrish, según recordaba, había expresado la opinión de encerrarse en su oficina y pasar allí una o dos horas con sus papeles y proyectos, bajo las actuales circunstancias, había dicho que había muy poca oportunidad de rebuscar en los archivos ningún caso parecido al que les ocupaba y del cual pudieran hallar alguna pasada experiencia. Rosenkrantz, desde luego, continuaba en su puesto, en la sala de comunicaciones, Smith, erraba de un lado para otro. Simonetta, se había llevado una máquina de escribir electrónica a la oficina del veterano hombre del espacio, Robert Lydman para ayudarle a organizar un informe preliminar, que el jefe había solicitado. Después de que ella había vuelto y había empezado una animada conversación en voz baja con Pauline a través de la ventanilla de la cabina, Beryl se había vuelto igualmente, trayendo un buen número de notas de Lydman, que tenía que poner en claro.

Smith había permanecido esperando, hasta que Simonetta hubiera terminado el informe. Westervelt se imaginó que tiempo le llevaría a Beryl volver con todas las respuestas y notas en claro que había solicitado Lydman.

Smith salió de su oficina, apareciendo en la general. Se detuvo para inspeccionarla, casi vacía en aquel momento, con un aire de vaga sorpresa, hasta que se dio cuenta de la presencia de Simonetta y Paulina. Se les aproximó para unirse a la conversación.

—«Tendría que haberme marchado por ahí a cualquier parte —pensó Westervelt—. Ahora, la salida está completamente bloqueada».

El artículo de la revista, se le volvió pesado inmediatamente.

A los pocos minutos, Smith se le aproximó.

—¿Quién está de guardia, Willie? —preguntó el jefe, intentando una jovial sonrisa.

—Creo que Beryl —repuso el joven—. Tiene que estar... todavía no ha vuelto, no andará muy lejos.

—Lleva ausente desde hace un buen rato —comentó Smith—. Creo que ya es hora de un relevo. ¿Qué le parece darse una vuelta por ahí y ver dónde está?

—¿Y qué podría decirle? —objetó Westervelt—. Estará probablemente dictando sus notas y no le gustará verme a su alrededor.

Smith se mordió el labio inferior.

—Por las preguntas que le he enviado —murmuró pensativamente— cinco minutos habrían sido suficientes.

—Pero estará seguramente cansado de verme la cara —dijo Westervelt.

—No tengo realmente a nadie a quien enviar, a menos que pensemos una excusa para Paulina.

Westervelt pensó en el resto de la gente disponible. Parrish no podía ser de ninguna utilidad en la presente situación, Simonetta había terminado de hacer su tarea, y Joe era necesario en su permanente servicio de escucha del espacio cósmico. Hubiera sido magnífico que hubiese llegado algún mensaje para ser oído por Lydman; pero aquello sólo era una remota posibilidad.

—De acuerdo, señor Smith —dijo Westervelt entregándose—. Quizá me sirva de buena excusa ir con este artículo y preguntarle si lo ha leído ya. Si está dedicado a alguno de sus inventos o tratando de manipular algo en el laboratorio ¡correré el riesgo de mi propia vida y le ayudaré!

Smith se echó a reír.

—No será tan mala la cosa, Willie —dijo, dándole una palmada con la mano en el hombro.

Westervelt no parecía estar tan seguro; pero hojeó la revista hasta llevar visible el artículo que había estado leyendo y se dirigió en busca del hombre. Pauline se le quedo mirando al pasar.

—¡No lleves esa cara, hombre!

—Bah, no te preocupes —dijo Westervelt—. Espero que vuelvas a verme.

—Deberías tener más confianza contigo mismo —le advirtió Simonetta al pasar.

Westervelt dio la vuelta al recodo del corredor y se dirigió despacio al hall tratando de mostrar una expresión más segura de la que tenía hasta entonces. Al pasar la habitación, usualmente vacía, donde estaban los antiguos archivos, oyó un ruido.

«Deben estar aquí para algo —pensó—, Por eso le habrá parecido tan larga la ausencia a Smith».

Abrió la puerta y adelantó un paso en el interior, antes de comprobar que la habitación estaba sumida en la obscuridad, sin pensarlo, busco con la mano el interruptor y encendió la luz.

Beryl se puso en pie con tanta rapidez, como nunca pudo imaginarse en aquella fracción de segundo, en que, no obstante, pudo distinguir parte de sus muslos al aire. Y entonces comprobé además, que Beryl no había permanecido sola en el diván que se encontraba tras la puerta. Parrish se levantó tras ella.

La rapidez de sus movimientos y la ferocidad de sus miradas combinadas, tuvieron el efecto de un verdadero impacto sobre Westervelt, La apariencia de la rubia, por otra parte, no dejaba lugar a dudas. Westervelt se encontró por un momento, privado de toda acción. Entonces comenzó a pensar que debería decir o hacer algo que cubriera su retirada, lo mejor posible. Bajo tal pensamiento, no obstante, sentía que no tenía nada por lo que pedir excusas. A la vista de tal tensión y hostilidad por parte de la pareja, sintió levantarse en su interior un coraje decidido.

—¡Valiente fisgón! ¡¿Qué vienes a hacer aquí?! —le increpó Beryl furiosa.

Westervelt notó con cierto asombro que la voz de Beryl se había vuelto chillona. No sabiendo qué hacer, se quedó mirando fijamente cómo se arreglaba las ropas que había tenido antes en desorden. Aquello pareció ofenderla mucho más que cualquier cosa que pudo haber dicho. Pudo darse cuenta igualmente, de cómo Parrish apretaba los dientes, y la mueca que hizo estaba muy lejos de parecerse a una sonrisa. Parrish dio un paso para colocarse delante de Beryl.

—¿Qué es lo que pensabas que estábamos haciendo? —le preguntó agriamente Parrish, con más rabia que originalidad.

Westervelt trataba de decir algo adecuado, que no fuese lo inevitable. Una media docena de respuestas a medio expresar, se embrollaron en su mente. Y antes de que escogiera la respuesta adecuada, surgió de nuevo la chillona voz de Beryl.

—¡Lárgate de aquí! —le chilló—. ¿Quién te dijo que vinieras a

olfatear por aquí?

—Oí un ruido —dijo Westervelt, consciente de que su voz sonaba de forma extraña y singular—. Creí que era el señor Lydman.

—¿Le parezco yo a Lydman? —preguntó Parrish, sin levantar la voz tanto como Beryl—. No había ninguna luz encendida ¿no es cierto? ¿Te figuraste que él estaría sentado aquí en la obscuridad?

La posibilidad cargó la atmósfera como una corriente de electricidad estática.

—¿Cómo podía saberlo? —replicó Westervelt—. Pensé que Beryl estaría con él. ¿Por qué tendría que esperar que estuvieras tú? Tú dijiste que no tenías nada que hacer aquí.

Beryl mientras se arreglaba su peinado con todo cuidado. Entonces, se estiro tanto como Parrish. Westervelt se dio cuenta de que la elección de sus palabras había sido desafortunada.

—Bien, ¿quién está con él? —dijo preguntando, antes de que ellos pudieran decir algo.

La pregunta pareció galvanizar la acción de Parrish. Se adelantó hacia Westervelt dándole la cara.

—Si tanto te preocupa eso, ¿por qué no vas y te enteras? Por lo que a mí me parece, vosotros dos hacéis un buen equipo.

—Quizá sea así —repuso Westervelt excitado—. Vosotros dos no parecéis tener mucho cuidado con las cosas que están en marcha. Si podéis perdonarme, puedo volver a apagar la luz y...

—¡Oh, deja de hablar de esa forma tan estúpida! —chilló nuevamente Beryl—. Márchate por esa puerta, Willie y piérdete de mi vista. Estoy ya cansada de todo este incidente.

—¡Espera, espera un momento, Beryl! —protestó Parrish.

—Ya —repuso Westervelt—. Será mejor que compruebes las cosas. El rojo de labios está en esta ocasión verdaderamente estropeado.

—¡Cierra el pico! —le gritó Parrish con ademán amenazador.

Tomó a Beryl por los hombros y la empujó hacia atrás. Westervelt se apoyó contra la pared y curvó un labio.

—¡Ya está bien! —dijo ella—. Dejadme salir de aquí.

—Te olvidaste de sonreír —dijo Westervelt a Parrish.

El interpelado se volvió hacia él y quiso ponerle una mano en la pechera de la camisa, pero Westervelt se hizo atrás alarmado de ver el cambio operado en la máscara que siempre recubría el rostro de Parrish. Beryl, mientras tanto chillaba algo relacionado con la estupidez que estaban haciendo, y que dejaran de comportarse como idiotas. Parrish se creció en rigidez. El antebrazo que Westervelt había cruzado contra la mano que había caído sobre su camisa cayó

mientras Parrish le soltaba. Parrish estaba mirando por encima del hombro de Westervelt. Pareció casi asustado y sorprendido.

Westervelt miró a su alrededor y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo como si le hubieran echado por encima un chorro de agua helada.

Lydman estaba allí de pie, mirando fijamente a través de donde se encontraba. Cuando volvió a mirar nuevamente, habiéndose apartado instintivamente del umbral, se dio cuenta que el veterano del espacio, miraba fijamente a todos ellos. Tras un instante, pareció concentrar su mirada en Beryl.

—A ellos les gustará que se marche usted, supongo —dijo con voz calmosa.

Parrish se echó hacia atrás con nerviosismo y Westervelt se adentró en la estancia, para dejar el paso libre por la puerta. Beryl parecía no haberlo oído, se quedó inmóvil frente a los fascinantes ojos de Lydman, que miraban serenos en su cara tostada por las radiaciones del espacio, y como hipnotizada.

Lydman, puso la palma de una mano sobre Westervelt y le empujó suavemente hacia el gabinete ocupado por el archivo que se hallaba tras el joven. Lydman, se aproximó y tomó gentilmente a Beryl por el brazo.

Ella se adelantó para salir de la habitación, volviendo la cabeza a un lado y a otro, como buscando alguna seguridad de Parrish o de Westervelt; pero sin mirar a los ojos de ninguno. Lydman la acompañó hasta el hall y le soltó el brazo. Beryl miró el corredor con incertidumbre, dirigiéndose hacia la oficina principal. Lydman anduvo un par de pasos tras ella, Westervelt oyó un carraspeo. Miró a Parrish y comprobó que había tenido también el aliento contenido. Entonces, con un mutuo consentimiento, siguieron a los otros hacia afuera, en el hall.

—Escucha, Willie —murmuró Parrish, observando la distancia de veinte pasos que ya mediaba entre ellos y los amplios hombros de Lydman—, tenemos que ver que ella no olvidará esto y tratará de marcharse. Si no quiere permitirme hablar con ella, tú tendrás que conseguir su atención.

—De acuerdo, lo intentaré —murmuró Westervelt—. Mira… yo quería realmente buscarle a él. Yo nunca quise significar que…

—Olvídalo.

—A mí no es nada que me importe, en absoluto. Debí cerrar la boca y marcharme, Dile a ella que lo siento, cuando tengas la oportunidad, ya que seguramente no querrá hablarme nunca más.

Pensó en solicitar de Smith permiso para cambiar de despacho, aunque después pensé si tendría algún despacho a que cambiarse.

—Seguramente que querrá —-dijo Parrish—. Ella es realmente una buena chica. No fue nada serio, después de todo. Nos cogiste por sorpresa, eso fue todo.

Beryl y Lydman doblaron el recodo del corredor, dejando que los dos que venían tras ellos, aprestasen el paso. Doblaron a su vez el recodo a tiempo de ver a Lydman entrar a través de las dobles puertas de la oficina principal.

—Ha sido una lástima que Lydman se acercase cuando ella deseaba marcharse. No ha debido comprenderlo —dijo Parrish.

—¿Quieres decir, que para Lydman, estábamos tratando de retenerla allí contra su voluntad? —preguntó Westervelt.

—Bien, lo hacíamos, supongo o al menos, yo lo hice. Lydman no parece pensar mucho más allá que eso, en tales situaciones. Si alguien es retenido contra su voluntad, ya es suficiente para Bob. ¿Sabías que Smith había depositado una fianza para él?

—¿Una fianza? —repitió Westervelt—. ¿Para qué?

—Le cogieron un par de veces, probando sus nuevos dispositivos alrededor de la prisión de la ciudad. Ya te lo contaré en otra ocasión.

Parrish se quedó silencioso al entrar en la oficina principal. Beryl parecía satisfecha de hablar con la primera persona que se tropezase, y fue con Pauline. Conforme llegaban Parrish y Westervelt, ella estaba ofreciéndose para relevar a Paulina en la cabina de comunicaciones por veinte minutos o así.

—¡Oh, no quería decir que vinieras tan pronto!

—protestaba Pauline—. Quise decir… cuando tuvieras oportunidad buenamente…

Miró a Lydman con curiosidad y después a los dos recién llegados.

—Debería usted salir de aquí realmente por un buen rato —advirtió Lydman, estudiando el reducido tamaño del emplazamiento de Pauline en la cabina de comunicaciones—. Descanse al menos por un cuarto de hora por lo menos, y deje su mente expandirse a gusto fuera de ese agujero.

—Bien, si a ti parece bien, Beryl…

—Yo estaré contenta con ser útil —dijo Beryl rápidamente.

Y sin perder tiempo efectuaron el relevo.

—Debería usted dejar la puerta abierta —dijo Lydman a Beryl—. Permaneciendo tan encerrada no tardará en sentirse enferma en poco tiempo.

—Gracias —repuso Beryl cortésmente.

Dejó la puerta abierta y tomó asiento tomando los auriculares de Pauline.

Westervelt salió de la oficina y vio a Smith en el umbral de la suya, frotándose la barbilla pensativamente. El joven imaginó que Simonetta le había señalado a él. Parrish se aclaró la garganta con una tos nerviosa.

—Bien —dijo finalmente—. Estaré en mi oficina, por si cualquiera me necesita.

Más bien que pasar demasiado cerca de Lydman, volvió al hall para usar la entrada exterior de su oficina. El veterano del espacio no pareció darse cuenta. A Westervelt le pareció molesto ir a través de la oficina de Parrish para llegar a la suya propia y entonces dio la vuelta alrededor de la cabina de comunicaciones, y tomó asiento en su despacho con un suspiro resignado. Se echó hacia atrás y miró a su alrededor para descubrir a Lydman que se había dirigido en busca de Smith y hablar con él unas palabras. Paulina miraba con curiosidad desde Westervelt a los dos hombres y entonces empezó a huronear entre un manojo de revistas que tenía junto a la mesa de la secretaria que le había relevado.

Tras unos cuantos minutos, Lydman se volvió y salió. Westervelt hizo un esfuerzo por oír sus pasos, pero el piso elástico le impedía conocer qué dirección había tomado el veterano del espacio.

Vio aproximarse a Smith y se dirigió a su encuentro.

—He cambiado de opinión —dijo el jefe—. Durante un rato, le dejaremos solo. Me ha dicho que estaba bosquejando un dispositivo especial y que necesita de paz y de quietud.

—¿Dijo que nosotros... estábamos hablando demasiado alto? —preguntó Westervelt, mirando más bien a la salida que a los ojos de Smith.

—No, sólo dijo eso —repuso Smith.

Tras unos momentos de silencio, Smith rogó a Simonetta que se llevara la máquina electrónica de escribir a su oficina y mencionó algo relativo a que esperaba una llamada telefónica para una información técnica. Westervelt le observó marcharse de la oficina principal y entonces, se dejó caer en su sillón, próximo a donde Pauline estaba descansando.

Beryl dio la vuelta en su silla giratoria.

—¡Pssst! ¡Pauline! —murmuró—. ¿Se han marchado?

—Se han ido todos, excepto Willie —repuso la chica.

Beryl cerró la puerta rápidamente. Los dos que

había en la oficina, la oyeron echar el cierre interior con un golpe

irritado.

—¿Qué le ocurre a Beryl? —preguntó Pauline.

—Nada —repuso sombríamente Westervelt—. ¿Por qué no tomas una siestecita o algo por el estilo?

—Me gustaría —repuso Pauline—. Son ya casi las siete y ¿quién sabe cuándo podremos salir de aquí?

—¡Cállate! —dijo Westervelt—. Quiero decir… uh… no nos traigas mala suerte hablando de eso. Échate una siesta y déjame pensar.

—¡Vaya con los pensadores de categoría! —repuso la joven—. Lo que voy a hacer es ir al cuarto de las señoras y darme una ducha… Ahora volveré…

XIV

Pauline volvió transcurrido un cuarto de hora, con su reluciente cutis juvenil resplandeciente y sus cabellos, rubio-ceniza, nuevamente arreglados. Dirigió una mirada a través de la ventanilla de servicio de la cabina, fijándose en Beryl, que en aquel momento estaba nerviosamente intentando una llamada exterior.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Westervelt.

—El señor Smith ha llamado a dos ingenieros amigos suyos —le repuso Simonetta que en aquel momento salía de la oficina del jefe con una cinta de la máquina electrónica para transcribir.

Westervelt creyó interesante haber dicho mejor que se debería haber llamado a un psiquiatra; pero desistió de hacerlo.

Pasó revista mentalmente a las cosas sucedidas en aquel día y recordó que había telefoneado a casa y avisado que tomaría un reactor para Londres en la mañana. Había encontrado el laboratorio que había fabricado el modelo de luz en que Smith estaba interesado y había vuelto, sin tiempo para almorzar.

«Hubiera sido mejor que hubiera perdido el reactor de regreso —pensó Westervelt amargamente—. No sabe uno como hacer las cosas mejor. ¿Por qué se me ocurriría entrar allí? Pude haber tenido el buen sentido de mirar primero en la oficina de Bob».

Viendo a Pauline refrescada y pimpante, charlando animadamente ahora con Simonetta, se le ocurrió que lo mejor era que él hiciera lo propio. Aquella idea, tras una corta reflexión, le pareció la más atractiva. Se levantó y pasó cerca de la cabina. Beryl estaba demasiado ocupada en el cuadro de mandos para verle. Hizo su camino tranquilamente hacia el servicio, que encontró vacío completamente. Casi se sentía más tranquilo de no ver a nadie.

A un lado de la habitación, había una puerta que conducía a una ducha. Los servicios del Departamento 99, eran al menos tan modernos y confortables como los de cualquier oficina de actualidad en aquel tiempo. Westervelt se introdujo en la ducha equipada con todos los adelantos modernos, graduó la temperatura del agua y se duchó confortablemente, relajando así sus músculos y su malestar interior. Se arregló a su gusto se peinó y salió después sin prisa, a lo largo del corredor del Departamento.

Mientras caminaba sin prisa en dirección a la oficina principal, vio a Beryl salir. Se irguió inmediatamente y ella le miró un tanto enigmáticamente. Westervelt miró sobre su hombro para comprobar que se encontraba solo y corrió tras ella.

—Oye, Beryl, por favor… —la llamó—. Quería decirte… que eso… sobre lo ocurrido antes…

Beryl dobló el recodo y continuó andando.

—¡Espera un segundo! —le gritó Westervelt.

Trató de emparejarse a su lado; pero era una chica de buen paso. Vaciló en asirla por el brazo.

—Toma nota, por favor, Willie —le dijo ella fríamente—. La luz está encendida aquí dentro y estoy completamente sola.

«Por fin ha hablado» —se dijo Westervelt.

—He venido aquí para disfrutar de un poco de descanso y quietud —le informó ella—. Espero que no intentes aprender a leer a esta hora de la noche.

—Oh, vamos —protestó él—. Sólo fue un accidente. ¿Podría hacer algo para hacerte olvidar eso?

—Por la forma en que actúas, me temo que no —admitió Beryl juiciosamente—. ¿Por qué no te vas a ver si presencias otro accidente cualquiera?

—Estaba tratando de decirte que lo siento mucho —dijo Westervelt, sintiendo como enrojecía en todas sus facciones—. No sé cómo tengo que presentarte mis excusas, de todas formas. No era yo el que estaba allí, mirando en la obscuridad.

Beryl le miró, de la misma forma que habría mirado a un mizariano preguntando dónde podría volver a cargar su tanque de cloro para respirar.

—¿Es ese el relato que vas contando por todas partes? —preguntó glacialmente.

—Yo no he dicho… —Y Westervelt comprobó que estaba casi gritando, y bajó la voz de tono—. Yo no estoy contando ninguna historia a nadie. Nadie sabe nada de esto, excepto tú, yo y Pete. Bob no pudo haber visto nada.

Beryl se encogió de hombros con un leve y desdeñoso gesto. Westervelt se preguntó a sí mismo, por qué habría discurrido con semejantes argumentos sobre el asunto, desde que era obvio que estaba poniendo las cosas cada vez peor, con cada palabra que pronunciaba.

—No comprendo por qué tienes que ponerte tan apesadumbrada por eso —dijo—. Incluso Pete, me dijo que debería olvidarlo.

—¡Ah, vaya! ¡Los dos habéis estado hablando de lo mismo! —le acusó Beryl—. ¡Bonita reunión! ¿Os ponéis de acuerdo también, sobre todo lo demás?

Westervelt puso hacia arriba las manos, con gesto desarmado.

—No pareces pensar otra cosa, excepto en el hecho de que se supiera que estabas allí con él —replicó Westervelt—. Si él es tan aceptable ¿por qué yo soy en cambio, una calamidad? Nadie ha dejado esta oficina por causa mía, que yo recuerde.

—Eso podría ocurrir todavía —repuso Beryl.

—¡Al diablo! ¡Lo que pasa es que necesitas un... un...!

La cogió por los hombros y la apretó contra su. cuerpo. Deslizando su brazo izquierdo por la espalda de la chica y mientras ella trataba de darle un puntapié en la espinilla, la besó. Pero el resultado fue estropeado totalmente en el instante crucial, al apartar Beryl la cara de la suya. Westervelt se echó hacia atrás.

La próxima cosa que vio, fue un universo de luces explotar ante su ojo derecho. No se había dada cuenta de la forma en que Beryl le disparó un puñetazo, como una fiera rebelde. De lo único que pudo apercibirse, es de que se tambaleó hacia atrás, con un agudo dolor en el ojo que le trastornó hasta el cerebro. A pesar de su feminidad, la mano de Beryl, también sabía golpear certeramente. Beryl, se. adentró en la biblioteca, sin pérdida de tiempo.

—No me gusta saber que nadie está olfateando a mi alrededor —dijo la chica—. Quizá eso te lo recuerde con claridad y se meta en tu pequeña mente.

Y le cerró la puerta con un estampido a tres pulgadas de su nariz. Westervelt, levantó una mana para abrirla; pero cambió de idea, sintiendo un agudo dolor en el ojo, que le producía un atontamiento casi general.

Comprobando que podía ver, después de todo, permaneció unos instantes, deambulando de un lado a otro a lo largo del corredor, sintiéndose culpable.

Se palpó el ojo con cuidado y comprobó que la sensación dolorosa provenía de un cardenal producido en la piel por el puñetazo, más bien que en el propio globo ocular. Se dirigió hacia el lavabo de prisa, antes de que llegara nadie. Espiando a través de la puerta abierta, descubrió que los lavabos estaban desiertos. Se miró al espejo y descubrió que el ojo tenía alrededor evidentes signos de hinchazón coloreada. La ceja estaba perfectamente; pero el globo ocular estaba un poco ensangrentado y le lloraba a todo llorar. Bajo él, la piel, en la mejilla estaba enrojecida y entumecida.

—¡Santo Dios! —exclamó Westervelt—. Mañana estará azulado. Probablemente rojo y después verde, y se llevará al menos dos días de esa forma...

Dejó correr el agua fría en el lavabo y se estuvo poniendo en

cantidad con los huecos de las manos, en el ojo dañado. Cuando aquello no le pareció suficientemente efectivo, tomó una toalla de papel que mojó en agua fría y se la puso como una compresa, hasta sentir escalofríos.

—¿Estaré haciéndolo bien? —se imaginó—. No me acuerdo ahora si es frío o caliente lo que hay que usar.

Tras un buen rato, volvió a examinarse el ojo de nuevo. El lagrimeo había cesado; pero lo seguía teniendo enrojecido e hinchado. Se secó la cara y volvió al corredor, parpadeando constantemente.

«La sala de comunicaciones está sumida en la obscuridad» —pensó como un buen refugio.

Se dirigió hacia la puerta del laboratorio que abrió con lentitud. La habitación estaba vacía y sumida en la obscuridad. Westervelt se juró en aquella ocasión que si se encontraba con alguien, le rompería las narices. Se encontró remiso a encender la luz, para poder desenvolverse entre aquel revoltijo de bancos de pruebas, mesas, aparatos y toda clase de utensilios. Anduvo a tientas materialmente y en silencio y había recorrido la mitad de la distancia que le llevaría a través de la puerta de comunicación, con la sala de comunicaciones, cuando sintió en el rostro una fresca brisa. Al principio se imaginó que sería el difusor de una instalación de aire acondicionado; pero la brisa soplaba con cierta fuerza, más bien horizontalmente. Alguno tendría que haber abierto una ventana, sin duda, o quizás haberla roto al probar cualquier instrumento peligroso. Alcanzó la pared de enfrente, desde donde tenía que continuar a lo largo, para llegar hasta la puerta de acceso a la sala de comunicaciones. Una vez se halló a través de la puerta; se sintió mejor a causa de la luz difusa que reinaba en el interior, alrededor del equipo de transmisiones. Llegó poco a poco a la vista de Rosenkrantz, sentándose ante la pantalla.

—¡Hola, Joe! —saludó al operador.

El otro dio un respingo un tanto sorprendido, mirando a su alrededor.

—Soy Willie… —dijo Westervelt—. He venido por la otra entrada.

Se encontró muy complacido de hallarse allí con Rosenkrantz en una habitación casi sumida en la obscuridad, como tenían por costumbre los hombres de la TV interespacial. Joe se quedó mirando fijamente por un momento a Willie, y Westervelt temió que la visión del otro estuviese demasiado bien ajustada a la luz ambiente.

—No creí que nadie conociera este camino, excepto Lydman, que a veces acostumbra usarlo.

—Lo hice para ahorrar camino —repuso Willie.

Se sentó en una silla desocupada y le preguntó a Joe si había algo de nuevo.

Rosenkrantz le repuso que había tenido varias comunicaciones de los planetas próximos a Tridente, preguntando a los hombres de la D.R.I. estacionados en ellos, el abastecerse de espacionaves para su uso eventual o bien ir sobre Harris a base de utilizar el necesario equipo submarino para acudir en su busca. Ofreció a Westervelt las cintas del tráfico en las comunicaciones para que las examinase.

—Esa es una buena idea —opinó el joven—. Aunque no pueda tener un éxito definitivo, parece un esfuerzo interesante.

—Sí —convino el operador—. Apuesto diez contra uno a que no podrán sacar a Harris de donde está.

Westervelt examinó las cintas con los mensajes cruzados.

—Le dije a Smith que debería ofrecerse un canje por Harris. Creo que sería la solución más interesante. Pensando en ese asunto, no me importaría ir yo mismo.

—¿Y por qué tendrías que hacerlo? —preguntó Rosenkrantz.

Westervelt se dio cuenta de que se había dejado ir demasiado lejos.

—Oh... sólo por la oportunidad de ver aquello —repuso—. Nadie antes ha tenido la oportunidad de ver de cerca a los tridentianos. Y quién sabe si así pueden nombrarme embajador interestelar.

—Quizá Harris desee ese cargo para él. No hay duda de que fue allí buscándolo.

El teléfono zumbó y Joe repuso;

—Es para ti.

Westervelt se aproximó a la pantalla. Era Smith.

—Pensé que habrías encontrado una salida, Willie. ¿Qué conseguiste?

Westervelt le explicó que estaba buscando en las. cintas de las llamadas de los tridentianos, para familiarizarse con el ambiente.

—Me figuré que tendría tiempo suficiente... —Y se detuvo al ver a Rosenkrantz inclinarse hacia el foco de la pantalla del equipo de la televisión interestelar—. Joe, está recibiendo algo en este momento. Le avisaré si tiene algo que ver con Tridente.

—¡Departamento 99, Tierra! —repetía el operador lejano, al volverse Westervelt desde el teléfono.

En la pantalla parecía desarrollarse una acción agitada. Se veían hombres, correr en varias direcciones en lo que parecía ser un gran hall con una impresionante escalera.

—¡Yolen! —exclamó Rosenkrantz sobre el hombro—. ¡Di a Smith que venga!

—¡Señor Smith! —dijo Westervelt, volviéndose hacia la pequeña pantalla del televisófono—. Joe dice que se está recibiendo una transmisión de Yolen. Quizá le gustaría verla por sí mismo. Parece que ocurre algo anormal…

—¡Ahora mismo voy! —gritó Smith y el teléfono calló, apagándose la pantalla.

Westervelt se fijó en la gran pantalla de la televisión interestelar, para darse cuenta de que la mayor parte de las figuras que se veían correr de un. lado a otro, se habían ocultado. Una voz gritaba… del operador lejano.

•—«…destrozado, por eso tengo que usar las lentes de la cámara emplazada cerca de la Embajada, ¡Está tiroteando todo el lugar!»

—Estoy registrando la comunicación y espero que venga aquí inmediatamente alguien del Departamento —respondía Joe Rosenkrantz—. Mejor es que me digas lo sucedido, de todas formas.

«Yolen —pensó Westervelt—, eso tendría que ser… vamos a ver… Gerson, el caso de rapto. ¿Quieren decir que Gerson les está tiroteando?».

—«…y después de dejarme este revoltijo en la sala de comunicaciones, se dirigió a la escalera —decía la voz del operador invisible—. Parece que quiere tratar por todos los medios de escapar de la Embajada. No sabemos por qué, y los chicos parecen haberlo detenido sin gran esfuerzo.

—¿Se encontraba bien? —preguntó Joe, poniendo un oído hacia la puerta.

—Parecía bastante enfermo, como si estuviera desnutrido de bastante tiempo y llevaba una muñeca rota. Lo llevaron al médico sin dificultad. Pero el Jefe llegó para ver cómo estaba y encontró al doctor como muerto en el suelo. Alguien, finalmente, le ha conducido a la oficina militar.

—¿Qué quería allí? —preguntó Rosenkrantz.

—No lo sabemos todavía. Nos ha dejado un cadáver que no responde a ninguna pregunta.

XV

En el edificio en que los dos terrestres habían conducido a Gerson, éste se había acurrucado tras la adornada balaustrada, que bordeaba el entresuelo. Se encontraba cerca del arranque de la escalera y confiaba aproximarse mucho más. Una mirada dirigida tras él, le mostró que no aparecía en el hall, ninguna cabeza imprudente a la vista. Estudió las secciones en que estaba dividido el hall que tenía bajo él que podía ver a través de la baranda y de sus aberturas. Hacía unos momentos, existía allí una gran confusión, y ahora dudaba en mostrarse abiertamente.

Se hallaba armado con lo que había podido en aquella ocasión: una pistola de reacción de manufactura yolenita, sin duda adquirida como un recuerdo y un afilado cuchillo que evidentemente habría tomado de cualquier bandeja en una habitación de las que habría buscado, al efecto. A causa, de su herida, el cuchillo lo llevaba cogido entre los dientes. Algo debió haber turbado sus propósitos. Llevaba un manojo de papeles metidos en el bolsillo de la camisa, y sostenía la pistola en una mano, teniendo la otra herida. La única forma, pues, de llevar también el cuchillo, era sostenerlo entre dientes. Se comprendía que no disponía de tiempo para ponderar sus acciones, los terrestres le tenían acorralado.

Desde que había sido llevado a aquel edificio, se había encontrado con el médico, al que había dejado fuera de combate. Entonces se había dirigido en busca de documentos secretos y entonces había sido descubierto. Por entonces ya se había armado con la pistola de reacción. Había matado a aquel terrestre; pero otros habían llegado corriendo. Algo le había impelido a saltar a tiros el equipo de comunicaciones, aunque el operador terrestre había escapado. Se encontraba en algún lugar detrás de Gerson, tras una de las muchas puertas que daban a aquel enorme y brillante corredor. Creyó haber visto a uno zambullirse en el umbral que se extendía ante él, a lo largo del hall en la parte opuesta del entresuelo. Pero existía, con todo, otro terrestre escondido tras la balaustrada opuesta y Gerson trataba de imaginarse si estaría armado.

Trató de revisar las posiciones probables de aquellos que estaban en el piso principal. Uno había salido corriendo definitivamente fuera de la puerta frontal, que daba fachada al fondo de la amplia escalera, unos treinta pies más allá. Allí existía una antecámara sencilla; pero Gerson le había visto mientras cruzaba por ella. De los demás, uno se había sumergido dentro de una cámara que había frente del hall

principal, hacia la izquierda de Gerson, bajando la escalera: otro, había reculado hacia atrás bajo la cobertura de la escalera por el mismo sitio, y los otros cuatro se hallaban al acecho en algún punto de su derecha, bien detrás de la escalera o en las salas próximas.

Se acercó más a la balaustrada en un esfuerzo para ver algo más. En el acto, su miembro herido tomó contacto con la barrera de la balaustrada y tuvo que hacer una mueca de dolor. La droga que el médico terrestre le había inyectado, le estaba debilitando. Al oír un ligero ruido en sus proximidades, Gerson trató de aproximarse unos diez pies más, hasta encontrarse junto a la cabeza de la escalera. Procuró permanecer en silencio y escuchar.

En algún sitio, bajo él, dos miembros de la embajada estaban hablando cautelosamente. Podía ser una buena ocasión para cogerles desprevenidos. Se levantó y puso un pie en la escalera. Una voz, que sonaba artificialmente alta, gritó en una o dos de las habitaciones bajas, produciendo un ligero eco, haciendo imposible para Gerson, el poder determinar su dirección exacta. El terrestre que se había zambullido en la habitación de la izquierda, apareció mostrando un arma de cierta especie. Gerson, disparó en aquella dirección. El delgado proyectil de la largura y espesor de dos de sus dedos pulgares, dejó una traza humeante por encima de la baranda de la escalera y perforó un gran agujero en el muro junto a la entrada donde aquel individuo había permanecido un momento antes.

De alguna forma, aquel individuo se había echado atrás a tiempo de evitar el disparo y las salpicaduras de la metralla.

Gerson, se arrodilló nuevamente detrás de la balaustrada, sacudido por la sensación de nuevos dolores físicos de su miembro herido. Descansó unos instantes y sintió la mojadura de algo que le caía por el lado izquierdo. Algún objeto pequeño le había rozado la carne, y comprobó que sin duda, debió ser un sólido perdigón proyectado por el arma del terrestre, a quien había disparado antes.

Sabía que los terrestres disponían de armas mucho más peligrosas que aquella, pero confió en que no las emplearan, allí en su propio edificio. La pistola que debió usarse contra él, sería sin duda una de antiguo modelo, utilizada para tiro al blanco. Recordó haber manejado una parecida, en el pasado, el pasado.

Trató de rebuscar en su memoria, entre los recuerdos pasados, apretando los dientes con un sobrehumano esfuerzo; pero las fuerzas le faltaban. Toda su memoria parecía, haberle fallado por entero. De lo único que estaba seguro, era que debería marchar de allí, por el medio que fuera, llevando aquellos documentos. Volvió a comprobar

el hall de arriba, nuevamente, delante y detrás. Miró a través del espacio abierto que mediaba entre el terrestre escondido, como él mismo, detrás de la balaustrada; pero no pudo encontrarlo. Consideró si valía la pena disparar nuevamente al azar. Si fallaba, al menos podría asustar a aquel tipo.

La voz potente que sonaba con sonido mecánico,, restalló nuevamente desde la parte de abajo:

—¡Gerson! —llamó—. ¡Gerson, tira el arma que llevas y pon las manos en alto! Podemos ver donde te encuentras. Queremos ayudarte.

Gerson no mostró la menor reacción, Analizando la advertencia que repetía el altavoz, podía recordar que uno de los terrestres le había disparado. No es que estuviera seriamente herido, era cierto, pero aquello en nada se parecía a un deseo de socorrerle.

O bien la voz mentía, o bien es que no tenían control sobre el individuo que le había disparado y herido. No les reprochó por la presumible añagaza, ya que no le había sorprendido. Hubiera sido preferible matar al hombre que había disparado sobre él; pero debía sostener por encima de todo, que su tarea fundamental, consistía en abandonar aquel edificio, costara lo que costase.

—¡Gerson!—llamó nuevamente aquella voz mecánica—. ¡Sabemos que estás herido! Estás enfermo y debilitado. Te rogamos que tires las armas y nos permitas ayudarnos...

Gerson, trató de imaginarse lo que querría expresar aquella voz con la palabra «enfermo».

Era posible que alguno le hubiera visto herido por el último disparo. O quizá se refiriera a su miembro en mal estado. La sangre que le había caído por la cara en el corredor, le habían arrojado a la cara un objeto de cerámica y Gerson no había acertado en levantar su brazo herido para impedirlo a tiempo. Toda la parte de la cara la tenía herida y tumefacta, aunque la piel de las mejillas había ya dejado de sangrarle. La voz, debería referirse a la última herida recibida, cuando se refería a que se hallaba «enfermo». Aquella debía ser la voz del terrestre a quien había disparado, o la de otro que se encontraba en la habitación, con él.

Volvió a mirar con cuidado entre los balaustres, y esta vez notó un pequeño movimiento, una débil sombra, a través del paso. Instantáneamente se puso en pie y disparó nuevamente hacia aquel lugar. El disparo se estrelló contra la parte alta del sitio de la puntería. Al saltar el balaustre por la fuerza de la explosión, saltando trozos en todas direcciones, Gerson comenzó a bajar la escalera.

Unos gritos surgieron de la parte baja. Echó una, pierna sobre la

baranda y se dejó resbalar por ella. La pistola reactora moviéndose de un lado a otro al extremo de su brazo izquierdo, le ayudó a conservar el equilibrio. Alcanzó el rellano de la escalera. El individuo a quien había disparado, reapareció en el mismo umbral de la entrada. Gerson rodó sobre la izquierda, sintió chocar ambos pies sobre el rellano y disparó otro proyectil. Era demasiado tarde, el terrestre no había tenido intención de responderle. Era una treta para distraerle.

—¡GERSON! —rugió la voz mecánica.

—¡Gerson! ¡Gerson! —llamaron otras voces.

Aquellas llamadas, venían desde diversas direcciones, y se encontraba incapaz de comprender su procedencia. Buscó un punto cerca de la parte de atrás del final de la escalera, saltando tres escalones de cada vez, cuando un grito enorme dirigió su atención hacia la entrada a su derecha. El terrestre apareció allí ostensiblemente. Sin pérdida de tiempo, levantó la mano izquierda y disparó nuevamente otro proyectil. Durante una fracción de segundo, vio echarse a un lado una figura antes de que el humo y el polvo de la explosión le dijeran que había dado con el disparo en el borde de la pared del umbral. Pero creyó que había alcanzado al terrestre, dirigiéndose entonces rápidamente hacia el umbral.

Allí, vio aparecer nuevamente la figura del terrestre y entonces, con una rapidez animal, le disparó por dos veces consecutivas.

La figura cayó esta vez desplomada y le pareció ver que le había saltado la cabeza de los disparos. Aquello debió hacerlo con el primer tiro. Pero le había costado tres proyectiles sobre el mismo objetivo. Y entonces el lazo de cuerda cayó sobre él, comprendiendo entonces por qué había sido atraído en aquella dirección. Trató de hacer uso de la pistola todavía sobre los tres terrestres que corrían hacia él desde la parte trasera del umbral. El cuarto, al extremo de la cuerda que le habían arrojado, lo tiraba al suelo haciéndole perder el equilibrio. Cayó desplomado sobre el miembro herido, dejando escapar un quejido agónico al impacto. Uno de ellos, de un puntapié le desarmó y la pistola se le escapó de las manos, corriendo a gran distancia por el suelo abrillantado del piso. Desarmado, todavía pudo alcanzar de un puntapié a uno que le había a su vez pateado en la cabeza.

Dos de los terrestres, trataban de sostenerle contra el suelo. Echó mano al cuchillo que sostenía entre los dientes, tomándolo con la mano izquierda y apuñalando furiosamente al terrestre más próximo en la muñeca. El terrestre le soltó y trató de echar la zancadilla al otro, a quien tiró al suelo, tratando de apoyar una rodilla sobre el cuerpo del caído. Entonces varios terrestres se le aproximaren desde

todas las direcciones.

Uno de ellos lucía, un gran vendaje blanco sobre la cabeza. Creyó reconocer en él, al médico de servicio a quien había considerado muerto. Aquel hombre llevaba en la mano una jeringa hipodérmica. Un terror irracional surgió en Gerson. Sabía que necesitaba evitar, a toda costa, aquella aguja. Se retorció para apuñalar a los que se le echaban encima desde atrás. El más próximo hurtó el cuerpo cautamente.

—¡Tira ese cuchillo, Gerson! —dijo—. ¡No queremos herirte, hombre! ¡Vamos, estás medio muerto en pie!

—¿Qué ocurre? —preguntó otro, más calmosamente—. Podemos ver que no estás normal. ¿Qué es lo que te hicieron esos bastardos?

Gerson miró de un lado a otro, viéndolos próximos, pero incapaz de encontrar un lugar donde atacar.

—¡Escúcheme un momento! —decía el médico—. ¡Gerson, hábleme! ¡Diga algo! ¡Cualquiera que sea su apuro, nosotros queremos ayudarle...!

Era su última oportunidad.

Gerson, dio un paso vacilante y con cuidado hacia él y otro después. Sostuvo a la vista su miembro herido.

—Sí, tiene la muñeca rota —dijo el terrestre—. Iba a curársela, recuerde. Ahora, quédese quieto, y nosotros nos cuidaremos de...

Se fijó en los ojos de Gerson y saltó hacia atrás oportunamente.

El cuchillo describió un arco en dirección suya, que le habría destripado de arriba a abajo. Gerson se echó más hacia adelante y acuchilló en el brazo a otro que tenía a su izquierda. El herido dejó escapar una maldición.

—¡Atadlo! —restalló uno de ellos.

—¡Con cuidado! Está ya bastante mal herido —dijo otro con precaución.

Gerson deseó hacer una treta, echando el peso de su cuerpo en dirección contraria; pero sus piernas se negaron a obedecerle: No cayó al suelo, porque uno de los hombres que le rodeaban le sostuvo desde la parte de atrás. Alguien le cerró una garra sobre el antebrazo izquierdo. Un momento más tarde se lo retorcía y el cuchillo se escapaba de su mano cayendo al suelo. Luchó sin resultado alguno, entonces embistió con la cabeza a uno de ellos. El atacado reculó con la nariz sangrando en abundancia. A despecho de las advertencias, lanzó el puño con todas sus fuerzas contra la sien de Gerson.

—¡Amarradlo, maldita sea! —restalló otro—. Con esa cuerda, ¿Es que queréis matarlo? ¡Sujetadlo fuertemente!

—Creo que se está debilitando por momentos —dijo otro—. Fijarse, parece que está jugando a la gallina ciega...

Las palabras parecían venir desde muy lejos para Gerson. Sintió como le amarraban los tobillos uno contra otro. Vacilaron en cuanto a las manos, ya que una la tenía mal herida. Uno sugirió que se le amarrara a la baranda; pero concluyeron con que no podría correr y ningún daño podría hacer más. Gerson sentía como si un gran peso le tuviera aplastado contra el suelo. Apenas si podía respirar.

Le sacaron los papeles del bolsillo, según pudo darse cuenta. Uno de ellos, los pasó a un terrestre vestido en obscuro uniforme, que empezó a hojearlos con aire preocupado.

Un terrestre entró irrumpiendo por la puerta principal.

—¿Le habéis dominado al fin? —preguntó el recién llegado—. Ese helicóptero todavía sigue flotando en el aire por estas inmediaciones. Hace que le vengo observando una media hora. Tan seguro como el infierno, es que están esperando algo.

—¿Y no habrá ninguna otra cosa en los alrededores que pueda interesarles? —dijo una voz profunda—. Bien, Me Lean ¿qué le hizo permitirle que metiera las manos en su archivo secreto?

Gerson comenzó a arrastrarse poco a poco en el suelo, sin que lo advirtieran sus captores. Se hallaban ahora discutiendo y volviéndole la espalda de nuevo sin hacerle mucho caso, pero la discusión acerca de los documentos se interrumpió, al inclinarse el médico sobre Gerson y cortarle la camisa alrededor de la herida del costado. Los que le rodeaban, hicieron comentarios en un cuchicheo constante, que apenas llegaba a oídos de Gerson. Se había dado cuenta, de que uno de los terrestres había plantado un pie entre sus piernas atadas por encima de la cuerda, lo cual tenía sujeto y anclado en el sitio al prisionero.

—Parece, que además, tiene una costilla rota —dijo el terrestre examinándolo—. ¿Creen que debemos llevarlo arriba?

—Yo no soy médico —repuso el de la voz profunda—. Pero me parece que no habrá tiempo suficiente para hacerlo.

La voz se hizo más próxima, mientras la visión, en los ojos de Gerson, se hacía más borrosa.

—Dime, muchacho ¿qué ha sido lo ocurrido? ¿Qué fue lo que te hicieron?

—¡Gerson! —gritó el hombre vestido con el obscuro uniforme—. ¿Sabías dónde estuviste después de haber, tomado esos papeles?

La visión era ya para Gerson, una mancha borrosa y obscura y le parecía que el peso que sentía sobre el pecho, iba incrementándose.

Tenía los labios secos. Pensó en la delicia de haber tenido a la mano un poco de agua; pero no encontró las palabras adecuadas para preguntar. El de la voz profunda, hacía una pregunta a otro de los terrestres.

—No, señor —contestó este último—. Nada importante en absoluto. Solamente, unas cuantas viejas listas de embarque, un informe sobre los movimientos planetarios de este sistema, que nadie consiguió nunca establecer exactamente y un artículo sobre la forma de aprender abreviadamente, el lenguaje yolenita. Creo que todas esas cosas estaban encima de mi mesa.

—¿Y por qué las tomaría? —preguntó otro.

—Maldito si lo sé. Vosotros habéis conseguido asustarme de muerte. Por lo que habéis dicho, parecía que había puesto la mano sobre las cosas de más alto secreto y cogido el código ultrasecreto de la Embajada...

—¡Simmons! —gritó la voz profunda—. ¿Has tomado buena nota de esto? ¿Estás haciendo un expediente para la Tierra? Oh, espero que sea una cosa para no hacer publicidad de ella por la Galaxia...

La voz mecánica atronó al fondo. Gerson no le prestaba atención. Sintió como las manos del doctor manipulaban con las inyecciones y oyó cómo el médico soltaba un juramento. Quienquiera que fuera el que le sujetaba el brazo izquierdo, estaba destrozándole la mano. El sabor del fracaso, le supo a hiel en la boca.

—Esto es lo que debieron haber empezado a ponerle —dijo el médico—. Al final, pusieron en su mente, un horrible retorcimiento de ideas... ¡pobre hombre!

—Ya le dije que ellos trataban de conseguir algo —dijo la obscura sombra—. Esos bastardos tienen grandes ideas; pero no nos cogerán echando la siesta con más espías, estén condicionados o no. Ahora, puede que lean mis informes sobre la Tierra.

Gerson, abrió la boca para respirar mejor. Rodó la cabeza de un lado a otro sobre el duro suelo. En algún lugar de su íntimo ser, una vocecita silenciosa gritaba asustada. Había fracasado, y ya no habría otra oportunidad.

Aquella voz interior, quiso escapar del terror, riendo. No le habían permitido recordar cómo leer.

Y así murió, aquel hombretón, veterano terrestre, yaciendo sobre las losas frías, haciendo gestos débiles a los hombres que se cernían sobre él y que habían contribuido a su muerte.

XVI

En la sala de comunicaciones del Departamento 99, Westervelt podía darse cuenta de la gente que se hallaba a su alrededor, por el ruido de la respiración y el susurro de sus conversaciones. Alguien se apoyaba en su hombro; pero se resistía a llamar la atención, haciendo ningún movimiento.

Sonidos estáticos y el repiqueteo de diversos mecanismos en la. habitación, hicieron la transmisión inaudible. Mirando a un lado y a otro, pudo comprobar que allí se hallaba presente todo el personal del Departamento, durante la transmisión desde Yolen. Tras él se hallaban dos personas, a juzgar por la respiración y la presión en sus hombros. Tan intensa había sido la excitación de lo ocurrido, que sólo se había dado cuenta de la llegada de Smith.

Veía mejor a su lado izquierdo, que al derecho, Westervelt había situado su silla tras la mesa del operador y Smith se había puesto al final de la mesa, tras el operador. Junto al jefe, estaba Simonetta con Beryl, tras ella. Parrish se encontraba a la izquierda de Westervelt y Lydman y Pauline, tras Parrish.

El tipo de anchos hombros que aparecía en la pantalla se dirigió hacia la escalera y miró rectamente hacia los espectadores.

—¿Está todavía transmitiéndose hacia Tierra, Simmons? —preguntó.

Era un individuo de negros cabellos ondulados, que aparecía como el menos desgreñado de cuantos había sobre Gerson. Se sacó un pañuelo con el que se secó el sudor que debía correrle por la frente.

—Sí, señor —respondió la voz del operador distante—. Está usted mirando en derecho hacia el circuito cerrado. Conecté el sonido con Tierra al sistema de altavoces y puede usted hablar con ellos, si lo desea.

Westervelt miró hacia los demás individuos de la Embajada de Yolen. Varios de ellos, sufrían heridas de menos importancia. Todos ellos mostraban la expresión de la tragedia ocurrida.

Uno de los hombres en mangas de camisa, permanecía en pie con el hombro apoyado contra la base de la escalera y tenía 1a cabeza echada hacia atrás, tratando de cortar la abundante hemorragia de la nariz. Otro, con la espalda vuelta a la cámara de televisión, estaba arrodillado junto al cuerpo de Gerson. Y un par más, con aire desamparado, estaban encendiendo sendos cigarrillos.

—Supongo que habrán ustedes visto el fin de todo esto —dijo el hombre-de la escalera.

Smith se aclaró la garganta y se adelantó sobre el hombro de Rosenkrantz.

—Lo vimos —respondió—. Yo... ¿hay alguna duda sobre este muerto?

El hombre de la escalera miró hacia el grupo que se hallaba alrededor del cuerpo de Gerson. El doctor sacudió su cabeza llena de vendajes sombríamente.

El corazón le ha fallado al final —respondió—. Estaba literalmente exhausto debido a un especial estado de depauperación y de falta de energías.

El hombretón de los anchos hombros se volvió de espaldas al proyector.

—Ya lo han oído. Hicimos cuanto pudimos. Yo soy Delaney, a propósito, de servicio aquí.

Smith se identificó a sí mismo y estuvo de acuerdo en que Gerson se había mostrado incontrolable.

—¿Cree usted que podrían descubrir lo que hicieron? —preguntó Smith—. He llegado a la conclusión de que ustedes no pudieron conseguir nada de él desde que lo recogieron. ¿Fue todo de acuerdo con el plan?

—Oh, sí, desde luego —afirmó Delaney—. Conseguimos hacerle llegar el soplete minúsculo que le enviamos, de acuerdo con el plan ideado por usted. Pareció haberlo usado; pero ahora estoy imaginando si ellos le permitieron salir exprofeso.

—Quizá haya ocurrido así —dijo Smith preocupado y con aire sombrío—. Me temo que no hayamos estado muy brillantes en esta ocasión. Parece que hemos subestimado equivocadamente a los yolenitas. No tenemos disponible mucha información- sobre ellos, aquí.

—No aquí tampoco a decir verdad —dijo Delaney—. Lo cual me recuerda, que nuestro capitán Mac Lean había estado ejerciendo bastante presión sobre la D.R.I. acerca del particular. ¿Podría usted; repetir su informe y enviarles una copia? Eso nos ahorraría otra transmisión y al propio tiempo usted podría añadir sus propios comentarios y sugerencias sobre el caso.

Smith le prometió hacerlo. Igualmente le prometió enviar una copia a la Fuerza del Espacio.

Y no habiendo otra cosa más que discutir, la escena de la pantalla se desvaneció y el lejano operador habló a Rosenkrantz sólo por sonido, referente a cosas del servicio. Después, se acabó la transmisión.

Westervelt, sintiendo que la presión sobre su hombro había desaparecido, miró a su alrededor. Lydman tenía su brazo alrededor de la nerviosa Pauline. La expresión del veterano del espacio, era impasible; pero la dureza de la expresión de sus ojos, hizo estremecerse al joven. Por un instante, le pareció que tenía un parecido enorme con el hombre rodando escaleras abajo allá en Yolen, dejando trazas de humo y explosiones en el aire.

«¡Eso es una locura!» —se dijo para sí en el próximo instante y el parecido momentáneo dejó de existir como tal.

Miró a todos los demás que había en la sala de comunicaciones. Todos miraban aún a la pantalla o al suelo, y todos parecían sobrecogidos por la lejana tragedia del planeta Yolen. Westervelt se sorprendió de ver a Beryl que lloraba como una criatura asustada. Se limpió las lágrimas con los dedos. Con vacilación al principio, Westervelt se apresuró a tomar un pañuelo suyo y ofrecérselo a la chica, Beryl se secó las lágrimas y miró al pañuelo sin levantar los ojos y murmuró:

—Lo siento Willie. Creo que he manchado el pañuelo con el maquillaje.

Smith se sintió preocupado al ver llorar a Beryl. Le murmuró algo con acento de emoción en la voz. Y como para descargar su tensión interna, dio un puntapié a la mesa más próxima.

Rosenkrantz giró en su silla, esperando por si habían de hacerse nuevas llamadas interestelares. Smith dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Hará usted unos registros y copias cuando tenga tiempo, eh, Joe?

—Claro que sí, señor.

—Bien —dijo Lydman—. Otro que se ha perdido. Mañana abriremos un expediente sobre Yolen, como había sugerido Parrish.

—Sí, creo que nos dará más de una preocupación —respondió este último.

Lydman dejó escapar un gruñido.

—¡Ya les daré yo preocupaciones la próxima vez! —amenazó el veterano del espacio—. Esta clase de abatimiento, ha terminado con nuestro humor por esta noche. No sé qué tal se sentirá el resto de ustedes; pero en este momento, no me siento en modo alguno como un hombre inteligente.

Smith interrumpió bruscamente.

—Ahora... ahora... ¡esperen un momento! —dijo excitadamente—. Quiero decir, que todos nos sentimos un poco decaídos, naturalmente.

Sin embargo, esto no fue lo principal... serio como era, estábamos metidos en otro caso importante, para conseguir de algún modo un punto en la partida.

Parrish murmuró algo relacionado con dejar las cosas como estaban por aquella noche, tratando de conciliar el punto de vista de Smith, sin provocar una abierta discusión con él. Lydman no parecía convencido.

—¿Por qué no nos vamos todos a sentarnos un poco alrededor de una buena taza de café? —sugirió Simonetta—. Si pudiéramos evadirnos de todo esto por unos minutos, podríamos encontrarnos de nuevo a nosotros mismos.

Smith la miró agradecido.

—Sí —dijo—. Creo que es lo mejor que podemos hacer, Bob. Esto ha sido un choque fuerte para todos nosotros; pero las chicas lo han sentido más. Creo que no desearán marcharse y pisar la calle en un estado emocional semejante. ¿De acuerdo, Si?

—Me gustaría sentarme en cualquier parte —repuso Simonetta.

—¡Aquí mismo! —le ofreció Westervelt, levantándose.

—No importa Willie. No quería decir con eso que estuviera a punto de desmayarme. Vamos, Beryl, veamos si ha quedado algún café o té por ahí.

—Esperadme —añadió Pauline—. Tengo que poner el teléfono fuera de cualquier llamado exterior, de cualquier forma.

Smith se adelantó y puso una mano sobre el hombro de Lydman.

—Me gustaría tomarme un martini —dijo a las. chicas—. ¿Qué tal les parece a ustedes, Pete, Willie?

Ambos hombres afirmaron y se dirigieron hacia la salida, adentrándose por el corredor, sin muchas palabras que intercambiarse. Westervelt procuró quedarse retrasado y cuando los demás rodearon el recodo del corredor, se metió en la biblioteca. Se tocó el ojo nuevamente. O bien se hallaba algo mejor, o es que se había acostumbrado a tenerlo así. Todavía vaciló con mostrarse en una oficina llena de luz, con el ojo en aquellas condiciones.

—Debe haber algo aquí para leer —murmuró para sí mismo.

Se dirigió hacia un montón de revistas corrientes. La mayor parte de ellas eran de carácter técnico; pero otras trataban de viajes espaciales y de la vida por los nuevos mundos descubiertos en la Galaxia. Tomó una y se sentó alrededor de la mesa central, empezando a hojearla.

No habrían transcurrido quince minutos, cuando apareció Simonetta llevándole una taza de café humeante y otra de té.

—¡Vaya, estás aquí! —le dijo la chica—. He venido a traerle algo a Joe y por fin te encuentro.

Westervelt dedujo que ella habría telefoneado al operador. Miró a la chica y Simonetta vio cómo tenía el ojo. La chica pareció asombrada.

—Pero ¿qué te ha ocurrido?

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Westervelt malhumoradamente.

—Una especie de preciosidad. Acordándome de mis hermanos en situaciones parecidas ¡lo tendrás hecho una monada para mañana!

—De eso es de lo que tengo miedo —respondió Westervelt.

Simonetta se puso a reír de buena gana. Puso su taza de té al lado y tomó una silla.

—No creo que en realidad sea nada tan malo, Willie —le dijo ella —. Estaba bromeando tan solo.

—¿Tiene mal aspecto, eh?

—Pues sí, bastante...

—Eso es lo que me gusta de ti, Simonetta —dijo Westervelt—. No eres de las que hacen preguntas embarazosas de cómo ha podido ocurrirme o de cómo la puerta se cerró sobre mí...

Westervelt le contó lo sucedido, aunque guardando en secreto el verdadero origen de la disputa con Beryl. Sin embargo, pudo darse cuenta de que la chica lo había comprendido todo perfectamente, y le recomendó de todos modos, que no dijera nada a nadie.

—Ah, Willie —dijo la chica con un guiño como fin de la discusión —. Si tienes que enamorarte de una rubia, ¿por qué no lo haces con Pauline?

—Supongo que tienes razón.

—Bueno, ahora no hables en un tono tan serio. Beryl, es también una buena chica al fin. Dentro de un día o dos, todo habrá pasado. Ven conmigo para ver a Joe y después volveremos a la oficina y diremos que te ha ocurrido algo en el ojo...

—Oh... durante el dramático mensaje de Yolen.

—¿Pero de qué forma?

Tú no quisiste molestar a nadie y te entretuviste frotándote constantemente el ojo hasta ponértelo en esas condiciones.

—Me parece una excelente idea —convino Westervelt—. Pero para Beryl, la cosa es diferente.

—¡Si ella abre la boca, seré yo quien le ponga un ojo a la vinagreta! —afirmó seriamente Simonetta.

Se dirigieron nuevamente hacia la sala de comunicaciones, para entregarle la taza de té a Joe Rosenkrantz y después volvieron a la

oficina principal. Allí prevalecía un aire de completa informalidad, como reacción de las escenas que habían visto en la televisión interestelar. Por todas partes se charlaba animadamente, se tomaban copas de licor y de tanto en tanto se levantaba uno u otro para vagabundear por la estancia y volver a sentarse. Westervelt procuró escurrirse fuera de la vista directa de los asistentes y se situó en un rincón para seguir saboreando su café. Oyó como entre Smith y Parrish se cruzaron algunas bromas. Aquello tendía a ser más irónico que divertido y nadie se reía en voz alta.

Pauline, desde su centralita, hizo sonar el teléfono del despacho de Simonetta ya que la mayor parte de los presentes, habían gravitado sobre el otro extremo de la oficina.

—¿Quiere atender la llamada, Willie? —le dijo Smith.

Westervelt levantó una mano en señal de aprobación. Se levantó de su asiento y se dirigió al teléfono.

—¿Quién es, Pauline?

—Es Joe. Quiere hablar con el señor Smith.

—Ponlo aquí conmigo. El jefe está hablando en una reunión.

Rosenkrantz apareció sorprendido ante la vista de Westervelt.

—Smith está rodeado ahora mismo de interlocutores —murmuró el joven—. ¿Ocurre algo nuevo?

—Quizá no mucho —repuso Joe—. Un mensaje de la televisión comercial. Supongo que no será demasiado urgente; pero me gustaría de todos modos que el jefe lo sepa.

—Bien, dímelo.

—Uno de nuestros agentes —dijo Rosenkrantz— llamado Robertson, lo envía. Supongo que habréis visto informes.

—Sí, es algo familiar.

—Dice, tras haber leído entre las expresiones de nuestro código en uso, que dos viajeros del espacio y un turista están convictos de provocar la revolución en Épsilon Indi II. Nos han facilitado los nombres y demás detalles, que he registrado oportunamente.

—Eso se encuentra prácticamente al otro lado de nuestra jurisdicción —dijo Westervelt—. Quizá ese agente haya querido ponernos sobre aviso; pero la D. R. I. debe estar ocupándose del asunto. ¿Seguro que no tiene carácter urgente?

—No, y como he dicho, ha llegado por el enlace comercial.

—De acuerdo. El jefe tiene ahora bastante de qué ocuparse. Procura tener una cinta de registro preparada para por la mañana. Encontraré una oportunidad de darle cuenta de eso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo por lo que a mí respecta —convino Rosenkrantz—.

Si algo va mal, tendré que echarte a ti la culpa. Vete preparando para que te pongan morado el otro ojo.

Se cortó la comunicación, dejando a Westervelt con la boca abierta, y el joven volvió a ganar su aplomo. Esperó a que Smith le mirara, para indicarle la falta de importancia de la llamada.

Vio Beryl que se dirigía hacia él.

—Está bien, Willie —dijo la chica con calma—. Deseaba solamente devolverte el pañuelo.

Lo sacó de un bolso de mano que tenía sobre su pupitre.

—Gracias de nuevo. Y siento que esté manchado con el maquillaje.

—Bah, no tiene importancia.

—Y siento también mucho lo del ojo —continuó Beryl, levantando los ojos por primera vez, para examinar el daño causado—. No… no parece tan malo como decía Simonetta.

—Bien, siempre es un consuelo, de todos modos. Es que se me metió algo dentro y me froté demasiado ¿sabes?

—Sí, ya me lo dijo ella —dijo Beryl—, Para decir la verdad, yo no sabía que pudiera haberlo hecho.

—Ah, fue un golpe afortunado.

—Sí, yo… bien… puedes decir que me encontraba un poco trastornada.

—Lamento haber empezado la cosa —dijo Westervelt—. ¿Qué te parece dejarme que te invite a cenar para olvidarlo?

Beryl se encogió de hombros, apareciendo seria.

—No tengo ningún inconveniente. Lo cierto es que toda la culpa fue mía. Espero que podamos almorzar mañana. Esta noche me da mala espina.

—¿El qué? —preguntó Westervelt.

—La forma que tiene de mirar el señor Lydman. Algo que hay en sus ojos…

Westervelt volvió la cabeza para mirar fijamente a través de la habitación imaginando si habría ocurrido lo peor.

XVII

John Willard tomó un paso decidido a través de las calles de First Haven, como conduciendo conscientemente a un detenido público. María Ringstad le seguía lo mejor que podía. Cuando aflojaba el paso, John tiraba de la delgada cuerda que amarraba las muñecas de la joven y la miraba por encima del hombro. Naturalmente, ella se ocupaba además de acarrear su saco de mano.

John Willard le había explicado que cubría mejor las apariencias haciéndola marchar a una yarda tras él, debido especialmente a las ropas que vestía María.

-—Andar por las calles con usted en tal situación atraería demasiado la atención —fue la explicación que John la había dado—. La sola cosa que podemos hacer es manifestarnos públicamente poniendo la distancia en medio de nosotros, así, cualquiera sabrá que es usted una detenida.

—¿Qué tiene eso de particular?

—Está considerado impropio, y también imprudente. Ningún ciudadano amante de la ley desearía correrse el riesgo de ser sospechoso de tener simpatía con un transgresor.

—Pone usted las cosas para que suenen a demasiado peligrosas —dijo María, levantando las manos obedientemente.

Torciendo una esquina a unas trescientas yardas de la cárcel, María tuvo que admitir que el sistema parecía ir bien. Los Greenies con quienes se encontraban, parecían interesados en otras cosas, hacer sus compras en la vecindad, o ir de un lado para otro, sin prestarles demasiada atención.

Willard la condujo al extremo opuesto de una ancha avenida, tras haber perdido definitivamente de vista la cárcel. María trató de recordar la escasa información que él le había murmurado contra el muro exterior de la prisión. Allí le había explicado que había sido enviado por el Departamento de Relaciones Interestelares de la Tierra, para conseguir sacarla en libertad, especialmente una vez que se había comprobado la imposibilidad de alterar la actitud de las autoridades Greenies. María no estaba segura del todo de si John era el oficial de prisiones que él decía ser, en cuyo caso tendría que haber sido sobornado en gran escala, hasta reducir el «crimen» de María a una cosa ridícula, o bien él era un independiente y amistoso agente terrestre de las líneas del espacio, en cuyo caso, el pago debería ser considerado más caritativamente que como una tarifa por un servicio prestado.

María sabía, que él planeaba sacarla cuanto antes del planeta y colocarla en una espacionave de rápida salida. No tenía oportunidad de elegir el destino a donde se dirigía la espacionave. Pero lo importante era salir de allí. ¡A cualquier parte del universo, menos quedarse en Greenhaven!

Empezó a divertirle la reflexión del artículo que escribiría de vuelta a la Tierra. No sabía todavía cómo titularlo: «Cómo escapé del Paraíso» podía ser muy bien. O, «Cómo escapé de la prisión en el Paraíso». O a lo mejor, sería más sensacional, titularlo: «Greenhaven o el Infierno Verde ».

A lo mejor quizá sería más interesante escribir un libro con todas sus experiencias pasadas ilustrado con una serie de dibujos con los personajes Greenies.

La cuerda le tiró de nuevo en las muñecas. María comprobó que nuevamente se había quedado retrasada y miró a Willard con cara de excusas, al volver él la cara hacía atrás.

—¡No lo haga! —le siseó—. Esta gente se maravillará de ver de qué forma yo tolero una actitud irrespetuosa.

—¡Lo siento! —dijo María, encogiéndose de hombros—. Pero está usted tomando su papel demasiado en serio ¿no lo cree así?

—Mejor haría en tomárselo en serio usted misma —gruñó él—. Va en ello su cuello, más bien que el mío.

Willard miró al joven Greenie que miraba con curiosidad desde el otro extremo de la avenida. Willard dio un rudo tirón a la cuerda y muy digno continuó su camino sin detenerse. Volvieron a torcer otra esquina, hacia la derecha en aquella ocasión y continuaron por una larga y estrecha calle de unas doscientas yardas de longitud. Esperando la oportunidad para no encontrarse con demasiada gente, Willard cruzó a la otra acera. Un poco más allá, Willard se dirigió, hacia lo que podía considerarse como un callejón. Willard se detuvo.

—Ahora, iremos a esta pequeña casa de comidas —informó a María—. Es lo que llamaría usted un café o un pequeño restaurante en la Tierra. Parecerá normal que un oficial provea para su detenido el alimento de la jornada, por tanto ello será razonable.

—¿El alimento es algo mejor del que he venido tomando hasta ahora? —preguntó María.

—Eso no importa. No nos detendremos allí, ya que sería descortés ofender los ojos de los ciudadanos con la vista de usted mientras comen. Solicitaré una habitación reservada y veré que nos den una en la parte de atrás.

—¡Vaya! Así, a los ojos de un honrado Greenie, yo soy algo capaz

de estropearle el apetito... ¿Qué es lo que puedo yo hacer para causar semejante efecto?

—Lo que puede usted hacer, es guardar esa grande, flexible y activa boca suya ¡callada! —restalló Willard—. Por otra parte, podría dejar caer la cuerda y usted encontrar la salida por su sola cuenta, si es eso lo que desea...

—Lo siento de nuevo —se excusó María en un tono demasiado dulce y humilde—. Prometo ser una chica buenecita y obediente. ¿Quiere ponerme de rodillas y azotarme? ¿O será suficiente que me abra una vena en la sopa?

—Ya será suficiente que pueda salir de esto, sin cometer un crimen —dijo Willard—. Lo que tiene que hacer es suprimir esa ironía de su mente y seguir adelante.

Willard se dirigió y entró en la casa de comidas. María le siguió a una respetuosa distancia. En el interior habría una media docena de Greenies comiendo en pesadas mesas y cambiándose algunas palabras de vez en cuando. La vista de la cuerda que ataba a María por las muñecas, equilibraba la vista de las ropas descocadas de su vestido terrestre y los Greenies mantuvieron la vista fija sobre el alimento, tras una mirada primera de asombro sobre la prisionera.

Una mujer Greenie se hallaba en pie junto al mostrador y Willard le mostró su deseo de que le condujera a una habitación reservada. Un hombre que cocinaba algo, miró apartando la vista de sus quehaceres, desde el fogón de la parte trasera del mostrador. María pensó que sin duda le miraba con interés, haciendo comparaciones con las mujeres de su raza. Aquello le ayudaba en cierto modo y no le reprochó si la mujer que había en el mostrador, era su esposa.

La mujer Greenie, salió del mostrador, como abandonando su fortaleza y les condujo por una puerta situada en la parte de atrás del establecimiento. Willard la siguió con María detrás, que tuvo que hacer un esfuerzo para no haber guiñado al cocinero. Ella permaneció consciente de su fija mirada hasta que hubo desaparecido por la puerta, Willard. pareció no tener nada que decir a la mujer Greenie y María guardó igualmente el más impenetrable silencio. Aquello parecía una solemne procesión en pequeño. Se dirigieron hacia un pequeño hall, y la mujer Greenie abrió una puerta que daba a una escalera. Para sorpresa de María, la escalera conducía hacia abajo. Se limitó a encogerse de hombros. En Greenhaven, por lo visto, todas las cosas tenían una peculiar forma de ser.

María se sintió más embrollada, cuando al final de la. escalera , se encontró en lo que parecía un sótano o una bodega. La luz era

borrosa, y apenas pudo darse cuenta de la expresión del rostro de Willard. Empezó a imaginarse si podía empezar a considerarse enterrada allí, mientras Willard disfrutaba del importe de su soborno, Entonces, la mujer Greenie, echó hacia un lado unos trastos apilados, y abrió otra puerta. Para pasar por aquella otra, tenían que agacharse. María se dio cuenta de que se encontraban en el sótano de otro edificio. Los bloques de piedra que formaban los muros, parecían húmedos y sucios. Entonces tuvieron que subir otra escalera y cruzar otro hall. María imaginó que aquel camino les conduciría nuevamente a la calle. La mujer, les condujo a una serie de pequeñas habitaciones oscuras y finalmente entraron en una que tenía las ventanas demasiado altas, para poder mirar por ellas a la calle. Allí se detuvo y miró a Willard.

El oficial de prisiones Greenie, dejó caer la cuerda y se rebuscó en el interior de su oscuro uniforme Sacó un grueso paquete de moneda Greenie. El número y las piezas le resultaban demasiado extraños a María para calcular su importe al primer golpe de vista, pero por la actitud de su poseedor, aquello debería ser importante. María creyó que ya era hora de dejar su saco en el suelo. Willard alargó el dinero a la mujer Greenie, a quien le brillaron los ojos de codicia.

La mujer se dirigió en el acto hacia un gran cofre que había en un rincón de la habitación y lo abrió. Dejó a un lado un espejo que sacó del cofre y empezó a sacar los más variados objetos. Le alargaba a Willard toda clase de prendas de vestir, que seguramente eran consideradas femeninas en aquel mundo.

—La cuestión es —dijo Willard en voz baja— que se vista usted con ropas apropiadas para que no llame la atención en las calles. Vea si este vestido le va bien.

María tomó aquello con disgusto, pero parecía tener su talla, cuando se lo aproximó al cuerpo, La mujer Greenie aprobó con un gesto de cabeza. Añadió al horrible vestido una especie de slip larguísimo y un abrigo feo y destartalado, y una caja de madera.

—Ahora me explico, por qué las mujeres Greenies parecen tan horrendas —comentó María—, Sería mejor morirse, antes que encerrarse dentro de una cosa tan fea.

—¡Tenga cuidado con lo que habla! —le advirtió Willard—, Vamos, cámbiese, no tenemos tiempo que perder.

María tomó el espejo y aquellos horribles atavíos que depositó en una rústica mesa existente bajo una de las ventanas. Abrió la caja y se hizo cargo del contenido, que parecía el estuche de maquillaje de un actor, antes de salir a escena.

La mujer Greenie tocó en el codo a María y por primera vez le habló.

—No puede emplear mucho tiempo, sin que se den cuenta y nos descubran.

—Dele usted sus propias ropas para que las queme y póngase esas —dijo Willard volviéndose de espaldas a María—. Tan pronto como se haya cambiado, le cambiaré el rostro también.

María empezó a desnudarse, mientras la mujer Greenie esperaba. Se desabotonó la blusa que tiró encima de su saco de mano. La mujer Greenie la recogió y siguió esperando. Se quedó de una pieza al ver el pequeño slip de María, cuando ésta se sacó la falda por la cabeza. María observaba de reojo la ancha espalda de Willard mientras se daba prisa para desatarse el sostén. Pensó en los demás hombres que no se le hubieran vuelto la espalda en semejantes circunstancias. Era casi una provocación, la mujer Greenie le apuntó silenciosamente hacia los zapatos. María se los quitó igualmente y fueron a formar parte de la pila de ropa que iba dejando a un lado. Esperó que los que tuviera que llevar ahora, no fueran incómodos para andar, al menos. La mujer Greenie le lanzó aquella atrocidad de blusón interior de franela y se adelantó unos pasos hacia Willard.

«Apostaría a que se desmaya —pensó malignamente y en tono divertido—. Me gustaría ver la cara que pone, si… ¿por qué no? ¡Quiero hacerlo!»

—Se ha marchado —anunció María en voz baja—. ¿Qué tal estoy en estas ropas?

Willard se volvió para mirarla y su mirada era algo que ella no había visto nunca jamás. Toda la sangre la tenía agolpada en las mejillas y parecía petrificado por la sorpresa. Tragó saliva y después dijo:

—Los papeles que he tenido que falsificar para sacarla de la prisión, no serán efectivos por mucho tiempo. Tendrán que darse cuenta mañana por la mañana, según hemos calculado. Si hacen circular una alarma, no quisiera estar en la calle de forma que pueda ser reconocido.

—¡Eso es maravilloso! —dijo María con entusiasmo—. ¿Me meterá usted también en el lío?

—Sí —repuso Willard—. También usted irá en la aventura que yo he comenzado.

María observó cómo Willard le miraba ansiosamente el pecho y después se detenía en el resto del cuerpo.

—¿Quiere ayudarme a ponerme esto? —le pidió—. Nunca me he

puesto nada parecido.

María sostuvo la prenda de franela con una sonrisa desamparada, poniéndose la otra mano en la cadera desnuda.

—¿Quiere dejar de estar en cueros de una vez, bruja? —restalló Willard—. Yo no soy un Greenie, si es eso lo que piensa. Va usted a conseguir liar la cosa de forma que perdamos el próximo navío espacial.

María sintió que una oleada de calor le subía al rostro y le sonrojaba igualmente el cuello y el pecho. Se metió dentro de aquel horrible saco de franela y le volvió la espalda. Como pudo acabó de vestirse con aquellos espantosos atavíos. Entonces Willard se le aproximó y comenzó a oscurecerle el rostro con el maquillaje que tenía preparado al efecto. Ella miraba, hacia la ventana y permanecía rígida.

—Y ahora, escuche —le dijo Willard—. Deje ahora de seguir ruborizándose de esa forma, o el color de la piel se estropeará por completo.

—No puedo evitarlo —repuso ella dulcemente—. Y entonces se dio cuenta de que Willard le sonreía abiertamente—. ¿De dónde vino esta modestia repentina? Supongo que sería la sorpresa.

—De acuerdo, ha sido divertido. Cuando salga a la calle, olvídese de toda diversión. Tenga el aspecto de una Greenie seria y formal.

—¿Divertido? —objetó María—. Yo siempre había imaginado que saldría ganando mucho con la comparación de las chicas locales.

—Oh, sí, desde luego. Una de las mejores representaciones que jamás he visto.

Willard presionó una mano a cada lado de su pecho y después las dejó caer hasta rodearle la cintura.

—Hablaremos nuevamente de esto, cuando hayamos conseguido tomar la espacionave —le dijo en una voz insinuante—. Ahora, sería una lástima echar a perder ese maquillaje.

Se apartó de ella y encerró en el cofre la caja del maquillaje. Salieron de aquella habitación por la misma puerta: pero Willard conocía la forma de abreviar el camino hacia una calle próxima diferente de la que había traído antes. Al salir, adoptó el paso de un hombre ocupado con negocios.

Así continuaron atravesando la ciudad por un cuarto de milla, haciendo más de un cambio de dirección y procurando evitar en lo posible la concurrencia de transeúntes. Los disfraces parecían ser efectivos, ya que nadie se les quedó mirando con la menor sospecha. No lo fue hasta que María vio el lugar en que se alzaba un patíbulo,

por lo que María comprendió que se hallaban en las afueras de la ciudad.

—¿Qué...? —empezó ella a preguntar dándose cuenta por primera vez del apuro en que estaba metida.

—¡Calma! ¡Mire en otra dirección y continúe andando como si no ocurriera nada...

Diversos ejemplares de rígidos Greenies miembros de la justicia de Greenhaven se hallaban reunidos allí. Tres hombres y dos mujeres se hallaban sentados en unos bancos. No parecían estar sometidos a castigo corporal alguno, como María creyó recordar había sido la costumbre antigua en la Tierra. en épocas pasadas; pero se les veía claramente infelices y mortificados. Del patíbulo, que se alzaba tras ellos, colgaba un hombre. Parecía hallarse allí desde hacía algún tiempo. María imaginó, qué sería lo que el infeliz habría hecho para corromper la moral y las leyes económicas de Greenhaven. Lo que estuvo a punto de volverla enferma, fue la vista de un grupo de un par de docenas de chiquillos, que eran guiados dando vueltas a una plaza. Un joven se quejaba, mientras era abofeteado constantemente por el Greenie encargado de castigarle públicamente de aquella forma.

Por fin pasaron de largo y María pudo contemplar el alto Vallado del espaciopuerto de Greenhaven, perteneciente a la Tierra. Willard la miró y le explicó que tendrían que entrar por una sección bastante alejada de la entrada principal. La condujo a lo largo de la valla, cerca de un centenar de yardas, hasta dar con una pequeña puerta de acceso, que abrió con una llave que se sacó del cinturón. María, acordándose de su salida de la cárcel, se sintió entonces infinitamente más contenta, cuando puso el primer pie en territorio terrestre. Entonces tuvieron que recorrer otro cuarto de milla, en terreno abierto.

Pasaron la Administración y los edificios de la Aduana y se dirigieron rectamente hacia el ascensor del campo, a costado de la espacionave que esperaba, ignorando en absoluto la posibilidad de que se le hicieran preguntas por los ojos de lince que podían contemplar que eran dos Greenies que querían subir a bordo del navío cósmico.

—Willard, del Departamento de Relaciones Interestelares —dijo presentándose a sí mismo, ante la sorpresa del oficial de la espacionave—. ¿Le habían dicho que esperase a la señorita Ringstad?

El oficial miró lleno de estupor a María Ringstad y a sus atavíos y admitió, la sorpresa pasada, que en efecto, estaba esperando su llegada.

—Una cosa inesperada —añadió Willard—. Quiero ejercer mi autoridad para solicitar una cabina para mí también. Tengo razones suficientes, para suponer que mi disfraz ha sido descubierto, lo cual, desde luego, pone las cosas en muy mal estado para mí.

—Por supuesto —convino el oficial—. ¡Vamos, por todos los medios!

—Si —dijo María—. Si hay algo que desee en el mundo, es salir de este horrible atavío.

—A eso quería referirme —dijo Willard.

No existía duda que la influencia que tenía Willard, les había procurado una plaza en la espacionave. Saldría en cuanto ocuparan un par de pequeñas cabinas que les fueron proporcionadas, aunque después se produjeron pequeñas y sucesivas dilaciones, en el ajuste del vuelo cósmico. Finalmente, se anunció por mediación del sistema público de comunicaciones, que a causa de las necesarias precauciones y comprobaciones del vuelo, éste no tendría efecto sino dos horas más tarde, por el cálculo de la necesaria gravedad del planeta. María, esperó que aquello no fuera a causa de haber sido descubiertos. Estaba ella considerando todas estas eventualidades y tratando de desembarazarse de su horrible atavío Greenie y comprobando el dispositivo de aceleración en la cabina de poco más de diez pies, que le había sido asignada, cuando Willard llegó.

—Tengo amigos entre la tripulación —le anunció—. A todos les gusta ayudar a un miembro de la D. R. I. Yo creo que eso tiene seguramente un sabor romántico para la gente.

—Los Greenies tenían que haberlo hecho igual —dijo María, pensando en el mal rato pasado, deambulando por las calles de Greenhaven.

—Hay una azafata a bordo que tenía unos pantalones y una blusa de su misma medida aproximadamente.

—Tiene usted que haber tenido buen ojo —le dijo ella—. O creer que lo tiene de cualquier forma. Primero, ayúdeme a salir fuera de esto. Con semejante atavío Greenie estoy como metida en una camisa de fuerza.

Willard se acercó a María y empezó a abrirle la cremallera. María ya se había dado cuenta de que Willard se había despojado de su «cara» Greenie. En seguida, Willard comenzó a suprimir suavemente del rostro de María el maquillaje espeso con que la había disfrazado de Greenie, tratándola con dulzura y empleando unos tejidos perfumados. María se sintió en el quinto cielo, al comprobar lo maravilloso que resultaba evadirse de aquella pesadilla.

—¿Y ha sido tan complicado, conseguir sacarme de aquí? —le preguntó ella.

—Hubo muchos puntos que considerar —repuso Willard—. Hay muchas cosas en los negocios que no salen como se planean; pero al fin ha habido que vencerlas a toda costa. Ahora empiezas a parecer nuevamente humana, después de suprimir esa cara que tuve que construir para ti, María… —concluyó insinuante.

—Todavía no —dijo María.

—El cambio ya está realizado prácticamente —le dijo Willard, sonriéndole significativamente—. Mira si puedes salir del resto de ese atavío con más facilidad del que te metiste en él, y mientras voy a buscarte esas ropas de que te he hablado.

Entre la reacción de las pasadas horas y el resurgir de una clara gratitud hacia su héroe que la había rescatado de aquella pesadilla de Greenhaven, María comenzó a sentir una emoción dentro de ella, que no pudo disimular. Llegó hasta sorprenderle un poco.

—Willard —le dijo—, es algo sorprendente y divertido; pero siento que estoy enamorándome de ti…

—Eso es muy interesante —repuso el agente con un gesto—. Creo que yo también lo estoy de ti…

—No puedo decir si mis rodillas me están temblando —continuó María, poniendo una mano en su hombro para acercarse más a él—, porque parece que esté colgada en medio del aire; pero tú siempre pareces que tengas que estar ayudándome a desnudarme… y encuentro que no me importa.

—¡Ni a mí tampoco! —le aseguró Willard.

Cuando su brazo se deslizó alrededor de la cintura de María y la besó apasionadamente, María se sintió segura. Dejó abrir sus labios gradualmente, temblando como si una fiebre repentina surgiese en su interior.

—¡Espera un momento! —murmuró ella.

Y después de algunas contorsiones en el aire sin gravedad, el espantoso camisón de franela de Greenhaven fue arrojado a un rincón. María soltó una carcajada coquetona, mientras apoyaba un pie desnudo contra su litera y se lanzaba plenamente, en brazos de Willard.

XVIII

¿Era el dolor de cabeza lo que le hacía ver todas las cosas oscilar? ¿O sería que la vacilación y el movimiento era lo que hacía que le doliera la cabeza?

Taranto abrió los ojos lentamente. Durante dos o tres minutos, en plena oscuridad, no pudo comprender lo que estaba viendo. Gradualmente, su sentido de la percepción comenzó a funcionar. Se hallaba tendido nuevamente sobre unas parihuelas y los conductores descendían un rudo camino hacia un valle sombrío. No se apreciaba el menor signo de la ciudad, ni de otra señal cualquiera que pudiera resultarle vagamente familiar. Un cinturón de rocas dentadas formaban a su izquierda como una muralla, curvándose hacia la depresión del terreno a que se dirigían. Otros macizos rocosos surgían del suelo, en el árido desierto del piso del valle No parecía advertirse mucha arena, a menos que no hubiese sido soplada por el viento en las zonas más bajas.

Con extremada precaución y con los ojos entreabiertos, aprovechando los mismos movimientos de las angarillas, pudo notar que otro grupo similar caminaba delante de él. Imaginó que sería el que custodiaba a Meyers. El oficial con el uniforme rojo marchaba precediendo a poca distancia, las angarillas de Taranto. Aquello significaba, sin duda, que tendría que llevar al menos, dos soldados a su espalda, fuera de su vista.

«Qué hacer ahora —pensó Taranto—. Fue un buen intento; pero hemos fracasado».

Le pareció absurdo intentar nada, hasta que descubriese al menos, en qué lugar se hallaba. Tampoco tendría que molestarse en saber cómo estaba, ya que los syssokanos le habían pegado fuerte, a juzgar por el horrible dolor de cabeza que sufría. Trató de mover los brazos y las piernas suavemente, sin que se precaviesen sus enemigos. Ningún miembro parecía roto. Sólo sentía un espantoso dolor tras el oído izquierdo.

¿Les estarían llevando a él y a Meyers, lejos, en el desierto, para abandonarles o estar más seguros de que podían informar de su muerte? ¿O el grupo estaría de vuelta a la ciudad?

Taranto probó una vez más el movimiento de sus miembros, aprovechando las oscilaciones del camino, y pudo darse cuenta de que tampoco estaba atado a las angarillas. Trató de imaginarse cuánto tiempo habría permanecido sin conocimiento. Quizá los syssokanos le habrían creído muerto, después del golpe que le asestaron en el

cráneo.

Desde la vanguardia y la parte del camino que seguían, llegaron voces. Corría una brisa ligera y Taranto creyó estar seguro que Meyers se desahogaba de los ultrajes recibidos, gimiendo en voz alta. Taranto comenzó a localizar en su recia contextura, una serie de magullamientos y heridas superficiales. Se imaginó, si sería mejor tomar las cosas con calma, hasta que llegaran al sitio del desierto a que le conducían, y entonces tratar de sobornar al oficial. Aquello era sin duda demasiado arriesgado: tendría que confiar en grandes promesas y después de lo sucedido, la cosa se hacía extremadamente improbable. Cualquiera fuera el caso, no sería inteligente, tratar de abrir negociaciones, sin antes descubrir cuál era el propósito del oficial syssokano.

La brisa, le trajo algunas palabras en lenguaje terrestre: Meyers se quejaba de que estaba demasiado cansado, para andar un paso más. Bien, al menos sabía, que Meyers estaba vivo, aunque los syssokanos no estuvieran seguros igualmente con respecto a él mismo, de que lo estuviera también. A lo mejor actuaban así para ahorrarles un largo período de encarcelamiento. De todos modos, Taranto decidió no preocuparse más por el momento de su situación. Lo que necesitaba urgentemente, era una idea de cómo escapar de nuevo. Especuló durante unos minutos sobre las oportunidades que tendría, de volver al lugar en que intentó escapar, en donde existiría una espacionave de vigilancia, esperando para rescatarles. Si es que no había llegado y se habría marchado ya —pensó Taranto sombríamente.

En la posición que ocupaba en la litera, estaba en condiciones de observar el cielo, sin movimiento aparente alguno. Y entonces, vio el distante trazo de los reactores de la espacionave, dejando una suave estela en el cielo, antes de que ningún syssokano pudiera apercibirlo. No podría esperar mucho, en semejantes circunstancias.

La nave tendría que ser oída, seguramente y el resplandor de sus cohetes de frenado despertaría la alarma entre los guardias. Taranto observó con cuidado y comprobó que estaban llegando al fondo del declive. Siguiendo el movimiento natural de sus porteadores, fue rodando poco a poco hasta aproximarse al borde de las angarillas. Para compensar el peso, los syssokanos, dieron unos pasos precipitados en el duro suelo y finalmente, uno de ellos, resbaló. Las angarillas se rompieron. Taranto añadió a la fuerza de la gravedad, un movimiento de rotación sobre sí mismo y se echó rodando colina abajo. El porteador syssokano, se recuperó levantándose del suelo, dejando escapar algunas palabras en su lenguaje, que sonaban a

beligerancia pura. Otro se aproximó para recobrar las angarillas. Taranto continuó rodando colina abajo.

Al primer grito, hizo un esfuerzo y de un salto se puso sobre sus pies. Durante los próximos sesenta segundos, tuvo necesidad de todas sus energías y recursos desesperados, para escapar de allí, sin caer sobre aquellas rocas en declive y destrozarse.

Continuó bajando a grandes zancadas, tenía que tener el cuidado de evitar las rocas puntiagudas que caprichosamente surgían a cada paso y cambiar el curso de su carrera desesperada a cada momento. Tropezó una vez y creyó llegado su último instante. Una vez casi al fondo, desaparecidas las rocas, se dejó rodar por la pendiente arenosa y de pequeños guijarros.

Se puso en pie sin saber qué dirección tomar. Frente a él, apareció una oscura roca de dos veces su altura. Antes de pasarla, miró hacia atrás, para ver la actitud de sus enemigos.

El pequeño grupo aparecía en un estado de completa confusión. El oficial y dos soldados, venían en su dirección, saltando las rocas a paso razonable. Uno de los syssokanos, había caído y estaba levantándose con dificultad y otros obedeciendo los gritos de su oficial, se dirigían en aquella dirección. La intención de gritar a Meyers cruzó por su mente; pero tuvo que rechazarla por considerarla inútil. Una rápida mirada en la dirección opuesta, le mostró el rastro de fuego de la espacionave detrás de otro cinturón rocoso situado justamente frente a él. El valle mostraba un gran parecido con un cráter meteorológico.

Taranto se dio prisa a pasar la roca y corrió con todas sus fuerzas en la dirección del distante cerco rocoso. Estaba seguro de localizar la espacionave si pudiera llegar allí. La necesidad más inmediata, era escapar de las garras de la expedición de enterramiento de los syssokanos.

Corriendo a la luz de las estrellas tan escasa y en aquella oscuridad, era realmente peligroso, como pudo pronto comprobarlo. El terreno estaba sembrado con piedras enormes, atravesadas al azar y resultaba imposible hallar un camino recto o algo que se le pareciera. Lo único que impelía a Taranto a continuar su desesperada fuga, era el ruido de sus perseguidores, cuyas voces y gritos oía tras él. Habría recorrido unas doscientas yardas, cuando comprobó que los ruidos del rodar de piedras le llegaban desde la derecha, más bien que de la parte trasera del camino que seguía. Los syssokanos eran mejores corredores que él, y sin duda alguna, conocían el terreno mucho mejor. No pudo saber, si ellos se habrían apercibido del rastro de la

espacionave y de haberlo hecho, si lo habrían relacionado con él.

Abocó inesperadamente a un sendero de arena y soltó un juramento al darse cuenta de que forma perdía velocidad en su huida. Miró por encima del hombro desesperadamente, sin ver rastro de sus perseguidores, aunque estaba seguro de que no estarían muy lejos. En seguida pudo advertir a los syssokanos corriendo por su flanco derecho y a cincuenta yardas de distancia de ventaja sobre él. Aquello le obligó a modificar su camino. En lugar de pasar a la derecha de un afloramiento rocoso que tenía ante él, torció a la izquierda. Aquello le apartaba de la dirección de la espacionave; pero no podía hacer otra cosa por el momento. Corrió atravesando una duna baja de arena y una vez fuera, continuó corriendo por terreno llano. Fue dando la vuelta hacia la izquierda de la colina, oyendo entonces un bramido tras él. Procuró encontrar un lugar por donde saltar y subir a las rocas que le bordeaban el camino. Llegó a la conclusión de que los dos corredores anteriores, le hablan descubierto mientras había corrido flanqueando la colina.

Finalmente encontró un camino de subida hacía arriba, por un estrecho sendero que llegaba hacia una pequeña meseta plana, antes de que las rocas continuaran subiendo a su espalda en un enorme acantilado. Para hacerlo, tuvo que arrancar de un tirón una piedra que casi le llegaba a la cintura y con manos y pies consiguió arrastrarse hasta la pequeña meseta. Allí se detuvo para respirar y especialmente para oír el ruido y la dirección de sus perseguidores. La meseta se hallaría como a una docena de pies sobre el piso del valle, y se curvaba hacia la derecha sobre la base del acantilado. Anduvo muy despacio, ya que quería localizar a toda costa a los dos syssokanos, que estaba seguro venían tras él, por alguna parte. El amplio borde pedregoso que seguía Taranto, se inclinaba hacia abajo, se levantaba después algunos pies y volvía a descender a menos de diez pies sobre el nivel del suelo del valle. Taranto se sintió aplanado repentinamente.

Los dos syssokanos venían hacia él gateando a lo largo del sombrío borde rocoso y con las azagayas en ristre. Desde los alrededores del acantilado, sonó una voz. El primer soldado, volvió la cabeza para contestar. Mientras lo hacía Taranto se abalanzó contra el segundo, enmascarando el ruido producido con la voz del otro. Cayeron revueltos sobre el duro lecho de rocas. Taranto consiguió dominar al syssokano y ponerle una rodilla encima del abdomen, golpeándole duramente. Una vez fuera de combate el syssokano, Taranto le arrebató la agazaya y se encaró con el otro soldado. Todo se había producido tan rápidamente, que el primer, soldado apenas si se volvía

a responder la llamada. Quizá pensara que su compañero habría caído simplemente por tierra; pero la silueta maciza del terrestre le hizo desistir de tal suposición. Avanzó con la punta de su arma arrojadiza, moviéndola amenazadoramente.

—¿Te crees poderoso con ese bastón, eh, bastardo? —gruñó Taranto—. Bien, ¡a ver qué te parece esto en forma diferente !

Empuñó la azagaya de forma que la parte más pesada estuviese dirigida hacia adelante, pero usándola como un mazo, y la arrojó de media vuelta poniendo en ello toda su fuerza. Aquello era desconcertante para el syssokano, bien entrenado por otra parte en la forma de arrojarla como lanza.

La azagaya lanzada por Taranto se estrelló contra la lanza del syssokano partiéndola en seco, a poca altura sobre la muñeca que la sostenía. Se lanzó sobre el soldado, atenazándole la mano antes de que tuviera tiempo de rehacerse. La treta de dispararle un gancho con el puño izquierdo sobre el vientre, hizo que el syssokano se encogiera y soltara por completo lo que le quedaba de la azagaya. Taranto intentó por dos veces, alcanzar el abdomen del syssokano con un tremendo puñetazo, que su enemigo supo burlar, pisándole en cambio los pies desnudos.

—¡Bastardo! - escupió rabioso el terrestre.

Luchó con él con éxito y con provecho. Consiguió alcanzarle por dos veces con la derecha, buscando un sitio bajo la axila, donde le pegó duro, hasta que el syssokano dejó escapar un ronquido y se desplomó inerte. Le recogió el arma rota y se encontró en medio de aquella pequeña meseta convertido en un syssokano armado primitivamente; pero armado al fin.

Apenas había comenzado a dirigirse fuera de la meseta, cuando vio al oficial rodeando el borde pedregoso, a menos de cincuenta yardas de distancia. El syssokano vaciló a la vista del terrestre que había batido a dos de sus soldados. Taranto le arrojó una de las azagayas. La tragedia para Taranto, era desconocer 1a forma de usar aquella arma primitiva. Una azagaya, después de todo, para nada formaba parte del equipo de un hombre del espacio. La punta se apartó sensiblemente del objetivo. El oficial, siseó un comentario despectivo y al aire cogió el arma de un salto ágil. Taranto se agachó tras una roca y recogiendo del suelo una piedra bastante abultada, se la lanzó con mucho más efecto. La piedra fue a estrellarse contra el acantilado cerca de donde se encontraba el oficial syssokano, haciendo saltar otros guijarros pequeños, hasta el extremo de hacer que el enemigo se escondiese detrás de un peñasco para cubrirse. Taranto aprovechó para dejarle

ocuparse de sus soldados y se lanzó rápidamente por el valle abierto.

Llevando consigo la azagaya, no podría ayudarse mucho; pero peor era nada.

Cuando volvió nuevamente la cabeza, pudo alegrarse de ver que había adelantado un par de cientos de yardas. Por otra parte, el oficial traía ahora con él a sus talones un numeroso grupo de syssokanos, que sin duda habría reorganizado últimamente. Taranto, cambió la carrera por un trote corto, para recobrar energías en cuanto la captura recomenzase de nuevo,

—¡Taranto! —oyó de pronto gritar una voz suave.

Rompió a correr locamente, sin preocuparse de volver la vista a ningún sitio.

—¡Espera, Taranto! —llamo de nuevo aquella voz suave—. ¡Mira, aquí arriba, el ojo-espía!

Taranto se detuvo. Miro nacía atrás y hacia arriba y vio un foco de luz aproximándosele desde cierta altura, procedente de un pequeño aparato volador que en aquel momento se cernía sobre su cabeza.

—¡No desmayes! Todavía podemos hacerlo —le informó la voz del pequeño aparato volador—. La espacionave ha aterrizado cerca. Ya saben lo ocurrido y están ahora soltando un helicóptero. ¿Dónde está Meyers?

—No lo sé —repuso Taranto jadeante—. Debe haberse quedado atrás en esas rocas, supongo. Mirad, no puedo quedarme aquí hasta que venga el helicóptero, me convertirían esos salvajes en un acerico.

—Sigue hacia aquella colina que hay frente a ti a un cuarto de milla —dijo la voz amiga del aparato volador—. Los guiaremos hasta allí.

Los syssokanos habían comenzado a correr nuevamente, esparciéndose en un amplio círculo. Taranto se puso a correr a su vez a la mayor velocidad que le permitían las piernas. La colina que tenía ante sí, se hallaba más al centro del valle. Si los perseguidores se habían dado cuenta y establecido alguna relación entre su dirección y la posición de la espacionave, tratarían de encerrarle en el valle, para cazarle como a un animal rabioso. Taranto esperó que no corrieran demasiado, sabiendo que podrían desbordarle. Taranto tenía razón: cuando alcanzo la ladera de la colina, había ya menos de cincuenta yardas de distancia entre él y el syssokano que iba en cabeza en su persecución. Le temblaron hasta desfallecerle las rodillas, cuando alcanzó la cima de la colina. Todavía anduvo cincuenta pies más, ante la orden imperativa de la voz que sobre su cabeza le ordenó:

—¡A la derecha, Taranto! ¡Dirígete al rellano! ¡Ahí viene ahora el

helicóptero!

Sintió como un sudor salado le inundaba la cara y los ojos y con el revés de la mano tuvo que enjugárselo para poder ver algo. Una sombra grande y el zumbido penetrante de los rotores del helicóptero le taparon la vista de las estrellas. El aparato se abatió rápidamente sobre él, mientras que el rugido de los salvajes syssokanos surgía a pocas yardas tras él.

Taranto tomó la azagaya con ambas manos, sosteniéndola por un extremo y lanzándola después de dar una rápida vuelta sobre su cabeza para cobrar tuerza. El arma arrojadiza se estrelló contra el compacto grupo de syssokanos que iba en cabeza. Todo el centro del grupo se agachó, deteniéndose para dejar pasar el arma silbando sobre sus cabezas. Y antes de que se levantaran de nuevo, el helicóptero alcanzó a Taranto. Se inclinó rápidamente hacia el suelo casi hasta tocar con él. Alguien hizo garra en sus ropas y le gritó que saltara dentro. Fue izado en un instante al interior de una cabina abierta. Otro le había agarrado por el cinturón y los pantalones y en el acto el helicóptero dio un gigantesco salto hacia arriba. Durante unos segundos luchó para sentarse y rehacerse. En la cabina del aparato había dos individuos. Uno de ellos, un tipo de largas orejas y estrecha cabeza, parecía nacido más bien en alguna colonia lejana estelar, El otro tenía una amplia faz suave y redonda, propia de un oriental terrestre.

—¿Dónde está el otro? —preguntó el último.

Taranto se acomodó y se ató la cintura antes de responder, ya que volaban con la cabina descubierta. ¿Señalo con la mano en la dirección supuesta en que podía encontrarse Meyers. Llegaron al sitio deseado en menos de un minuto.

—Es posible que haya guardas con él —advirtió Taranto—. Quizá haya conseguido escaparse también.

—Ahora veremos —dijo el de la ancha faz.

¿Sobrevolaron el cinturón rocoso y soltaron sobre él un proyector de luz potente. A los pocos instantes descubrieron una figura solitaria. Meyers estaba en pie y agitaba las manos corno un loco. No había ningún syssokano a la vista, el oficial tenía que haberse llevado a todos sus soldados con él; «Sabía lo que se estaba haciendo —pensó Taranto—, Este tipo todavía permanece aquí».

El helicóptero descendió fácilmente sobre Meyers hasta cernerse suavemente sobre una gran roca. Meyers saltó con dificultad al interior y en seguida fue izado a bordo.

—¡Ya era hora de que llegaran ustedes! —bufó Meyers—. Estoy

destrozado…

Taranto no dijo nada, mientras el helicóptero se elevaba en el aire y se dirigió para albergarse en la espacionave. Algún día, seguramente, Meyers preguntaría de qué forma habría podido salir de aquel apuro con los syssokanos. Cuando ello ocurriera, Taranto se juró a sí mismo, que le mostraría el camino más corto para irse al mismísimo infierno.

XIX

Serían las ocho y veinte minutos, cuando Westervelt, volvió a encontrarse con Smith en la sala de comunicaciones. Rosenkrantz le había advertido de un mensaje proveniente del planeta Syssoka.

—Aquella gente no esperaba encontrarnos aquí, fuera de las horas de oficina —le explicó Joe—, pero puesto que estamos aquí, he supuesto que le gustaría conocerlo.

Smith había encargado a las chicas que avisaran a Parrish y a Lydman y Westervelt le siguió hasta el hall, con el sentimiento de alivio de comprobar que la corriente eléctrica ya había vuelto a funcionar. Ahora se hallaban frente al operador lejano, que les informaba de la evasión de Louis Taranto y de Harley Meyers, del planeta Syssoka.

—«...y así hubo que seguirle personalmente por el desierto y hablarle personalmente, aunque la fórmula que enviaron ustedes, parece ser que dio un resultado perfecto. No estoy ahora en condiciones de determinar cuál ha sido la causa del retraso para evadirse de los syssokanos, ya que no he creído prudente haberme mostrado más ostensiblemente con mi pequeño ojo-espía volador, que podía haber sido visto o dañado fácilmente.

—Quizá lo sepa usted más tarde —sugirió Smith—. Bien, de ser así, le agradeceremos recoja usted cuantos informes sean posibles y los añada a este expediente para hacerlo lo más completo posible.

El agente de la D. R. I. en Syssoka, estuvo de acuerdo en ocuparse de cualquier futura investigación relativa al caso.

—Esos hombres del espacio enviados por ustedes ya están en vuelo fuera del sistema —le dijo a Smith—. Creo que hicieron un buen trabajo. Ha sido lástima que fueran vistos, por supuesto, y nada me extrañaría ver a los syssokanos por aquí alrededor mío, haciendo preguntas embarazosas.

—Bien, existe ahí un gran barrio extranjero —le recordó Smith—, ¿por qué tendrían que sospechar que son terrestres?

—Oh, lo harán, lo harán, ellos sospechan de todo el mundo; pero espero que conozcan tan poco de la cuestión, que pueda engañarlos fácilmente. Podré probar que estuve en mi residencia oficial todo el día.

—¡Magnífico! —dijo Smith—. Y a propósito ¿no ha resultado herido ninguno?

El agente en Syssoka hizo una mueca ante la pantalla.

—Ninguno de nuestra parte —dijo— aunque tengo entendido que los prisioneros sufrían de agotamiento y deshidratación. Este Louis Taranto parece un tío con toda la barba. Hay razones para creer que ha matado a dos o tres de sus guardianes con sus propias manos, al menos yo he visto la procesión del enterramiento conduciendo los cuerpos, mientras el grupo volvía de nuevo a la ciudad.

Smith se puso a reír.

—Tendré que hacer una mención especial junto a su nombre y tomar contacto con él. ¡Me gustaría tener un agente de campo así! Bien, mi operador me dice que tenemos otra llamada. Gracias por su excelente trabajo ahí.

—Ha sido un placer —repuso el agente de la D. R. I. en Syssoka—. No esperaba realmente tomar contacto con usted directamente, mi atlas de tiempo relativo tiene que haberse puesto un poco anticuado.

—No, es sencillamente que nunca dormimos ¿sabe? —le repuso Smith con un gesto, cortando la comunicación.

Miró a su alrededor y vio a Parrish que había entrado, añadiendo:

—Al menos, parece como si nunca tuviéramos que dormir. Me estoy cansando ya de mí mismo.

—Así les pasa a todos, excepto a Joe, a quien tenemos aquí —dijo Parrish—. Un técnico de comunicaciones no es normal, de todos modos.

—Tienen ustedes que saber que todo este tráfago que preocupa a ustedes —repuso Rosenkrantz— a mí me deja completamente sin cuidado. Si tuviera que tomarlo en cuenta, tendría una pesadilla tras otra por las noches. Yo soy tan normal como cualquiera, en cuando salgo de aquí.

—Porque no lleva usted demasiado tiempo con nosotros —le dijo Smith—. ¿Qué otra cosa más tiene usted por ahí?

—Una llamada de rutina con el planeta Greenhaven. La tomaré oportunamente. La estación de la D. R. I. allí existente, pretende no saber nada de lo que yo les estaba diciendo.

—¿Qué? —gritó Smith—. ¿No irá a decirnos que hemos metido la pata con otra distinta?

—No lo creo —dijo Rosenkrantz—. Mientras estaban ustedes hablando a Syssoka una espacionave llamada «Vulpécula» llamó y dijo que había razón para creer que la D. R. I., de Greenhaven estaba siendo localmente controlada.

—Más bien será que ocurrirá alguna avería —comentó Parrish—. ¿De qué quería hablarle esa nave?

—Del caso Ringstad.

—Joe, maldita sea, ¿quién dice que usted está normal? —preguntó Smith—. Apuesto a que hemos resuelto otro caso. Dos en una misma noche… bien, esto es un gran promedio, después de todo. A ver si consigue traerlos a la pantalla cuanto antes.

Westervelt escuchó la transmisión desde la espacionave. Sin la ayuda de un enlace planetario al extremo lejano, la transmisión era muy débil y llena de interferencias; pero lo esencial pudo ser escuchado. Dejó a Smith y Parrish hablar sobre aquella cuestión y volvió a decirles a las chicas lo ocurrido.

Se reunieron en un grupo en la oficina principal, incluso Paulina que dejó su cubículo por un momento, si bien guardando una clavija conectada al oído.

—Tendríais que haber oído a Smith hablar de ella, y de lo que seguramente escribirá sobre todos nosotros en las revistas —dijo Westervelt—. Ella parece ser bastante famosa como periodista y escritora.

—¿De qué forma es ella? —preguntó Simonetta. —Es rubia; pero ese color parece que no le va muy bien. Parece ser que tiene buen aspecto, en cierto plan de frescura, según creo. El agente que la ha rescatado, se ha marchado también del planeta, porque ha pensado que los de Greenhaven —les llaman los Greenies— han localizado su disfraz.

—¡Oh, chico! —exclamó Pauline—. La policía estará sobre su pista…

—No sabemos, puede ser que él haya querido marcharse con ella por otras razones —dijo Westervelt—-. Ellos parecían muy amigos.

—¿Pueden hacerlo? —preguntó Beryl—. Quiero decir, sin órdenes expresas y todo lo demás…

Westervelt hizo una mueca.

—Pues no lo sé exactamente —admitió—. Pero él lo ha hecho. No puede ahora volver. De todas formas, Smith está deseoso de que llegue para entregarle un premio en efectivo. Técnicamente, sería la D. R. I., quien debería pagar, ya que pertenece a ella y sólo trabaja con nosotros temporalmente.

Simonetta hizo un inteligente movimiento de cabeza.

—Fijaros en nuestro jefe —predijo—. Pondrá a ese hombre en nuestra nómina. No le importa el dinero, cuando el elemento lo merece.

Smith llegó acompañado de Parrish. Se dirigió en seguida a Westervelt.

—Willie —dijo—, tome nota y mañana vamos a ocuparnos del

planeta Rotchen II. Tengo que enviar unos créditos y no quisiera decir que no sé dónde se encuentra. Es malo para el prestigio del Departamento.

Parecía de buen humor.

—Ya veo que ha contado usted las noticias —comentó—. Ha sido un alivio para mí también. No lo hemos hecho tan mal, después de todo. Vencida en dos casos, fallado en uno ¡maldita sea! Y una de ellos todavía, se halla en tablas…

—¿Se lo ha dicho alguien a Bob? —preguntó Parrish.

Todos se intercambiaron rápidas miradas. Smith empezó a perder algo de su efervescencia. Tras un momento, se volvió a Pauline.

—¡Llame en su oficina! —dijo a la chica con tono preocupado.

Westervelt sintió un ligero escalofrío al ver cómo Pauline le hacía un claro gesto al jefe de que no estaba allí.

—Que llamen a Joe —advirtió Parrish—. Y que llamen después a las demás habitaciones. Diez a uno, a que está en su laboratorio.

—¿Lo ha visto alguno en esta última media hora? —preguntó Smith.

Westervelt recordó que había estado con Smith en la sala de comunicaciones. Las chicas no habían visto a Lydman; pero admitieron que bien pudo haber pasado por el corredor sin que nadie se diera cuenta.

—Sí, generalmente suele hacer muy poco ruido —comentó Parrish.

Smith tuvo un pensamiento repentino. Se dirigió hacia su propia oficina y se detuvo para hacerle una seña a Parrish con la cabeza, abriendo su propia puerta. Parrish a su vez se dirigió a su propia oficina. Lydman no estaba en ninguna de las dos habitaciones.

—¡Señor Smith! —llamó Pauline en tono preocupado—. Lo siento, pero no puedo encontrarlo en ninguna parte.

—¡Santo Dios! —exclamó Parrish—. ¿Dónde se habrá metido?

Y empezó a hacer algo que Westervelt jamás había visto hacer a aquel hombre poseído y seguro de sí mismo. Empezó a mordisquearse los nudillos y al advertir que el joven le estaba mirando, retiró la mano de la boca. Smith miraba desamparado al suelo. Westervelt creyó que podía sentirse el latido de su propio pulso, tan en silencio había quedado momentáneamente toda la oficina.

—Mejor será que nos repartamos por todas partes hasta que alguno se lo tropiece —dijo finalmente—. Si quiere estar solo, que se quede. Pero al menos que diga dónde se encuentra…

Westervelt se ofreció voluntariamente para buscar por un ala del Departamento mientras que Parrish lo hacía por la otra. Cuando

salieron, trataron de dar a su búsqueda un aire natural. Smith les decía a las chicas que abrieran las puertas de las oficinas adyacentes y que tuvieran el oído bien atento, en caso de que Lydman mandase llamar a Willie o a Parrish.

Westervelt torció hacia la derecha, pasada la escalera y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca. Abrió la puerta de la biblioteca y entró. Lydman no estaba allí. Se dirigió entonces a la sala de conferencias, al lado y la encontró igualmente vacía. Miró también donde Joe Rosenkrantz, quien, desde la puerta parecía hallarse solo. Para no dejarse ningún rincón sin escudriñar, se volvió hacia el hall y a la puerta con el aviso de «Dispositivos» y miró igualmente en su interior. Encendió la luz y sólo pudo contemplar los innumerables dispositivos,. circuitos y aparatos de electrónica propios de aquella habitación.

—Bien, nadie dirá que he descuidado nada —gruñó Westervelt preocupado también.

Volvió a la sala de comunicaciones. Rosenkrantz estaba oyendo una conversación procedente de una estación de la Luna, que no era nada relativo a su servicio.

—¿No hay rastro de Lydman por aquí? —preguntó Westervelt.

—No, desde la trapisonda de Yolen —repuso Joe—. Hay una chica estupenda al cargo de la estación lunar. ¿Por qué no podemos enviar algunos mensajes por su mediación?

—Me ocuparé de eso más tarde —le prometió Westervelt, sin la menor convicción.

Westervelt se dirigió tranquilamente pasando el rincón, hasta el cuarto de los grupos electrógenos. No estaba Lydman. El próximo paso debía ser el laboratorio. Y hacia allí se dirigió con precaución. Miró su reloj y registró con cuidado la parte llena de instalaciones de cables, durante diez minutos. Mientras, tanto, Parrish buscaría la otra parte.

Finalmente, sin signo viviente de Parrish ni de Lydman, abrió la puerta y se introdujo en el obscuro laboratorio. Fue abriéndose paso con precaución, pensando que Lydman, seguramente tendría que estar en la oficina. Siguiendo aquel pasaje con pasos lentos y evitando cuidadosamente chocar con cualquiera de los montones de dibujos y objetos existentes, llegó hasta el centro de la gran habitación cuando las luces se encendieron.

Westervelt sintió como si diera un salto empujado por un resorte, mientras el corazón le latía fuertemente en el pecho. Escudriñando a su alrededor, distinguió finalmente a Parrish, que permanecía en pie a medio entrar en el umbral del corredor y con la mano todavía

levantada hacia el interruptor de la luz.

Ambos relajaron su tensión momentánea. Parrish sonrió débilmente, menos de su costumbre habitual, y Westervelt se pasó una mano por la frente que ya tenía perlada de sudor.

—Bien —preguntó Parrish—. ¿Dónde estaba?

Westervelt cerró los ojos y dejó escapar un gruñido malhumorado.

—No trates de engañarme —repuso—. Por favor, deja de hacer bromas tan pesadas, es demasiado tarde ya para embromar a la gente, Pete.

Parrish pareció alarmado. Se aproximó a Westervelt, cerrando la puerta tras sí y el otro se le acercó a medio camino.

—No estoy bromeando de ningún modo, Willie —dijo Parrish—. ¿Miraste por todas partes? ¿Estás seguro?

—He mirado incluso en los equipos electrógenos —repuso Westervelt—. ¿Estuviste en su oficina?

—Naturalmente. Lo he comprobado todo, incluso el servicio de caballeros.

Se volvieron entonces hacia la puerta del corredor, mirando con todo cuidado dentro del laboratorio, para estar seguros de que nada se escapaba a un detallado registro, bajo las mesas, tras los diversos aparatos, hasta el último rincón.

Parrish se quedó mirando al hall vacío, con mirada embrollada.

—No estará tomándose una ducha…

Westervelt se quedó un momento pensativo.

—¿Dijiste por todas partes? —insistió.

—Bien, por todas partes donde pueda haber ido.

Permanecieron unos momentos igualmente pensativos, paseando de un lado a otro y finalmente. Parrish rompió el silencio.

—Miraré de nuevo en su oficina y en las otras dos habitaciones, para el caso de que estuviese y se hubiera quedado tras de mí.

Westervelt le observó cómo registraba nuevamente aquellas habitaciones. La expresión de Parrish, al volver lentamente, era digna de verse.

—Yo iré —dije Westervelt refunfuñando.

Parrish puso una mano en su hombro.

—No, eso no parecía natural. Telefonearé a Smith para que envíe a una de las chicas.

—Mejor será que envíe a dos —sugirió Westervelt.

—Sí —convino Parrish—. Eso tendrá un aire más natural. Vigila el hall mientras la llamó por teléfono.

Se dirigió a la oficina de Lydman. Westervelt se quedó en la

entrada del laboratorio, con aire deprimido. Después de cierta espera, vio a Simonetta y a Beryl dando la vuelta al recodo, trayendo sus libros de bolsillo en la mano. Ninguna de las dos tenía un aire muy agradable; pero se alegraron de verle.

—¿Estás ahí, Pete? —murmuró Westervelt.

—Sí, precisamente en la puerta —repuso Parrish desde el interior de la oficina de Lydman.

Las chicas pasaron al hall al propio tiempo, hablando en voz baja. Beryl se detuvo en la entrada del servicio de señoras. Levantó las cejas mirando a Simonetta un tanto incierta. La morena, miró a Westervelt encogiéndose de hombros y después pasó tras Beryl al interior.

Westervelt esperó. Cuando pensaba que no podía esperar más, Parrish le susurró.

—¿Cuánto tiempo van a estar ahí dentro, Willie?

—No lo sé —repuso el joven—, pero quizá haríamos mejor con...

La puerta se abrió. Simonetta y Beryl salieron mirando interrogativamente a los dos hombres, que se adelantaron unos pasos hacia ellas.

—¿Qué timo es este? —preguntó Simonetta—. No hay nadie ahí dentro. ¿Quién podría haber entrado ahí?

Parrish soltó un juramento en voz baja, que no fue advertido por ninguno.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¿Estáis seguras?

—Naturalmente que lo estamos —afirmó Beryl.

—¿Y si es que ha vuelto la corriente y ninguno nos dimos cuenta? —murmuró cavilosamente Parrish—. Pero no se hubiera marchado sin decir una palabra, ¿no es así? Algo nos habría dicho a alguno de nosotros...

—Tú le conoces mejor que yo —comentó Beryl—. Estoy empezando a imaginar por lo que nos has dicho en el teléfono, si no se habrá tirado de cabeza por una ventana en cualquier parte. Sé que es una cosa terrible el sacarlo a colación...

Westervelt se detuvo escuchándola. Recordó la corriente de aire que había sentido en el laboratorio.

XX

Westervelt se quedó mirando como los demás se alejaban. Pensó en volver al laboratorio para encontrar la ventana abierta. En su mente, comenzó a representarse el salto trágico de veinticinco pisos desde aquella ventana hasta el piso más inmediato de la terraza del enorme rascacielos. Recordó haber mirado hacia abajo en una o dos ocasiones. La gente de abajo, tenía unos patios pavimentados en el exterior de sus oficinas. Allí podría hallarse ahora un cuerpo estrellado... Sacudió la cabeza para alejar aquel fatídico pensamiento y se dio prisa para alcanzar a Parrish y a las dos chicas.

Entraron en grupo en la oficina principal y le contaron a Smith el relato de lo sucedido. Smith rehusó de plano creerlo durante unos buenos cinco minutos. Convencido finalmente, le dijo a Pauline que estuviera en contacto con Rosenkrantz cada diez minutos. Westervelt se dio cuenta de que Simonetta estaba muy pálida. Y pensó en el aspecto de sus propias facciones. Su ojo tendría un bonito aspecto, con seguridad.

—No puedo creerlo —dijo Smith, mientras los demás permanecían en silencio.

—No creo que sea persona de esa clase —dijo Westervelt—. A pesar de haber sufrido mucho en los viajes por el espacio, habiéndole dejado incluso un poco fuera de sí, no creo que sea hombre del que pueda temerse ninguna locura.

—¿Qué quiere decir, Willie? —preguntó ansiosamente Smith.

—Bien, quizá haya tomado alguna decisión por su cuenta. A lo mejor se ha desesperado y ha roto cualquier salida por ahí. Yo le vi con un soplete quemar una puerta de acero, quemando cualquier cosa que se le pusiera por medio...

Se detuvo, mientras todos estaban pendientes de sus palabras.

—... pero no puedo imaginármelo marchándose sin decir una palabra, ni pensar tampoco en que se haya suicidado. De haber sido esa clase de persona,, no habría vuelto a la Tierra, ¿no es cierto?

—Seguramente —dijo Smith, tamborileando los dedos contra la mesa—. No sé lo que estaba pensando en mi imaginación. Todos nosotros hemos visto a Lydman proferir amenazas aquí o allá, cuando por las cosas que ocurren en el espacio alteran su juicio sobre la Ley; pero nadie le ha oído hablar de nada que se parezca a un suicidio...

Smith hizo una mueca sombría y continuó:

—Debí haberlo pensado por mí mismo antes... tuve que haber revisado bien su solicitud y los exámenes, cuando vino a formar parte

del Departamento…

—Bien —dijo Parrish—. No creo que nadie tenga la culpa.

—Hay sin embargo —dijo Westervelt—, un pequeño detalle que he podido observar.

Y refirió lo de la ventana abierta. ¿A quién se le ocurriría tener una ventana abierta en aquel edificio, donde el sistema de aire acondicionado funcionaba tan maravillosamente?

Smith se dejó escurrir las dos manos por su revuelta cabellera nuevamente.

—Ahora, pensemos.,. tiene que existir alguna explicación lógica…

«Explicaciones lógicas —pensó Westervelt—. Son siempre las razones de la gente que piensa, no de mí».

Encontró un espacio libre para sentarse en el filo del pupitre vacío. Simonetta se puso a su lado y Beryl comenzó a errar por la habitación y se dirigió a la ventanilla del cubículo de transmisiones ocupado por Pauline, mientras de nuevo comprobaba con Rosenkrantz.

Miró a Smith sacudiendo negativamente la cabeza.

Y entonces, Lydman entró tranquilamente a través de las dobles puertas de la oficina principal.

—¿Qué ocurre con esta conferencia? —preguntó,

Beryl dejó escapar un grito. Todos se quedaron de una pieza. Lydman se quedó en pie calmosamente, mirándoles a todos con una tranquilidad increíble.

Tras un momento, Beryl se apoyó con la espalda en el cristal de la cabina de transmisiones, poniéndose una mano en el corazón, mirando como si fuera incapaz de respirar.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Oh, señor Lydman…!

Lydman la examinó con una especie de cuidado clínico.

—¿No tiene alguien algún tranquilizante que darle? —dijo—. Yo no suelo asustar corrientemente a. las chicas guapas…

—Oh, no…, no… era solo que… quiero decir, que todos estábamos muy preocupados por usted, señor Lydman —farfulló Beryl.

—¿Por qué? —preguntó Lydman—. ¿No creen ustedes que ya sé yo cuidarme de mí mismo?

Por primera vez Westervelt observó la curiosa, expresión de las facciones del veterano del espacio. Hasta entonces había estado demasiado ocupada observando la reacción nerviosa de Beryl y tratando de calmarla. No pudo estar muy cierto pero creyó ver en la frente de Lydman, una leve película, de sudor.

—Claro que sí, Bob —dijo Smith—. Estábamos…

Beryl, a punto de un ataque de histerismo causado por el súbito

relajamiento de su tensión nerviosa, soltó el trapo.

—Estábamos preocupados porque el ascensor se- había estropeado —dijo la chica—. Y la puerta, no podrá usted creerlo, señor Lydman, ¡pero la puerta de emergencia de salida a la escalera, no podía abrirse!

Westervelt creyó oír a Parrish soltar un juramento, pero después comprobó que había sido su propia voz. Comenzó a dirigirse hacia Simonetta. Parrish se aproximaba lentamente en dirección a Lydman,. tratando de aparecer tranquilo; pero con el resultado contrario.

—¡Maldita sea! —restalló Smith—. ¡Beryl, está usted despedida!

Aquello no pareció afectar a nadie, ni a la propia Beryl en último caso. Lydman seguía confundiéndolos por su tranquila apariencia. Sus facciones estaban ligeramente alteradas por las noticias que estaba oyendo; pero no parecía en modo alguno él hombre que ha sufrido nada extraordinario.

—Ya sé —dijo—. Miré un par de veces después de comprobar el apagón de por ahí afuera.

Smith le miró cautamente.

—¿Qué tal se encuentra usted, Bob? —le preguntó.

—Ya puede usted verlo —repuso tranquilamente Lydman.

Y dejó discurrir su mirada de uno en otro. Westervelt, sintió un escalofrío al ver sobre sí, aquellos ojos fascinantes que parecían atravesarle, según el raro fenómeno que siempre experimentaba en tal sentido, pero pudo darse cuenta de que de todos modos, tenía un aspecto normal, como de costumbre.

Beryl, era la imagen de la chica asustada, respirando con ansiedad; pero los demás relajaron su actitud con precaución. Smith se hallaba apoyado contra el despacho de Simonetta y trataba de mirar lo sucedido con naturalidad.

—Usted parece haberlo pasado muy bien —dijo Smith—. Nosotros habíamos pensado en rebuscar -por el laboratorio para encontrar con que cortar la compuerta de salida ; pero pensamos después que sería tiempo perdido. Tienen que haber restaurado ya la corriente.

—Se me ocurre... —empezó Lydman a decir.

—Oh, supongo que podríamos encontrar algo útil para ese propósito —continuó Smith—. Si usted quiere, más bien miraremos nosotros.

—Tengo varias cosas que pueden ser usadas —dijo Lydman.

Y miró a su alrededor hasta encontrar una silla libre y sentarse.

—De hecho —continuó el veterano del espacio— ya las preparé cuando empecé a calcular cuánto podría soportar esa puerta. Y después creí que sólo produciríamos con ello una conmoción.

Westervelt le escuchaba hablar con un interés creciente.

—¿Qué pensó usted haber hecho? —preguntó Smith con precaución.

—Oh, preparé un dispositivo mucho mejor, uno que a mí al menos, me iba muy bien, de todos modos —dijo Lydman—. Es un pequeño cohete al que iba adherido una fina escalera de alambre.

—¿Una escalera de alambre? —repitió Smith.

—Sí. De unas seis pulgadas de ancho. Abrí la ventana y la disparé hacia el techo de vuelo de los helicópteros. ¿Sabían ustedes que unos salteadores, habían robado nuestros helicópteros?

—Robado los tres... —repitió instintivamente la voz de Smith—. Sí, ya lo sabía desde luego. Pero lo que le agradeceré profundamente, Robert es que me diga, por favor, cómo diablos lo sabía usted...

—Y como iba diciendo —repuso Lydman, con su misma calma imperturbable—. Disparé esta escalera hacia el techo y salté por ella.

—¿Que usted saltó? ¿Por el exterior del edificio?

—Por supuesto, desde el exterior —dijo Lydman—. No creo que pudiera hacerlo desde dentro. —Y se quedó mirando a todos, como si no comprendiera por qué vacilaban en aceptar su declaración tan sencilla—. Por cierto, que tendremos que hacer un nuevo diseño de esa escalera. Resulta demasiado fina, le corta a uno las dos manos, como un diablo.

Y Lydman puso boca -arriba las palmas de sus manos. A través de cada una, se podían notar diversas rozaduras y una de ellas en la mano derecha, le continuaba sangrando, seguramente desde que había entrado en la oficina. Se sacó un pañuelo con la otra mano y se empapó la pequeña herida.

Smith se echó las manos a la cabeza.

—No puedo comprenderlo todavía... Está usted aquí... tan tranquilo... ¡y ha estado usted saltando por esa ventana a una altura de noventa y nueve pisos en el aire!

—Solamente veinticuatro por encima de la última terraza, realmente —corrigió Lydman.

—¿Y no le parece bastante todavía, eh? Así salta usted por la ventana, sube por el exterior hasta el techo de los helicópteros, después vuelve usted a bajar a través del mismo camino... Y pretende usted estar bien... ¡A mí me habría dado un ataque al corazón !

—¡Ya quién no! —añadió Westervelt. La simple idea de lo que había sido aquello, le hacía sentirse enfermo.

—Pues no está tan mal, —continuó Lydman—. Por lo que he podido comprobar, es una forma de llegar pronto hasta el techo de los

helicópteros y creo que podré usarla en cualquier momento. A menos claro está, que alguien retire la escalera...

—¿Habría...?

Aquella sola palabra procedía de Beryl, quien se apoyaba ahora en la cabina como si estuviese a punto de desfallecer.

—¿Habría... por ahí algún martini a la mano en despensa? —preguntó la chica—. Tengo miedo de ir yo misma en su busca, porque creo que las piernas se me van a doblar en cuanto eche el primer .paso...

Aquello tuvo la virtud de soltar el trapo general de la risa, a toda la concurrencia. Parrish se apresuró a pasar un brazo alrededor de la rubia y el propio Smith se dirigió a la despensa, que abrió. Una vez rota la tensión existente, Beryl comenzó a andar de un lado a otro con su contoneo coquetón. Smith pudo encontrarle la bebida, que había pedido e insistió en que Lydman se tomase una taza de té. El jefe le acercó la taza y esperaron unos segundos que eran precisos para que se calentara por sí misma, al destaparla.

—¿Sabe usted las últimas noticias? —le dijo Smith— Hemos conseguido sacar a flote dos problemas, uno en Syssoka y otro en Greenhaven.

—No —repuso Lydman, sonriendo—. Cuéntemelo; pero si salgo corriendo a la mitad, será mejor que nadie me detenga.

—¡Nadie detendrá a nadie esta noche! —dijo Smith, y relató a Robert Lydman lo sucedido con Taranto y Meyers.

Westervelt se encaminó a la cabina de transmisiones.

—Déjame los auriculares, Pauline —murmuró— y conecta con el número de Joe.

—Claro que sí —repuso la rubita.

Se apartó de la pantalla y besó a Westervelt detrás de la oreja, justo cuando Rosenkrantz contestaba.

—No es nada personal, Willie —dijo la chica—, ¡Me siento tan aliviada!

—¿Quién es ahora? —preguntó la voz de Rosenkrantz—. Ha dejado las lentes sin conectar, ¿lo sabía?

—Soy Willie, Joe. Ha vuelto y está sentado, tomándose una taza de té.

—¿Ha vuelto? ¿Y dónde ha estado?

Westervelt se lo refirió en pocas palabras, y cortó la comunicación. A Joe no se le olvidaría tan fácilmente.

Cuando salió de la cabina, todos estaban pendientes de la narración de Smith, quien haciendo amplios gestos, relataba lo

ocurrido con las autoridades de Greenhaven. No se le ocurrió solicitar de Parrish una estimación apropiada de los encantos de María Ringstad, lo que habría provocado cierta desazón en las chicas. Lydman, sonreía cortésmente; pero no de todo corazón. Permanecía reservado y tranquilo. Todo el mundo estaba pendiente de Smith y nadie se preocupó de ver al pelirrojo que entró en la oficina, justo en el momento en que Westervelt salía fuera de la cabina de transmisiones.

—¡Charlie Colborn! —gritó él mismo.

Smith fue el primero en advertirlo.

—Bien, ahora —dijo levantándose—, ya que podemos desfilar por esa puerta uno tras otro esta noche, ¡me voy ahora mismo! ¿Dónde está mi sombrero, Simonetta?

Lydman igualmente se había incorporado rápidamente y se disponía a marcharse.

—Voy a telefonear a mi mujer —dijo Colborn— Es tarde y muy bien podría quedarme aquí durante; el resto de la noche. ¿Quién de ustedes se queda de guardia?

Todos se le quedaron mirando fijamente.

—La corriente quedó restablecida hace un cuarto de hora —les dijo Colborn—. Habría podido venir antes; pero ese zoquete de administrador que tenemos en el edificio, insistió en hacer correr los ascensores de prueba, antes de ponerlos al servicio del público.

Lydman se había dirigido hacia el ascensor, en mangas de camisa como estaba y con la taza de té en una mano y el pañuelo ensangrentado. No había duda de que pensaba en marcharse.

—¡BOB! —rugió Smith—. ¡Todos ustedes! ¡Escuchen!

Lydman se detuvo, sin volverse.

—En primer lugar, Charlie —dijo Smith—, no va usted a llamar a su esposa desde aquí... A menos que sinceramente quiera dar la impresión de que se encuentra solo, por completo. Si se desliza, le juraré a ella que le he visto a usted raptado en un helicóptero por dos pelirrojas y que se ha llevado usted todo el dinero que teníamos en caja.

—Pero...

—Dígale a ella que ha habido demasiado tráfico. No le diga que no pudimos salir a la calle. ¡Y eso va para todos también!

—Pero... ¿Por qué? —insistió Colborn.

—¿Por qué? ¿Quiere usted que los chicos de la D.R.I. vengan aquí a cada momento a olfatear lo que ocurre, cada vez que necesitemos dinero para nuestras operaciones? Nosotros podemos conseguir sacar a

la gente de los calabozos de planetas que no están en el Atlas Galáctico; pero no podemos escapar de nuestro propio encierro.

—Nunca había ocurrido —convino Parrish.

—De acuerdo, Bob, empuje el botón. ¡Vaya con él, Willie!

Vosotras, chicas que nadie venga mañana antes del mediodía, tenemos un operador extra de televisión para cuidarse de las transmisiones, —Mire, yo… —empezó Colborn a decir.

—Ah, gracias por telefonear en primer lugar —le dijo Smith, dándole una palmada en el hombro—. ¡Espéreme abajo, Willie! Veremos qué podemos hacer mañana por Harris…

—Nombrarle embajador —murmuró Westervelt, marchando tras Lydman, mientras que la puerta del ascensor se descorría hacia un lado nuevamente.

«¡Vaya equipo, Santo Dios! —iba murmurando Westervelt—. Creo que voy a solicitar ser destinado al espacio, allí donde se pueda viajar entre las estrellas y dejar que otros imaginen el remedio de sacarle a uno de apuros».

Y aunque pareció increíble, de algún modo se las arreglaron todos, excepto Colborn, para tomar el mismo ascensor.

FIN